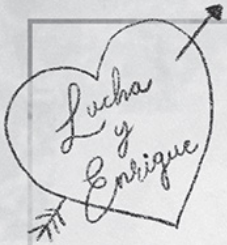
RAQUEL CASTRO Y ALBERTO CHIMAL
EL CLUB DE LAS NIÑAS FANTASMA
ILUSTRADO POR SAMANTHA MARTÍNEZ

EL CLUB DE LAS NIÑAS FANTASMA

RAQUEL CASTRO Y
ALBERTO CHIMAL

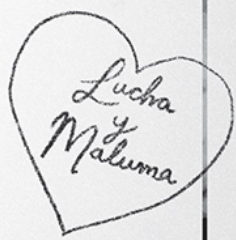
Ilustrado por Samantha Martínez

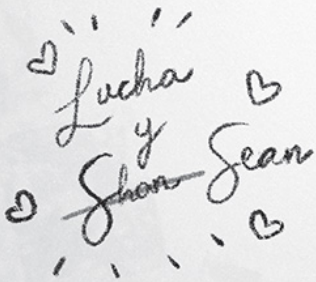
ALFAGUARA

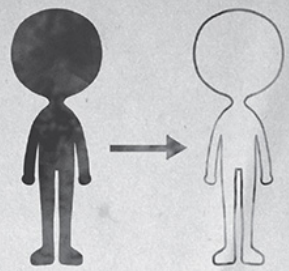


FANTASMAS Y EL MUNDO ESPECTRAL: UNA GUÍA BÁSICA

PROPIEDAD DE LA A.M.E.
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN
EN ESTE MUNDO
O EN EL OTRO







¿QUÉ ES UN FANTASMA?

En todas las épocas se han contado historias de **fantasmas.** Se entiende por *fantasma* a la manifestación de una criatura viviente después de su muerte física. Dicha manifestación tiene una forma, llamada *cuerpo espectral*, visible en determinadas circunstancias y compuesta de lo que se conoce como *materia espectral.*

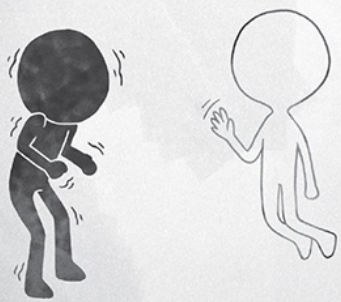
La materia espectral es de aspecto semejante a la materia física, pero intangible, y tiene diversas cualidades sobrenaturales. Algunos especialistas en fantasmología* consideran que es el alma o la consciencia de la criatura que ha muerto.

---

*(Para una explicación más detallada de éste y otros términos, véanse "Fantasmología" y el "Glosario".)

La mayoría de los fantasmas a los que se refieren las historias son de seres humanos.

Los fantasmas aparecen ocasionalmente en el Mundo Físico -y por esto se sabe de su existencia entre los vivos-, pero no son gobernados por las leyes de la naturaleza sino por otras, a veces intrincadas y difíciles de comprender (véanse "El Mundo Espectral" y "La A.M.E.").



1

—¡Carmela!

"Ay", pensó Carmen. Su mamá le decía "Carmela" cuando estaba impaciente o disgustada.

—¡Ya voy! —le contestó, y terminó de ponerse el uniforme de la escuela. Salió de su cuarto y fue al pequeño comedor del departamento. El desayuno estaba servido. Salía música del teléfono de su mamá, puesto sobre la mesa.

—Te tardas mucho, no es sábado —le dijo su mamá, que ya estaba vestida y sentada ante un plato de huevos con jamón, a punto de empezar a comer.

—Es martes —contestó Carmen, y los martes (como todo el mundo sabe) son el peor día de la semana. Peor que los *lunes*: más feo que empezar una semana de escuela es continuarla. ¿Cómo hacía su mamá para levantarse siempre con ganas?

En cuanto se sentó ante su propio plato, que estaba junto a una taza de leche con chocolate, Carmen se sintió un poco mejor. Pero la sensación no duró:

—Ayer ya no hablamos de lo que pasó en tu escuela —le dijo su mamá.

"Ay", volvió a pensar Carmen.

—¿De qué? —preguntó para ganar tiempo, pero su mamá había aprendido mucho en el último año y ya no se dejaba engañar tan fácilmente.

—No te hagas —le contestó—. ¿Ya se te olvidó qué me dijo tu maestra? Otra vez te peleaste con René.

Carmen se quedó callada porque ella, después de todo, ya tenía diez años. También había aprendido: los adultos rara vez entienden todo lo que se les dice, y con frecuencia se quedan con la parte equivocada.

—¿Entonces? —insistió su mamá, y tomó un sorbo de su taza de café.

—No me peleé con René —se defendió Carmen—. Me peleé *por* René, que es muy distinto…

Su mamá casi escupió el café y se quedó viéndola con una cara de desconcierto que asustó un poco a Carmen.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que te peleaste por él? ¿Ahora te gusta? ¿No se supone que te cae mal? ¡Y vas en quinto de primaria…!

Ay, los adultos. Costó trabajo, pero Carmen logró explicarle. Sí, René le caía mal, eso seguía igual. Pero el día anterior, en el receso, unos *bullies* de sexto, que molestaban a quien se pusiera enfrente, se habían ido contra René.

—Lo acorralaron por donde está la vitrina con los premios, ¿sí la ubicas? Los trofeos de deportes y esas cosas. Lo tenían rodeado. Y eso no se podía quedar así —dijo Carmen, y luego explicó que había convencido a Susy, Connie y Miranda, sus amigas, para ahuyentar entre todas a los de sexto. La maestra Rita –que tenía el pelo gris, y muchísimos años en la escuela, pero seguía siendo atenta, rápida y muy estricta– había llegado cuando la pelea ya era una bola de alumnas y alumnos de varios años, todos contra todos. Y precisamente en el instante en que Carmen agarraba del suéter a René para que no siguiera pegándole a alguien de Tercero B o de Quinto C.

Luego de la explicación, su mamá suspiró.

—Ay, Carmen —dijo.

—¿No estás diciendo siempre que no debemos soportar las injusticias? —preguntó Carmen—. Hasta las ajenas, dices. ¿No? Susy repitió lo que dice siempre: que según su mamá si a alguien lo *bullean* es por algo, y que no hay que ponerse de su lado. Y yo le dije no, no puedes pensar así, y la convencí. ¿Estuvo mal?

—Ay, Carmen —volvió a decir su mamá. Se quedó mirando los platos sobre la mesa, que aún tenían comida—. No, no estuvo mal. Es sólo que… —miró su teléfono, puesto junto al plato, y suspiró; estaba viendo la hora—. Ya se hace tarde. En la noche platicamos. Acaba el desayuno y arréglate.

Carmen ya estaba acostumbrada a que las pláticas de las dos fueran lentas. Es que en realidad no tenían mucho tiempo para estar juntas en casa, al menos entre semana. Y había sido así durante todo el año que llevaban viviendo en aquel rumbo de la ciudad.

Cuando ambas terminaron su desayuno, su mamá recogió los trastes y Carmen fue a lavarse los dientes. Se apresuró para que su mamá no llegara a peinarla (le gustaba mucho, como si Carmen tuviera todavía dos años) y ella misma se hizo tan rápido como pudo una cola, apretada con una liga blanca. Tiraba a ser de las bonitas de su salón –cara ovalada, ojos grandes un poco juntos, cabello negro y brillante–, pero no pensaba mucho en eso. Su mamá siempre insistía en que lo más importante era su modo de ser, y la verdad es que también era de las más populares. No solamente era la líder de sus amigas.

La escuela estaba cerca de la Ciudadela: a pocas cuadras de donde trabajaba la mamá de Carmen. Era una construcción vieja, como muchas de la

zona. Su mamá la dejó en la puerta y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero mucho, ¿eh? No lo olvides. Eso es lo principal.

—Sí —dijo Carmen. Y cuando ella se iba—: ¡Espera, espera, espera!

—¿Qué pasa? —preguntó su mamá, deteniéndose y volteando a mirarla.

—Me dijiste que hoy ya te iban a contar bien la historia de…

No dijo más, pero su mamá entendió a qué se refería.

—Ay, Carmela. Sí. No se me olvida. Al rato, ¿de acuerdo?

—¡Pero que no se te olvide en serio! Le preguntas.

—Osh —dijo su mamá, y frunció el ceño y enseñó los dientes, pero Carmen sabía leer sus expresiones y sabía que eso era, a su modo, una sonrisa. Esto la hizo sonreír también.

Y en la escuela, como para que no se le quitara la sonrisa, no hubo tanto problema como Carmen había temido. Su mamá había dejado en su mochila una carta para la maestra Rita, en la que se daba por enterada de lo ocurrido y prometía ir pronto, y con eso fue suficiente. Los *bullies* ya se habían puesto a molestar a otra persona y toda la gente hablaba de eso. Y cuando fue a sentarse a su lugar, precisamente a la izquierda del de René…, tampoco pasó nada.

—Gracias —dijo René, en voz baja, mirándola de reojo. Y eso fue todo lo que se dijeron durante el día de clases.

René no era un tipo horrible como los *bullies* (que se hacían llamar Los Perros Feos, aunque más bien debían llamarse Los Babosos, pensaba Carmen). Era como cualquier otro de su grupo, flaco, de pelo negro y lacio. Lo más raro –y no era muy raro– era que aún tenía cachetes redondos y rojos, como de niño más chico. Usaba lentes y no era muy sociable que digamos. Ya tenía teléfono, pero lo usaba sobre todo para jugar, él solo. Había quienes le decían “Rané”, o incluso “Rana”, por sus ojos grandes y su cara redonda, y él lo odiaba. En cambio, le encantaban los sándwiches de queso con ate. Tenía dos hermanos grandes, ya casados, y vivía con su papá y su mamá.

Aunque se sentaban uno al lado del otro en el salón, Carmen no le hubiera dedicado un segundo de su tiempo de no ser porque, después de la escuela, los dos debían ir al mismo edificio de oficinas: las mamás de ambos trabajaban en el mismo lugar, entraban y salían a la misma hora… Hasta eran amigas.

Carmen y René salían juntos de la escuela, comían juntos, pasaban las tardes juntos. ¡Y menos mal que no vivían en el mismo edificio!

Si René hubiera sido niña, o siquiera un poco menos… como era, podrían haber pasado las tardes jugando, o platicando, o haciendo la tarea. Pero René era René: siempre nervioso, con cara de estar incómodo en cualquier lugar, y además con su hábito de hablar siempre bajito, como para no molestar, pero produciendo exactamente el efecto contrario. “No entiendo por qué te desagrada tanto”, decía la mamá de Carmen, y a ella se le hacía mucho incluso

explicarlo. Quizás en el fondo era que el pobre sí estaba enamorado de ella, o algo así. Esto lo decía Connie, que de sus amigas era la más interesada en esas cosas y forraba sus cuadernos con fotos de grupos de K-Pop.

—Le gustas, le gustas —decía, como cantando.

—Ya cállate —respondía Carmen.

Y Connie siempre se callaba, pero hoy Carmen recordó la burla –amable, sí, de una amiga y no de un *bully*– varias veces durante todo el día, incluyendo clases y receso. René no la molestaba, no abría la boca siquiera, pero ahí seguía. Con esto sí se le borró la sonrisa.

A la salida de la escuela, Carmen y René pasaron a comer a una fonda cercana: su dueña, la señora Delia, ya tenía un trato con las mamás de ambos. Les sirvió sopa de verduras, arroz, tortas de papa y un trozo de flan, más un vaso de agua de melón. En todo el rato, René no dijo nada más que "Buenas tardes" y "Gracias". Carmen, después de la sopa, agregó:

—¿Me da un salero, por favor? —pero no se lo decía a René, desde luego.

Después de terminar, salieron. Y en la calle, luego de un rato de silencio, René habló otra vez, quedito como era su costumbre:

—Oye, Car…

Ella se detuvo y se volteó a mirarlo con cara de pocos amigos.

—… men —terminó René, con voz un poco más alta. Sólo sus amigas le decían "Car" a Carmen.

—Dime, René —suspiró Carmen, echando a andar otra vez.

—No te quiero molestar —dijo René varios pasos más tarde.

"Pues cállate y no molestes", pensó Carmen, aunque no lo dijo.

—Realmente te tengo que agradecer —dijo René, otra vez dejando varios pasos en silencio entre una frase y la siguiente.

—Ya me habías agradecido, René —respondió Carmen, y René contestó algo tan bajito que ella no entendió nada. Volvió a detenerse—. ¿Qué dijiste?

René tomó aire antes de responder.

—Digo que es muy raro que alguien te ayude cuando le caes mal —dijo René, deprisa, primero mirando al suelo y luego levantando la vista. Su cara entera estaba tan roja como sus cachetes—. No tenías que hacerlo y lo hiciste.

—Lo hubiera hecho por quien fuera —dijo Carmen.

—Más raro todavía —musitó René—. Nada más voy a agregar… que yo te…

Se quedó callado. Enrojeció todavía más y apartó la mirada.

"Por favor no vayas a decirlo", pensó Carmen.

René tomó aire una vez más, profundamente, y al fin dijo:

—Que yo te admiro por eso. Ya. También es raro que alguien te admire cuando sabe que te cae mal, supongo. ¿No? Ya. O sea… Nomás te digo que es sincero. En serio. Ahora sí ya. Vámonos.

Y echó a andar tan de pronto que Carmen se tardó un momento en decidir su respuesta. Ella habló sin dejar de caminar:

—¿René?

—Sí.

—Gracias —dijo Carmen—. No me… O sea, sí me siento un poco incómoda con estas cosas. Pero no me caes mal. O sea, *tan* mal.

—Oh. ¿Gracias? —dijo René haciendo una mueca.

—No me caes mal, René.

—Si no quieres, quedamos de acuerdo y no hablamos, no me molesta —respondió él, y empezó a abrir su mochila sin detenerse. Carmen vio que sí estaba molesto—. En el teléfono tengo… —y sacó su teléfono, quiso encenderlo, lo dejó caer, quiso atraparlo, dejó caer la mochila y de cualquier manera no logró detener el aparato. Todo el contenido de su mochila se desparramó por el suelo.

"Menos mal que no pedimos para llevar", pensó Carmen.

Se puso a ayudarle a recoger cuadernos, libros de texto y lápices.

—Gracias —dijo René—. Te digo, podemos no…

—¿Qué es lo que me ibas a decir que traes en el teléfono? —preguntó Carmen, para cambiar de tema y tratar de volver menos incómoda la situación —. ¿Qué juegas?

—No es un juego —contestó René—. O sea, sí traigo juegos, y los juego, pero además… traigo libros.

—Ah, te gusta leer.

—Pues… sí —reconoció René—. Principalmente historias de terror.

Carmen se quedó mirándolo muy sorprendida.

—¿Qué pasa?

—A mí también me gustan —dijo ella.

—¿En serio?

—¿Por qué en todo el año no me habías dicho eso?

Con esto, una vez más, René se quedó callado. Una eternidad. Su cara enrojeció todavía más: ahora parecía una manzana o un tomate.

—Pensé que te iba… a disgustar. Es raro que a las niñas… ¿No?

—Me hubieras dicho —pensó Carmen, y lo dijo también—. ¿Como cuáles te gustan?

Pasaron el resto del camino a la oficina de sus mamás platicando del tema. René prefería los libros, y Carmen las películas o series, pero estaban de acuerdo en más de una historia.

—¿De dónde te viene el gusto? —preguntó Carmen, sorprendida todavía. ¿Cómo era posible que nunca se le hubiera ocurrido decirlo?

—No sé —contestó René—. A nadie más en mi familia le llaman la atención.

—En mi caso es culpa de mi mamá —dijo ella.

—*¿Qué?*

—Para que no andes prejuzgando a la gente —dijo Carmen, y sonrió un poco—. A ella le encantan también. De hecho…

En ese momento llegaron a la puerta del edificio. Era feo: una vieja mole de piedra pegada a una caja de acero y cristal. Tenía una reja delante de un patiecito y luego las puertas principales, que pertenecían a la parte antigua, grandotas y de madera. La reja estaba abierta: los policías ya los conocían a los dos y no les pidieron registrarse para entrar.

Caminando por el patio, Carmen continuó:

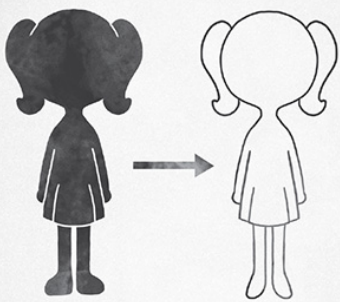
—De hecho, a mi mamá le han dicho que en este edificio hay fantasmas.

—¿En serio? ¿Fantasmas?

—El fantasma de una niña —dijo Carmen.

NIÑAS FANTASMA

En todas las ciudades se cuentan historias de fantasmas. Un tipo particular de estas historias -y muy frecuente en la actualidad- es el de las niñas fantasma: apariciones espectrales de pequeñas de edad indeterminada, pero nunca con una apariencia de más de diez u once años.

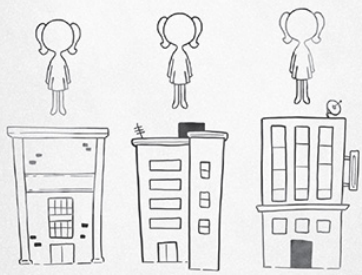


Se cuenta que las niñas fantasma aparecen no en casas o departamentos, ni mucho menos en viejos castillos o mansiones en ruinas, sino en edificios públicos: oficinas, por ejemplo.
La gente que va a trabajar a esos lugares, tarde o temprano, escucha algo sobre el tema.

"En mi primer día en el turno de noche", dice un velador, "estaba haciendo ronda en un piso vacío y ahí estaba la niña, al fondo del pasillo".

"Me quedé hasta tarde trabajando, de pronto oí un ruido y la tenía como a metro y medio de distancia, justo más allá de donde llegaba la luz", dice una secretaria. "¡Y qué susto!"

Las niñas fantasma, pues, siguen las costumbres aparentes de muchos otros fantasmas registrados a lo largo de la historia por los seres humanos: acechan, o por lo menos se dejan ver, en sitios vacíos o poco frecuentados, en horas de muy escasa circulación.



¿Pero por qué siempre son niñas?
¿Y por qué siempre se aparecen, precisamente, en lugares como esos?

2

Carmen y René tuvieron que esperar a que terminara el horario de trabajo de sus mamás, naturalmente, pero al menos no fue una espera como la de muchos otros días. Luego de hacer la tarea en equipo –y tan rápido como pudieron–, continuaron su conversación acerca de las historias de miedo.

Carmen tuvo que admitir que esa afición no era nada frecuente: ninguna de sus amigas la compartía, y apenas sabía de nadie más fuera de su mamá (y ahora de René) que viera por gusto una historia de monstruos o de fantasmas. Nunca había hablado del tema con tanto entusiasmo con nadie de su edad.

Y hubo otro descubrimiento: cuando estaba entusiasmado por algo, a René se le olvidaba la timidez. Poco antes de las ocho de la noche, los dos niños seguían en una pequeña sala de espera al lado del elevador, delante de una puerta de cristal que llevaba a la oficina, donde se les permitía sentarse. Cuando dio la hora, y mientras los empleados de la oficina apagaban sus computadoras, guardaban sus cosas y se encaminaban hacia la puerta, René vio acercarse a su mamá y a la de Carmen, que venían juntas por entre escritorios de metal. Se levantó del silloncito que ocupaba, fue hasta ellas y en vez de saludar a su mamá, dijo:

—Oiga, señora, ¿cuál es la historia de la niña?

—¡Hola, René, yo también me alegro mucho de verte! —dijo su mamá, indignada, y él le dio un beso rápido.

—¿Y ahora? —preguntó la mamá de Carmen.

Todo se aclaró en el vestíbulo de la oficina, mientras los cuatro dejaban pasar a otras personas al elevador.

—¿A poco a ti también te gustan esas cosas, Licha? —preguntó la mamá de René a la de Carmen.

—Ya te había dicho. No es para tanto. Son como las leyendas que me contaba mi abuela. ¿A ti no te contaba cosas tu abuela?

—Ya cuéntenos la leyenda de aquí —pidió René.

—A mí esas cosas me dan miedo —dijo la mamá de René.

—Ay, Berta, pues de eso se trata.

Tal vez Alicia, su mamá (se dijo luego Carmen), entendió que ella y René habían encontrado algo de qué hablar y se puso contenta. Tal vez pensaba que aquello iba a ser “el comienzo de una hermosa amistad”, como decían en una película vieja que a ella le gustaba. (Carmen no estaba tan segura todavía.) En cualquier caso, su mamá convenció a Berta, la mamá de René, y aunque ella y su hijo tenían que ir algo más lejos para llegar a su casa, los cuatro se fueron primero a merendar en un café de chinos cercano.

—Yo invito —dijo Alicia. Un rato después estaban sentados dentro de un gabinete de madera, y mientras Carmen sopeaba un trozo de bísquet en una taza de leche con café, su mamá les relató la historia que le había prometido (a su modo) aquella mañana.

—¿Te lo contó Irma la de nómina? —preguntó la mamá de René. A Carmen se le ocurrió que hubiera preferido hablar todo el rato de Irma, de nóminas, de la Subdirección de Adjudicaciones y Trámites (así se llamaba la oficina), de cualquier cosa que de la niña fantasma.

—No —dijo la mamá de Carmen—: fue Brenda, y a ella le contó la otra Irma, la del cuarto piso. Hasta hoy me pasó los detalles porque la Irma esa hasta se enfermó, parece. Estuvo varios días sin ir a trabajar.

»Según esto, el mes pasado —siguió—, creo que un viernes cuando ya ves que todo el mundo se sale más deprisa, ella, o sea, la otra Irma, se quedó. Tenía que acabar no sé qué cosa para el lunes, y como vive hasta Vallejo se le

hizo más fácil seguirse que regresar el sábado. No sé qué arreglo habrá hecho.

Carmen estaba ansiosa por escuchar la parte importante, pero sabía que a su mamá le costaba un poco de trabajo tomar impulso para llegar a lo interesante de sus historias. René, por su parte, la miraba con cara de impaciencia, y no había tocado ni su pan ni su taza de café.

—Se quedó, pues, y bajó del cuarto piso al primer sótano, que ya ves que es donde están las fotocopiadoras. Parte del trabajo era hacer un montón de copias, típico. No sé cuántas carpetas. Le dieron las ocho, las nueve, las diez haciendo las copias. Una vez pasó un velador, ella le explicó y él se fue. Le dieron las once. Se subió a su lugar a dejar lo que había copiado y a recoger otro montón de papeles que todavía le faltaba copiar. Volvió a bajar. Yo no sé si te has fijado, Berta, en cómo se ve el edificio cuando nos vamos y empiezan a apagar las luces. O ustedes, niños.

—Yo sí —dijo Carmen. Se veía oscuro, oscuro. La parte de piedra parecía negra, y las ventanas de cristal, más negras todavía.

—Pues ahí estaba esta Irma, copie y copie, y dio la medianoche. Según esto, fue entonces o poquito después. Ella estaba sacando copias, metiendo una hoja, apretando el botón, metiendo otra hoja, apretando el botón, y de pronto alguien le dijo: “Disculpe”. Así le dijo. Ella no reconoció la voz, pero sonaba como algo muy normal, ¿no? “Disculpe.” Y que se voltea para donde se oía la voz. Dice que pensó que sería el velador, aunque desde el principio se dio cuenta de que no era la voz del velador. Que no era voz de hombre. Y además la voz no venía de la puerta de entrada al cuarto de las copias, sino de más adentro. Del otro extremo del cuarto. Que no estaba oscuro, que estaba bien iluminado.

»Y ahí, parada en ese lado, sin que Irma la hubiera visto antes, sin que hubiera podido entrar en ningún momento, porque les digo, no había ninguna otra entrada ni ninguna otra salida… Parada muy tranquila, muy seria, con las manos atrás de la espalda, vestida con un uniforme como de escuela, peinada con dos trenzas negras, negras…

—¡Ay, no; ay, no; ay, no! —gritó la mamá de René.

—¡Ooh! —se quejaron Carmen y René, casi al mismo tiempo.

—¡Mamá! —agregó él.

—Así no se puede —dijo la mamá de Carmen.

—¡Acaba de contar! —le pidió Carmen.

—Ya me fastidió la historia —respondió su mamá, pero sonreía—. ¡Osh, Berta! Ya. Tranquila. Era una niña. Vestida, les digo, con un uniforme viejo, viejo. Como los que se usaban en el siglo pasado. Y a lo mejor le hubiera dicho alguna otra cosa, pero Irma se puso más o menos como tú y se fue corriendo de ahí, yo creo que hasta Vallejo.

De regreso a casa, mientras caminaban por las calles de siempre, Carmen

se sintió inquieta. En realidad no iban a llegar a casa mucho más tarde de lo normal, había gente afuera –tomando autobuses y taxis, caminando hacia la estación del metro–, habían cenado rico y la mamá de René había estropeado un poco el final de la historia al ponerse nerviosa.

Pero las zonas de sombra aquí y allá, en la entrada de un callejón, entre los árboles de un parque, le hacían sentir miedo, como si fuera una niña mucho más pequeña.

A la mañana siguiente, en la escuela, ambos conversaron un poco, no demasiado, acerca de historias de miedo, y de la reacción de la mamá de él (sí era bien miedosa, le dijo René). Pero luego Carmen pasó la mayor parte del receso con sus amigas. Las había descuidado un poco.

—¿No que no? —se rió Connie al verla, y también Susy, y hasta Miranda, que era la más seria de las cuatro.

—¿Qué tanto le andabas diciendo? —preguntó, y se caló los lentes sobre el puente de la nariz.

—Estábamos hablando de historias de terror —contestó Carmen con sequedad, pero eso las hizo reír con un poco más de ganas. Carmen se sintió algo preocupada: en su escuela anterior también había sido la jefa de su grupo de amigas y había tenido problemas: todo salió muy mal al final. Se habían mudado a esta parte de la ciudad por el trabajo de su mamá, pero ya no se hablaba con nadie de aquellos tiempos.

Aunque aún no se daba cuenta, era muy consciente de que hace falta respeto para ser líder de otras personas. Y de que ella no sólo era la líder, sino que deseaba seguir siéndolo.

—Ya pensábamos que nos ibas a abandonar —dijo Susy, nada más con *un poquito* de malicia. Era nieta del jefe de los conserjes de la escuela y siempre se comportaba como si el lugar fuera un poco suyo.

Carmen tuvo una idea:

—Cómo crees —dijo—. Nomás lo estaba preparando para verse con la niña —y cuando sus amigas le preguntaron a qué niña se refería, ella contestó—: La niña fantasma del edificio donde trabaja mi mamá.

El desconcierto de sus amigas le sirvió para cambiar de tema, pero tuvo que hacer un esfuerzo para contar la historia de la niña con la misma entonación sabrosa e inquietante que usaba su mamá, y para inventarle un final mejor que el que había tenido en el café.

—Al día siguiente —dijo— encontraron ahí mismo a la pobre señora, pálida, pálida, como si hubiera perdido mucha sangre. Nomás pudo contar qué había pasado antes de que se la llevaran al hospital. Y no duró otro día —y el efecto fue tremendo: Connie estaba pálida (de verdad, no como la versión de la empleada Irma que Carmen se había inventado), Susy hacía una mueca de disgusto y Miranda se subió los lentes dos o tres veces seguidas, lo cual era

una señal de que estaba nerviosa.

—Oye, los fantasmas no existen —dijo, pero no sonaba nada convencida.

"Éxito total", pensó Carmen.

—Pues eso le dije después de que nos contaron la historia —respondió—. Pero él está necio. En el fondo es que no tiene amigos. Quiere tener algo que presumir. De hecho también le gustaría conocerlas a ustedes.

—Ash —dijo Susy.

—Bueno, véanlo, pobre…, seguro sabe que sí le hacen falta. Y les digo: saliendo de la escuela me dio las gracias por ayudarlo, y le hice la plática, y como a mi mamá y a mí nos divierten esas historias…

—¿Pero cómo que la quiere ver? —preguntó Connie.

—¡Pues es lo que les estoy diciendo! Hoy me salió con que se va a estar hasta la medianoche en la oficina de su mamá para ver si se la encuentra.

—Ay, no, entonces está loquito —sentenció Miranda.

Se rieron con eso, y ahora se rieron las cuatro.

Sin embargo, Susy agregó:

—¿Y cuándo quiere ir? Tienes que traernos el chisme. Mínimo de cuando lo saquen los veladores.

"Ay", pensó Carmen.

Y se pasó el resto del día de clases hecha nudo, pensando, pensando. Ya no se sentía tan bien ni tan astuta como antes: en realidad, le había mentido a sus amigas, y solamente porque se sintió atacada. ¿Qué hacer ahora? No se atrevía a decirles la verdad, ni a hablar con René del asunto. René se distraía dibujando fantasmas y calaveras en los márgenes de su cuaderno. Tal vez sí podrían llegar a ser amigos. Lo más sencillo era… decir otra mentira. No contarle nada a René, no tratar de meterle ideas en la cabeza. Y en cambio, dejar pasar unos días, y contar luego a sus amigas que el pobre tonto de los lentes sí lo había intentado, pero por supuesto no había podido meterse en secreto y por la noche en un edificio de oficinas. Lo normal sería que un niño no lograra eso. ¿No? Cosas así pasan en las películas o los videojuegos, pero no en la vida.

¿No?

Carmen pasó varios días dándole vueltas, sin decir nada, y cada vez más preocupada por las preguntas de Miranda, Connie y sobre todo Susy. No se les olvidaba el asunto.

—¿Y ya se echó para atrás el nerd, o sí se va a animar? —preguntó Susy una mañana.

—No le digas nerd —dijo Miranda (que también era un poco nerd, la verdad).

—Capaz que ya hasta se le olvidó —se burló Connie.

—Si quieres —le propuso Susy—, en el receso podemos ir todas a meterle

tantitita presión. Nomás para que admita que estaba de hablador.

—¡No! —dijo Carmen, sonando un poco más preocupada de lo que hubiera querido, pero le compuso a tiempo—: Ya ven que es bien tímido… Yo le voy a decir que ya se aplique y que si nos trae una prueba, lo dejaremos que coma con nosotras en el receso.

Y luego, esa tarde, mientras ella y René se sentaban a comer en la fonda de la señora Delia, Carmen decidió que, efectivamente, era imposible que René pudiera entrar en el edificio, sin permiso, a ninguna hora. Que no le haría ningún daño a nadie, ni al mismo René, que lo intentara y fallara. Que ya llevaba tres o cuatro mentiras a sus amigas (más bien como siete, u ocho, o más) y no quería agregar ninguna otra.

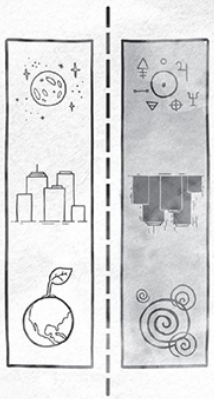
En cambio a René nunca le había mentido. Sería una sola. Una nada más, y una inofensiva. Ni siquiera le iba a creer. No iba a animarse.

Y mientras René empezaba a comer un plato de espaguetis, le dijo:

—Me quedé pensando en lo que nos contó mi mamá el otro día. ¿Te acuerdas, lo de la niña? Creo que tengo curiosidad. ¿Será que de verdad existe?

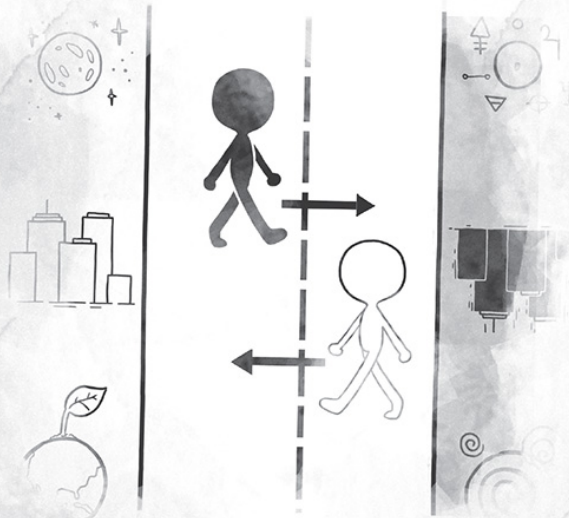
EL MUNDO ESPECTRAL

El Mundo Espectral es otra dimensión de la existencia, ajena al Mundo Físico ordinario pero cercana (por decirlo de alguna manera) a éste.



El Mundo Espectral se caracteriza por estar compuesto casi exclusivamente de materia espectral.
Tiene una forma y tamaño desconocidos incluso para sus mismos pobladores, que son principalmente fantasmas. Algunas de sus regiones se asemejan al Mundo Físico y otras no.

Usualmente, el Mundo Espectral no puede ser percibido desde el Mundo Físico, ni viceversa. Sin embargo, en ciertas circunstancias es posible que información, objetos e incluso criaturas pasen de un mundo a otro. Los lugares en donde esto se vuelve posible reciben diversos nombres entre los vivos -como "sitios encantados", "casas embrujadas", etcétera-, pero en el Mundo Espectral tienen otros. (Véase "Superposiciones".)



El Mundo Espectral está en contacto con dimensiones adicionales, pero de esto se sabe muy poco tanto allí como en el Mundo Físico.

3

René no sólo se creyó la mentira de Carmen, sino que lo hizo con gran entusiasmo. Él también se había quedado pensando en la historia de la niña fantasma, le dijo, sin darse cuenta de que un trocito anaranjado de espagueti le colgaba del labio. ¿Realmente le gustaría intentar una investigación? ¿Ver si había algo de verdad en aquellas leyendas?

—Sí es una oportunidad —dijo—. Porque la mayoría de las historias de fantasmas siempre pasan por quién sabe cuánta gente antes de llegar a uno. ¿Sí te has dado cuenta? "Lo contó una amiga del primo del maestro de mi tía." En este caso es tu mamá, otra persona y ya. ¡Y sabemos hasta dónde fue!

"Ay", pensó Carmen. Y lo volvió a pensar muchas veces en los días siguientes. René decidió que la mejor forma de comprobar la veracidad de la historia era, justamente, quedarse una noche hasta tarde en la oficina. Cuando lo escuchó, Carmen intentó desanimarlo, pero le salió muy mal:

—No creo que yo me pueda quedar hasta tan tarde.

—No te preocupes, lo entiendo. Nada más ayúdame con mi mamá. Si te pregunta, le dices que tenemos que hacer una tarea muy complicada y que me voy a quedar en tu casa, que al fin está cerca de la oficina.

—¿Qué?

Y sólo era el comienzo. René se puso a leer libros sobre casos de fantasmas (la mayoría muy malos, dijo) y a ver videos sobre el tema (peores, y sobre todo poco serios). Bajó una app para su teléfono para realzar fotos o videos tomados con poca luz, para tener más oportunidades de sacar pruebas de la existencia de la niña fantasma. Se consiguió llaves de la casa en que vivía con sus padres…

—Está a cuarenta minutos de aquí viajando en metro —explicó René—. El último tren sale a la una. Si tomo la foto a las doce en punto, hasta las doce y diez, sí llego, y no pasa nada. Mi papá se duerme temprano. Yo creo que me van a regañar, pero de ahí no creo que pase.

¡Qué feliz se veía!

—¿Y si sí? —preguntó Carmen, asustada, y René lo pensó un poco, hasta que respondió:

—No creo… No, no pasa nada. Tú tranquila. Sólo falta encontrar un buen día.

"Ay, ay, ay."

Carmen no se animó a decir más durante varios días. A sus amigas les contaba de los "progresos" de René, pero no le servía para olvidar el asunto, desde luego. Y aunque trataba de fingir, de convencerse de que René no sería capaz, de que no iba a encontrar el momento adecuado para hacer su tontería, cada vez estaba más preocupada. Y su mamá lo notó:

—¿Qué te pasa? —le preguntó en otro desayuno, casi un mes después de la pelea con los Perros Babosos—. ¿Estás bien? Has estado rara.

Carmen no le dijo todo:

—René anda muy clavado con eso de la niña fantasma —empezó, y continuó durante largo rato (era sábado), pero no le contó nada del plan.

—Uy. Pues ojalá no se vuelva muy fanático de eso —exclamó su mamá.

Carmen cerró los ojos, tomó aire, e iba a empezar a platicarle, pero su mamá no se dio cuenta y siguió:

—Por cierto, antes de que se me olvide, te tengo que hacer una pregunta. ¿Este lunes te puedo pedir un favor especial?

Ese lunes, su mamá estaba invitada a una fiesta con algunas amigas de la oficina. ¿Sería posible que le diera una copia de las llaves del departamento a Carmen, y ella se regresara derechito saliendo de comer en la fonda, y se comiera algo de cenar que ella le dejaría, y no volviera a salir hasta su regreso?

Su mamá casi nunca se daba tiempo para una cosa así. Trabajaba mucho. En otro momento, Carmen se hubiera sentido contenta. Ahora sólo se animó a decir que sí, que claro, y a preguntar quién más iría. Y las invitadas, por supuesto, incluían a Berta, la mamá de René.

Ese lunes, en la escuela, no hizo falta acercarse a René para hablar del tema. Cuando la vio sentarse a su lado, lo primero que él le dijo fue:

—¿Te contó tu mamá? Hoy se va a poder. Ya tengo todo preparado.

Susy, Miranda y Connie, dispersas por el salón, voltearon todas a mirarlos. Carmen las ignoró.

—¿Estás seguro? —le preguntó, acercándose un poco para que nadie más pudiera escucharla.

—A ver, allá, ustedes dos —dijo la maestra Rita, y ambos tuvieron que callarse.

En el receso, Carmen siguió ignorando a sus amigas y fue directo a hablar con René…, pero lo encontró caminando hacia la puerta de la escuela, con su mochila a la espalda.

—¿A dónde vas?

—Pedí permiso para irme antes a la oficina de mi mamá. A preparar…

—¿Sí lo vas a hacer? —preguntó Carmen.

—Claro. Ya está todo. Poquito antes de que salga mi mamá, diré que salgo a la casa, pero en realidad me voy a quedar en una bodega que no se usa y que ya localicé, hasta que dé la hora…

—No vayas —le pidió Carmen. René puso cara de extrañeza—. O sea, espera a que yo pueda acompañarte…

—¡No te preocupes! —contestó, y, tímidamente, le puso una mano en el hombro—. Si esto funciona, lo hacemos otra vez. Y si de casualidad puedes llegar, estaré al diez para las doce en la entrada de servicio, ¿ya sabes cuál? La que está por el lado derecho. Ya me dijeron que el velador de esa parte, don Cayetano, siempre se queda dormido. ¿Sí?

Carmen asintió. René le sonrió y se fue corriendo. ¿Cómo era posible?, se preguntó ella. René, al que siempre había considerado enormemente tímido, silencioso, *apocado* (como decía su mamá), de pronto parecía otra persona. Lo de los fantasmas lo encendía: lo avivaba, como si fuera la llama de una estufa a la que de pronto se le diera una mayor cantidad de gas.

—¡No te vayas! —dijo una voz a sus espaldas, burlona, y Carmen supo que era la de Susy. Pero no se volteó a enfrentarla. Terminó el receso y pasó el resto de las clases como zombi, nerviosa, más preocupada que nunca. Y no estuvo mejor al salir deprisa de la escuela, o mientras comía sola en la fonda, o mientras caminaba sola a casa.

Al llegar se quitó el uniforme, se puso unos pants y una playera y se quedó sentada en la pequeña salita del departamento. No sentía ánimos de ir a su cuarto ni ganas de sentarse a hacer la tarea. Pasaron las horas y se hizo de noche. Cenó, apenas, de lo que su mamá le había dejado. Encendió y apagó la televisión, la computadora. No tenían otro teléfono que el celular de su mamá, así que no podía comunicarse con nadie.

Desde una ventana podía ver la zona de su escuela, y un poco más lejos el edificio de la oficina. Dieron las nueve, las diez, las once, y ella volteaba hacia la ventana cada vez con más frecuencia.

A las once y media, Carmen se puso un abrigo encima del pants y salió de su departamento, cuidando muy bien de guardar sus llaves en un bolsillo. Nunca había hecho algo como esto. Sólo iba a convencerlo de que se fuera pronto a su casa. “No es más que eso”, se repetía Carmen, mientras caminaba por las calles que conocía de siempre pero ahora se veían no solamente oscuras, sino extrañas, como si la puerta de su departamento la hubiera depositado en otro mundo.

A las once cuarenta y siete estuvo ante la puerta de servicio, que era una hoja metálica y negra en la parte moderna del edificio, por la que entraban y salían coches y camionetas. Había una puerta pequeña abierta dentro de una

de las hojas. Sin saber qué más hacer, llamó, golpeando con su mano.

Once cuarenta y ocho. Volvió a tocar después de un momento. Uno que otro coche pasaba y la iluminaba brevemente.

Once cuarenta y nueve. Una sombra se acercó –una persona, no, dos– y pasó junto a ella y se alejó.

A la tercera vez que tocó la puerta se abrió y una voz dijo:

—¡Sí viniste!

Era René, que abría la puerta con una mano y con la otra sostenía una lata de refresco. Tenía un abrigo negro y una mochila del mismo color cruzada sobre el hombro.

"Ay."

—¡Pasa, pasa! —dijo él, y Carmen no tuvo más remedio que entrar—. Si oyes un ruido raro es el señor Cayetano, porque ronca —y se rió.

Pasaron al lado de la caseta del vigilante, de la que efectivamente salían unos rugidos que habrían podido despertar a cualquiera que no fuese el mismo velador. Luego bajaron dos tramos de escaleras, siguieron por un pasillo y bajaron otro más, hasta otro pasillo, mal iluminado, en cuyo extremo había una puerta entreabierta. Parecía un videojuego de miedo.

—La verdad es que es un poco aburrido —admitió René—. Aquel cuarto de allá es el de las copias. Ya fui y no se ve nada. Ya tomé fotos y no se ve nada. Incluso apagué parte de las luces, y ve, nada —se acercó a un tablero en una pared, movió varios interruptores y el pasillo volvió a parecer un sitio normal de una oficina—. Nada de nada.

—Vámonos entonces —dijo Carmen—. Me preocupa que vayas a tener un problema en tu casa, o que por llegar tarde…

—Esperemos hasta las doce —pidió René, y sin esperar respuesta caminó hacia el cuarto de las copias. Carmen fue tras él. En el interior del cuarto había varios aparatos enormes y apagados, varios estantes llenos con tóner y paquetes de papel. René cerró la puerta y el sonido de la cerradura sobresaltó a Carmen.

René rebuscó en su mochila y le ofreció a Carmen una lata de refresco, una bolsa de papitas y media torta de huevo con frijoles envuelta en una servilleta. Carmen dijo que ya había cenado.

—Realmente —dijo él—, no pensé que fueras a venir.

—Yo tampoco —admitió Carmen—. ¿De verdad quieres esperar hasta las doce?

—Ya no falta tanto —dijo René.

—Y no tiene que ser hasta las doce.

—¿No? —preguntó Carmen—. ¿Viste eso mientras investigabas?

—¿Qué cosa? —preguntó René.

—Lo de que no tiene que ser hasta las doce para que aparezcan los

fantasmas —respondió Carmen.

—Yo no lo dije —contestó René, parpadeando.

—Fui yo.

—Fuiste tú —siguió René.

—No, yo no lo dije —contestó Carmen.

—Les digo que fui yo —insistió la voz. Otra voz. No la de René ni la de Carmen—. Por favor, no se asusten.

Oír eso, naturalmente, hizo que Carmen sintiera no solamente ansiedad por la hora que era, por estar en aquel lugar, porque René era un necio que no entendía nada, sino (además) un escalofrío: una sensación espantosa, como nada que hubiera sentido antes en la vida.

Los dos voltearon a mirar el lugar del que venía la voz: del extremo más lejano del cuarto de las copiadoras, en el que estaba de pie una niña. No parecía nada especial: estaba vestida con un uniforme que en realidad no se veía tan antiguo, a lo mejor porque, sí, era una falda plisada de un color gris verdoso, una camisita debajo de un suéter de un modelo raro, pero no era tan distinto de los uniformes de Carmen y sus compañeras. También parecía tener la misma edad de ellas: diez años, aunque era ligeramente más alta y cargada de espaldas. Su cabello negro no estaba peinado en trenzas, sino en colitas, una un poco más arriba que la otra. Su cara era redonda, con una nariz ancha, aunque lo más notable eran sus ojos, de color verde.

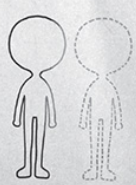
No: pensándolo bien, lo más notable era que sus pies (que llevaban puestos unos zapatos negros, aunque un poco polvosos) no tocaban el suelo…

PODERES DE LOS FANTASMAS

Sin importar su edad (antes o después de la muerte) ni ninguna otra de sus condiciones de existencia, los fantasmas pueden manifestar diversos poderes sobrenaturales. Estos poderes varían de un fantasma a otro, tienen diferentes intensidades, e incluso pueden desactivarse temporalmente en ciertas circunstancias. Los poderes más comunes de los fantasmas son los siguientes, ordenados del más al menos frecuente:

1. Intangibilidad: el cuerpo espectral de un fantasma atraviesa la materia ordinaria, incluyendo objetos sólidos, como paredes.

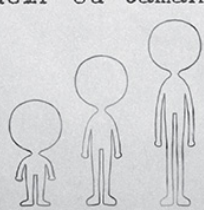
2. Aparición y desaparición: la materia espectral es invisible en su estado normal, pero los fantasmas pueden hacerse visibles a voluntad, con lo que dan la impresión de aparecer y desaparecer súbitamente.



3. Vuelo: esta habilidad se presenta en diferentes grados, desde el flotar a pocos centímetros del suelo (típico de algunos fantasmas famosos) hasta el elevarse centenares o miles de metros y desplazarse a velocidades semejantes a las de las aves.

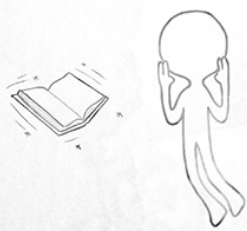
4. Ectoplasma: ciertos fantasmas pueden generar esta clase particular de materia espectral, de aspecto entre líquido y gaseoso, en ocasiones brillante, haciéndola "brotar" de un punto determinado.

5. Cambio de forma: esto es la modificación a voluntad del aspecto del cuerpo espectral. Un fantasma con esta habilidad puede tomar un aspecto leve o totalmente distinto del habitual -incluyendo formas ridículas o espantosas-, aumentar o reducir su tamaño aparente, etcétera.



6. Manipulación de aparatos eléctricos o electrónicos: aun si no pueden tocar los controles de los aparatos, los fantasmas con esta habilidad pueden controlar las corrientes y señales eléctricas de los mismos, con lo cual pueden lograr efectos visibles para las personas vivas, como cambiar el canal de un televisor o encender y apagar un foco.

7. Manipulación de materia: también llamada *telequinesis*, consiste en la capacidad de mover uno o varios objetos como si el fantasma tuviera aún un cuerpo vivo hecho de materia ordinaria. (El fenómeno conocido como *poltergeist* es el uso de este poder de forma caótica o violenta.)



8. Posesión: algunos fantasmas pueden "penetrar" en un cuerpo vivo y controlar sus movimientos, hacerlo hablar, etcétera. Esto no daña al cuerpo ni al fantasma, aunque el cuerpo (en especial si es de un ser humano) suele perder la consciencia y no conservar recuerdos del tiempo de la posesión.

9. Clarividencia: aunque son muy raros, se han registrado casos de fantasmas capaces de "ver" detalles del pasado o el futuro de sí mismos, su entorno o ciertos seres humanos.

Las tres primeras de estas habilidades se encuentran en todos los fantasmas, y muchos fantasmólogos las consideran, más bien, parte integral de ser un fantasma (o, en ocasiones, defectos, más que cualidades deseables).

4

Carmen tuvo consciencia de que estaba haciendo exactamente lo que hacen los personajes de las películas malas de terror: corría y gritaba al mismo tiempo, y a su lado René hacía lo mismo. Y aunque no la viera, podía escuchar tras ella a la niña fantasma, que corría (no, flotaba) tras ellos, y al mismo tiempo decía:

—¡Por favor, les digo que no quiero hacerles nada!

Y la puerta del cuarto de las copiadoras estaba ya detrás de ellos, pero el otro extremo del pasillo, del larguísimo pasillo, parecía alejarse, alejarse cada vez más a medida que Carmen y René intentaban alcanzarlo…

Entonces pasó algo curioso. Carmen tuvo la impresión de que no podría soportar el miedo por mucho más tiempo. Y, luego, le pareció que efectivamente ya no lo soportaba más…, y entonces lo hizo a un lado, y se detuvo, y dio media vuelta y gritó:

—¡UN MOMENTO!

Y René se detuvo también, y lo mismo hizo la niña fantasma.

—Un momento —dijo Carmen, sorprendida de sí misma, mirando de frente a la niña. René, a su lado, cayó al suelo (o se tiró).

—Ay, por fin —exclamó la niña fantasma.

—Dices que no nos quieres hacer nada.

—¡Sí! Llevo sesenta años diciéndoselo a todas las personas que encuentro —torpemente, René empezó a buscar en los bolsillos de su chamarra—. Todo lo que quiero es hablar con alguien.

Carmen no podía creer lo que estaba haciendo, pero decidió no pensar en eso y preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—María Isabel Retana Fernández —dijo la niña—. Me decían Isabel.

—¿Tienes sesenta años, dijiste?

—Sesenta años de muerta —justo en ese momento, René levantaba una mano temblorosa, que sostenía (con gran esfuerzo) su teléfono. La mano

empezó a temblar con más fuerza y el teléfono y René cayeron al suelo nuevamente—. No te espantes. Sesenta años de fantasma. Tenía diez.

Carmen estaba desconcertada, asombrada, nerviosa…, pero al mismo tiempo sentía una especie de calma extraña que acompañaba todo lo demás. Esta cosa, este fantasma…, esta niña…, era algo totalmente extraño, pero al mismo tiempo no era tan diferente de los fantasmas de las historias, de cuentos y películas y juegos. Se podía decir que ella y René ya sabían algo de cómo era, de cómo tratarla.

¿O no?

—René —le dijo a su amigo—, respira hondo. Y tú… ¿Quieres algo?

—Llevo sesenta años queriendo que me hagan caso. Gracias, por cierto.

—Ah. Pero… Digo, de nada. Pero… ¿Otra cosa? No sé, que te entierren adecuadamente, que les pasen un mensaje a tus papás…

—¿Un dinero que se quedó escondido? —dijo René, que ahora se esforzaba por levantarse y lo estaba logrando.

—No —contestó Isabel—. No, nada de eso. Más bien…

—¿Un aviso, una profecía?

—No —dijo Isabel, con un tono seco de voz que le hizo pensar a Carmen en cómo hablaba con sus propias amigas—. Primero, tenía ganas de poder hablar con alguien. Así de sencillo. Espero que ustedes no tengan nunca que pasar años y años encerrados en un solo lugar, sin poder realmente hablar con nadie porque todo el mundo se asusta cuando los ve…

Aquí dejó de hablar. Y comenzó a llorar, despacio, quedo, pero sin parar. No se cubrió la cara: Carmen y René vieron sus lágrimas, que se veían exactamente iguales a las lágrimas de una persona viva. Sin embargo, ese llanto no era exactamente el llanto de una niña. Carmen había visto llorar a algunos adultos, y ver a Isabel en aquel momento le hizo pensar en su mamá, la noche en que murió su esposo, es decir, el papá de Carmen.

Ella también había sufrido, por supuesto. Pero igual había notado que el llanto de su mamá era distinto del suyo. Su pérdida también era distinta. Aún no lo entendía del todo.

René y ella, sin decir nada, se quedaron mirándola hasta que se calmó.

—Perdón —se disculpó Isabel.

—No pasa nada —dijo René, y dio la impresión de que iba a decir algo más, pero no lo hizo. Isabel suspiró, lo cual era aún más raro que las lágrimas, considerando que era un fantasma y, por lo tanto, pulmones probablemente no tenía, pero lo hizo con toda naturalidad.

—Desde hace unos años —continuó— tengo muchos deseos de preguntar una cosa en específico. ¿Es cierto que hay más gente como yo? O sea, quiero decir, ustedes me entienden…

—¿Más niñas fantasma? —preguntó Carmen.

—¿Las conocen? ¿Las han visto? ¿Dónde están? ¿Cómo me puedo comunicar con ellas?

A Carmen y René les dolió un poco desilusionar a Isabel: decirle que ella era la primera niña fantasma (y el primer fantasma en general) a la que conocían. Ella hizo una mueca.

—Bueno, es un avance poder hablar con alguien —y les sugirió volver al cuarto de las copiadoras, que ciertamente era seguro para esconderse—. Porque me imagino que no querrán que los descubran, ¿verdad?

Carmen y René entraron al cuarto y cerraron la puerta tras ellos porque Isabel, flotando, atravesó la pared al lado de ellos. ¡Sólo eso (pensó Carmen) hubiera sido un susto tremendo media hora antes!

Ella y René se presentaron y hablaron un poco de ellos mismos. Isabel les hizo preguntas sobre el mundo fuera del edificio, y sobre el presente: otra vez se sintió decepcionada porque las cosas no eran tan distintas de cómo se veían en la televisión.

—¿Ves televisión? —preguntó René.

—Las de los veladores —dijo Isabel—. Las puedo prender cuando no están. No las puedo tocar, obviamente —miró a la pared que acababa de atravesar—, pero además de lo de flotar… puedo hacer esto —y las luces del cuarto se apagaron y se encendieron solas.

—¡Wow! —exclamó René.

—Lo puedo hacer con cosas eléctricas —explicó Isabel.

—Otra vez —pidió René, pero Carmen intervino:

—Nos vamos a tener que ir pronto —dijo—. Sobre todo tú, que vives lejos.

—¿Y NUNCA VAN A VOLVER? —preguntó Isabel, en voz bastante alta.

—*¿Qué?*

—No, es decir, sí, claro que vamos a volver —se apresuró a decir René.

—¡Ah! —exclamó Isabel— Perdón. Es que me pongo ansiosa. Si les pasara lo que me pasó a mí…

—Ay, no —dijo Carmen. E Isabel se le quedó mirando con una expresión dolida que ella comprendió de inmediato. Pero también cambió de tema:

—Últimamente se cuentan aquí historias de otras niñas en mi misma situación —dijo—. Durante muchísimo tiempo había pensado que sólo era yo.

—Sí hay historias —respondió René—. Y de hecho siempre son de niñas. Y en edificios como éste, es decir, oficinas, cosas parecidas.

—¿Y se sabe por qué estamos atoradas así? ¿Por qué no podemos ir a…?

—¿Al Más Allá?

—¿Ustedes saben si hay Más Allá? Yo no sé. No sé nada. ¿Se sabe más al respecto de lo que se sabía en 1961? Ese año fue cuando yo me… —y aquí Isabel hizo un gesto raro con la mano, como si la dejara caer con la palma hacia

arriba. Los dos entendieron que aquello significaba “cuando me morí”.

—¿Cómo que si se sabe más? ¿Científicamente? ¿En las iglesias? —preguntó René.

—¿Alguien les ha dicho algo como que ya se sabe exactamente, comprobado, sin lugar a dudas, qué pasa con la gente cuando muere, y por qué una niña se podría quedar sola como fantasma en un edificio de oficinas?

—No estoy segura —dijo Carmen—, pero creo que no.

—Porque eso es lo que me ha pasado. Yo he estado aquí metida, sin poder salir, sin que haya pasado nada más y sin que nadie haya venido por mí ni a informarme ni nada. Y no soy mala persona. Por ejemplo, entiendo que tarde o temprano se van a tener que ir. Ya pasa de la medianoche…, y no vinieron con permiso, ¿verdad? —René asintió y Carmen negó con la cabeza, lo que hizo sonreír a Isabel—. ¡Los van a regañar! ¿Saben qué? Estoy muy, muy agradecida con ustedes, pero… no quiero que tengan problemas para regresar. Mejor váyanse. Nada más digan que van a volver.

Fue muy extraño despedirse de Isabel. Aquel era un momento importante: una experiencia que Carmen (al menos) no había esperado tener nunca. Pero sí: ya tenían que irse. Isabel tendió su mano. René trató de estrecharla y la atravesó, y luego entendió que bastaba con fingir que lo hacía. Luego Carmen le “dio” la mano de la misma forma.

—Sí vamos a volver —prometió—. A la primera que se pueda…

—No tienen que venir a esta hora —dijo Isabel—. Ya los había visto a los dos, cuando vienen en la tarde. Los busco.

—¿Tú vas a seguir aquí?

—¿No les digo que llevo sesenta años sin poder salir? —respondió Isabel—. ¡Váyanse ya, corran!

Y ya estaban corriendo los dos, desandando el camino por los pasillos y escaleras que los llevaban hasta la caseta del vigilante (que seguía totalmente dormido) y la puerta de salida.

—Doce cuarenta —dijo René, ya en la calle, mirando su reloj—. No voy a llegar —pero ya estaba corriendo en dirección de la estación del metro—. ¡Nos vemos mañana, digo, al rato! —le gritó mientras se alejaba. Carmen tuvo ganas de acompañarlo, pero no se atrevió, y en cambio corrió hacia su propia casa. Ahora sí no había nadie más en la calle, y el mundo a su alrededor seguía pareciendo extraño, sombrío…, pero no tenía tiempo de pensar en eso.

Llegó al edificio, subió a su piso, tiró las llaves al tratar de abrir la puerta, las levantó, entró sin encender la luz, cerró la puerta y estaba en su cuarto, terminando de ponerse la pijama, cuando la cerradura se abrió otra vez:

—¿Mamá? —preguntó Carmen, en voz más alta de lo que hubiera querido.

—Sí, soy yo —respondió su mamá, y encendió la luz de la salita—. Ya llegué. ¿Estás bien? ¿No podías dormir?

—No —dijo Carmen, asomándose hacia el pasillo—. ¿Cómo te fue?

—Ya duérmete —le dijo su mamá—, mañana platicamos.

Al otro día, Carmen escuchó algunos detalles de la salida de su mamá, y sintió un poco de alivio. Pero llegando a la escuela corrió al salón y logró entrar antes que cualquier otro de sus compañeros. Y René fue el segundo.

Tras él venían Susy, Miranda y Connie, pero René tuvo tiempo de levantar el pulgar sin que ellas lo vieran. Carmen fue con sus amigas, escuchó de una nueva banda que tenía vuelta loca a Connie (y a Miranda, cosa más rara) y tuvo un día bastante agradable.

Y permaneció sin mencionar una palabra de lo sucedido la noche anterior hasta que René y ella llegaron a la fonda y tuvieron delante, cada uno, un plato de arroz con huevo y un vaso de agua de jamaica.

—Dime por favor que no te descubrieron —le pidió Carmen, y se dio cuenta de que estaba haciendo su gesto de ansiedad: se había puesto a frotar su pulgar derecho contra los otros dedos de su mano.

—No —dijo él—, no, por suerte. Pero sí fue pura suerte. ¡Salté para entrar al vagón antes de que las puertas se cerraran!

—Wow.

—Me pude haber pegado, caído… Ahora me parece que fue una locura.

—Está bueno que no lo vamos a tener que volver a hacer.

René puso cara de no entender.

—Es decir —aclaró Carmen—, ir a medianoche al edificio.

—Sí —dijo René—. Sí.

Y se quedaron en silencio. Carmen tomó un trago de agua.

—Tenemos —dijo René— que ver qué hacemos con esto. Tú fuiste la de la idea, así que es justo que tú seas la jefa —Carmen iba a protestar, pero René no le dio tiempo—. Yo sugiero que primero investiguemos más. Y que sea sobre todo con Isabel, porque eso de que ella está, ¿cómo dijo, atorada en el edificio?

—Sí.

—Eso no lo he visto exactamente así en ninguna parte. En ninguna película, ni libro, ni nada.

—¿No se supone que eso son las casas embrujadas? ¿Lugares donde siempre está un mismo fantasma?

En vez de responder, René abrió su mochila y sacó, además de su teléfono, un cuaderno grande y una tableta (de su hermano, dijo, que de todos modos ya vivía en su propia casa) y empezó a acomodarlos sobre la mesa. Carmen, muy amablemente, lo detuvo.

—Mejor hasta que lleguemos a la oficina, ¿no? Se te va a ensuciar.

Y ahora no pudo callarlo:

—Vas a ver cuando leas lo que he estado juntando. Se dice muchísimo del

tema, claro, pero hay muchas cosas que deben ser falsas porque se contradicen. Han de ser pura ficción. Alguna que otra cosa que he encontrado se me hace más cierta porque sí habla de cosas parecidas a las que nos contó Isabel…, aunque habría que preguntarle más, y claro, decirle todo lo que se sabe del asunto, ¿no crees? ¡Y además, a la hora de la hora, ni foto le tomé!

Mientras seguía, Carmen se quedó mirándolo con cara de asombro. René parecía, de plano, otra persona.

Por otro lado, ella misma no había dejado de hacer su gesto de ansiedad: ella también quería saber más del asunto…

En el edificio, más tarde, los dos tomaron el elevador y al salir en el quinto piso –el de sus mamás– se encontraron con que la sala de espera estaba ocupada: había una niña sentada en el sillón. Vestía un uniforme escolar y el pelo peinado en dos colitas desiguales. Tenía las manos sobre las rodillas. Carmen pensó que habría que sostenerle el libro o la tableta, porque ella no podría hacerlo.

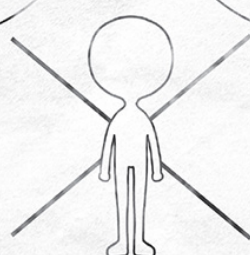
—¡Hola! —dijo Isabel, con una enorme sonrisa.

FUENTES DE PODER DE LOS FANTASMAS

Todos los fantasmas, sin excepción, pueden activar o incrementar sus habilidades sobrenaturales (véase "Poderes de los fantasmas") cuando están cerca de las siguientes fuentes de poder:

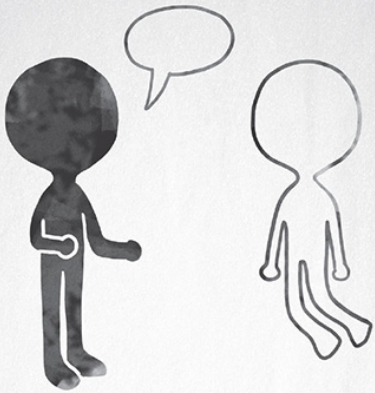
1. El lugar de la muerte física de un fantasma (en especial si se trata de un lugar con poca circulación).

2. Lugares donde los vivos experimenten con frecuencia, y en gran número, emociones fuertes.



3. Marcas mágicas -como conjuros o encantamientos- en paredes, techos y suelos.

4. Cementerios o sitios semejantes.



Una fuente adicional de poder que no depende de la distancia es la comunicación verbal entre un fantasma y una persona viva que le tenga afecto. Si el afecto tuvo su origen antes de la muerte del fantasma, la carga de poder es mayor.

Algunas investigaciones sugieren que también podría darse un incremento de poder cuando un fantasma *recuerda* el afecto de una persona viva, o viceversa.

5

Lo primero que hizo René fue sacar su teléfono y tomar una foto de Isabel.

—¡No la vayas a poner en redes sociales! —dijo ella—. Ya sé qué son.

Pero la foto, en cualquier caso, no salió bien. Parecía la foto de una niña sentada en un sillón. No se le veía lo fantasmal. René pidió a Carmen que se sentara a su lado y tomó unos segundos de video, pero salió todavía peor: aunque una pierna de Isabel, por intangible, atravesaba un poco la pierna de Carmen, en la pantalla del teléfono el video parecía una mala falsificación, con la imagen de una de las niñas pegada encima de la otra.

—Parece filtro mal hecho —comentó Carmen.

—Eso sí no sé qué es —dijo Isabel.

—En lo que yo investigué nunca hay imágenes así —reconoció René.

Así que ese día, y muchos de los que siguieron, se dedicaron más bien a conversar. René insistió en grabar lo que dijeran acerca de su existencia de fantasma, pero Isabel le hizo prometer que no lo publicaría ni lo mostraría a nadie. Y en muchas ocasiones no hablaban de eso: Isabel les contaba de su vida en el siglo XX, y ellos le decían cómo era el siglo XXI, o le pedían ayuda con la tarea.

(¡Cómo le gustaba a Isabel ayudarles con la tarea! No sabía muchísimo más que ellos, porque no había pasado del quinto año, pero era amable y muy paciente.)

—Entonces —dijo Carmen una tarde, luego de acabar unos ejercicios de matemáticas—, ¿has estado sola todo este tiempo?

—Bueno, el edificio siempre se ha usado como oficina de un tipo u otro —contestó Isabel—. He visto a mucha gente. Y me han visto. Pero la primera persona que me habló fuiste tú.

—¿Cómo comes, cómo…? —empezó René, pero se detuvo y volvió a empezar—. No, espera. ¿Comes?

—No. Ni duermo. No es divertido.

—¿Y siempre has tenido el aspecto que tienes?

—Así me veía en la mañana en la que —y volvió a hacer el gesto con la palma de la mano. “La mañana en la que me morí.”

—¿Cómo pasó? —preguntó René.

—Oye —lo regañó Carmen.

—Está bien —dijo Isabel—. El 25 de mayo de 1961…, siento que sueno como maestra…, vine aquí con mi mamá, que trabajaba en el séptimo piso, y tuve un accidente. Fue una tontería. Estaba bajando por las escaleras y me tropecé. Ni vi con qué. Y me caí. Antes no tenían barandal y… —se quedó en silencio por un momento—. Creo que fue instantáneo. No sentí nada. Un segundo sentí que caía y… ya. Eso fue todo. Un ratito como que perdí el conocimiento, recuerdo, y de pronto me vi. Vi cuando me levantaron, cuando me llevaron… Vi mi cuerpo. Nadie me vio a mí —aquí se llevó la mano al pecho — porque no sabía cómo hacerme visible. Y esto que tengo de atravesar los objetos es permanente: no podía, ni puedo, tocar a nadie. Y desde entonces estoy aquí —hizo una pausa—. Mi mamá dejó la oficina como al año de que eso pasara, se fue y nunca volví a saber de ella.

Ni Carmen ni René supieron qué decir.

—¿Cómo se les ocurrió hablarme? —preguntó Isabel—. ¿Se dice mucho de niñas fantasma en la actualidad? Tengo la impresión de que es una leyenda urbana muy popular.

—¿Cómo te enteras de esas cosas estando aquí? —preguntó René.

—Ay, René, pues oigo hablar a la gente. Ya les dije que puedo ver televisión. También puedo ver una pantalla de computadora, oír la radio… Esos son como los dos poderes que tengo, creo: hacerme visible y manejar cosas eléctricas —chasqueó los dedos y una luz tras una puerta (un baño) se apagó. Alguien gritó desde adentro que volvieran a encenderla e Isabel lo hizo, poniendo cara de travesura—. Casi nunca hago eso. Al principio sí, cuando me sentía muy aburrida o muy enojada, pero… Una crece, supongo.

—¿Crece? —dijo Carmen.

Isabel la miró.

—Bueno, no sé cómo llamarlo. Obviamente tengo el mismo tamaño que entonces, aunque no tenga yo…

—¿Cuerpo?

—¡René!

—Sí, cuerpo —respondió Isabel—. Por otro lado, no sé si mi forma de pensar es la que tendría de haber seguido viva. No hablo exactamente como hablaba entonces porque he aprendido palabras de diferentes años. Y al mismo tiempo, no llegué a ser adolescente. Ni adulta. Ahorita sería abuela. Tal vez.

—¿Cómo van? —se oyó una voz, y los tres se volvieron a ver a la mamá de René, ¡que caminaba hacia ellos!

—Ah…, este… —comenzó René. Carmen no fue capaz de decir nada—.

Ella es… amiga nuestra.

—¿Quién?

Carmen le dio un codazo y lo hizo voltear. ¡Isabel había desaparecido!

—¿Quién qué? —preguntó René.

—¡Hola, señora! —intervino Carmen, dándole a él (discretamente) otro codazo—. Nos encargaron un trabajo en equipo y estamos haciendo la parte que nos toca. Otra compañera está haciendo la suya en su casa.

—Ah, pues espero que sí —dijo la señora Berta.

—Yo también —agregó Carmen, y la mamá de René se despidió, porque en realidad iba al baño.

Carmen y René suspiraron, aliviados.

—¿Isabel? —preguntó René, y la niña fantasma reapareció, exactamente en el mismo lugar en el que había estado.

—¿Quién es? ¿Es tu mamá? —dijo, y también les explicó que casi siempre, cuando alguien se le acercaba por casualidad, prefería hacer eso: desaparecer —. Hace un momento les dije que tenía el poder de hacerme visible, ¿recuerdan? Simplemente lo dejé de usar y desaparecí.

—Wow —exclamó René.

Todo fue muy bien hasta el martes de la siguiente semana: a la hora del receso, Carmen estaba hablando con sus amigas y de pronto René llegó corriendo hasta ellas, jadeando, todo emocionado.

—¡Eww! —dijo Connie.

—¡Carmen!

—Primero saluda —dijo Miranda.

—Controla a tu amiguito, Car —pidió Susy con tono de ser la jefa de las cuatro… Aunque Carmen había logrado calmarlas la vez anterior, diciendo que René ni siquiera se había animado a hacer su intento, Susy seguía comportándose del mismo modo. “¿Me tengo que preocupar?”, pensó Carmen.

—Espérate —dijo a nadie en especial. Y a René—: ¿Qué te pasa?

—¡No sabes lo que me acaba de pasar!

—Pues no, por eso pregunta —se burló Susy.

—¿No te ibas a ir de excursión?

—Lo del museo nos toca el lunes, acuérdate —aclaró René—. Van por años. Ahora tocó a tercero y cuarto, luego vamos quinto y sexto.

—¿Tú estás en nuestro grupo? —preguntó Connie con muy mala intención.

—Acabo de descubrir algo muy importante —dijo René a Carmen.
—Ahorita no —le pidió ella.
—¡Pero es muy importante! —insistió él, y en ese momento a Carmen le

pareció que no sólo Susy, sino sus tres amigas, la miraban con burla. Y lo primero que se le ocurrió decir fue:

—¡Ay, René, ya! No molestes. Tú no sabes lo que es ser popular. ¡Dame espacio! Al rato te veo.

Sus amigas empezaron a reír. René se puso rojo, rojo, rojo, y Carmen supo que no era de rabia sino de vergüenza. Dio media vuelta, se fue, y evitó su mirada durante el resto de la clase. A la salida se fue casi corriendo y no pasó a comer a la fonda ni a esperar a su mamá en la oficina.

—¿Dónde está René? —preguntó Isabel al ver llegar a Carmen. Ella no supo qué responder. Al preguntar a su mamá, la señora Berta, esta le dijo:

—Avisó que se iba derecho a la casa.

—¿Se pelearon? —preguntó la mamá de Carmen, que en realidad leía bien las expresiones en la cara de su hija.

Carmen siguió sin saber de René durante los siguientes días. No es que no fuera a clases, sino que en esas horas se quedaba en silencio, mirando hacia el pizarrón, su cuaderno o su teléfono. Se apartaba de Carmen en los recesos y se iba al patio de al lado, donde estaban los niños más chicos. Se iba deprisa a la hora de la salida y se seguía hacia su casa.

—Ya dime qué fue lo que pasó —le pidió Isabel el viernes, al verla llegar por última vez en la semana. Carmen no se lo había dicho. Ahora, mientras se sentaba en el silloncito al lado del que “ocupaba” Isabel, la niña fantasma no dejaba de mirarla. Carmen por fin se animó a hablar, pero no le dijo todo:

—Se enojó. Creo que soy su única amiga pero él no es mi único amigo.

—Y se lo dijiste —comentó Isabel—. O le dijiste algo parecido— Carmen no respondió—. Date tiempo de pensarlo, pero también date cuenta de que si lo que dices es verdad, él está perdiendo muchísimo más que tú. Y esto no es para que te sientas menos mal. Quiero decir que él la está pasando mucho peor.

—Pareces mi mamá —se quejó Carmen.

—Soy mayor que tu mamá —contestó Isabel—. No puedo salir, pero aquí mismo he visto pelearse a muchas, muchas personas. No creas que no me da miedo que ya no me vayas a hablar. Pero es que una amiga es la persona que te dice lo que te hace falta oír, aunque no sea lo que tú quieres…

Carmen se cruzó de brazos y no respondió durante largo rato.

El lunes siguiente fue la excursión. Todos los grupos de quinto y sexto, vestidos con el pants verde (que era su uniforme de deportes), subieron a un par de autobuses y fueron al Museo del Exconvento: una construcción antigua, de piedra, resanada igual que el edificio de las mamás de Carmen y René, pero más bonito. Guardaba pinturas y esculturas de siglos anteriores. Los niños y las niñas lo recorrieron en largas filas bajo la vigilancia de las maestras.

Carmen apenas escuchó las explicaciones que les daba un guía porque

estaba concentrada en no mirar a René. A veces el movimiento a su alrededor los acercaba, y sus miradas se encontraban, y Carmen apartaba la vista. ¿Seguiría enojado? Carmen no sabía qué decirle, o si quería o podía decirle algo.

—¿Estás bien? —preguntó Connie, y Carmen tardó en entender que se lo decía a ella, y para cuando quiso contestarle su amiga ya se había apartado. Dos niñas que no conocía la miraban con curiosidad y ella se sintió inquieta. ¿Alguien estaría echando algún chisme por la escuela acerca de ella? ¿Tal vez Susy, que seguía en su mismo plan de las últimas semanas?

Carmen se atrasó un poco cuando entraron en una sala que contenía ruinas arqueológicas: los restos de una habitación (las llamaban *celdas*, escuchó decir al guía) que se había usado en el siglo XVII, más de 300 años antes. Ver aquellas piedras antiguas, desgastadas aunque todavía puestas unas sobre otras, la hizo recordar a Isabel. "Setenta años (diez de vida y sesenta de… de no vida) ya son mucho tiempo", pensó. "¿Se irá a quedar para siempre allí, cientos, miles de años? ¿Se aparecerá entre las ruinas del edificio cuando se caiga o lo tiren?"

Se dio cuenta de que el resto de su grupo se había ido. Iba a salir a alcanzarlos cuando la detuvo una voz:

—Oye, espera —Carmen se volvió a mirar a quien le hablaba: era una de las niñas que había visto antes—. Hola. Me llamo Elsa.

—Hola —dijo Carmen—. ¿De qué grupo eres?

—¿Grupo? —preguntó Elsa. Era una niña delgada y pálida, con ojeras y una nariz muy pequeña—. Ah, sí, el… ¿C?

—¿De sexto?

—Claro, sí, Sexto C. Rápido, nomás te robo un minuto. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Este… Sí, claro.

"Que no sea sobre René", deseó Carmen, "y tampoco sobre Susy".

—A lo mejor te suena raro. ¿Alguna vez has visto un fantasma?

Carmen se quedó muy sorprendida. Pensó que se estaban retrasando y las iban a regañar. Escuchó pasos afuera, fuertes y rápidos, y pensó que alguien debía estar corriendo como para alcanzar al resto.

—¿Qué dijiste? —preguntó.

—¿Ya ves? Te dije: te iba a sonar raro. No soy una loca, no te espantes.

—No me espanto —dijo Carmen, pero al mismo tiempo le pareció que algo no andaba bien. Seguía escuchando que alguien corría afuera. Elsa se acercó. A Carmen le dio la impresión de que el pants que llevaba puesto no era exactamente del color verde reglamentario.

—No creas que le ando haciendo esta pregunta a todo el mundo —dijo Elsa —. En realidad, creo que se la habré hecho a una o dos personas antes que a

ti. Pero es que…

—¡No, espera, no! —dijo alguien, afuera, a cierta distancia. Debía ser la persona que estaba corriendo, porque jadeaba. ¿Por qué seguía corriendo afuera de la sala?

Elsa, de pronto, acercó la cara a un hombro de Carmen y aspiró con fuerza varias veces, como si fuera un perro que la olfateara. Y se apartó.

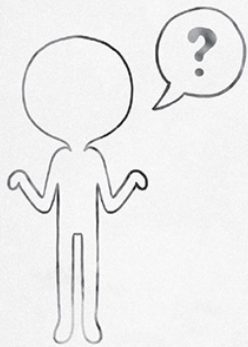
—Perdón, lo siento. No te vayas a espantar. Te digo que no soy rara. Pero es que sí, seguro. Ya has visto a algún fantasma, ¿verdad?

René entró corriendo en la sala. Hasta entonces reconoció Carmen su voz y sus pasos. Y tras él entró la otra niña que se había quedado mirando a Carmen, y cuyo pants tampoco era del color apropiado, y que al ver a Elsa dijo:

—¡Qué rápido la atrapaste, tú!

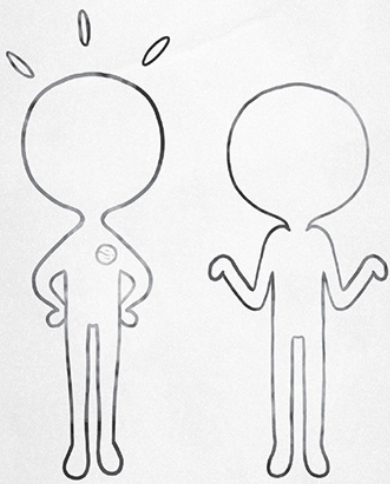
LA A.M.E.

Hay casos de fantasmas que no se han enterado siquiera de que lo son; otros no saben de la existencia del Mundo Espectral; otros más han tardado años y hasta siglos en descubrir y aprender a usar sus habilidades.
La causa de estas dificultades es que el Mundo Espectral representa un misterio para la gran mayoría de los fantasmas, igual que para las personas en el Mundo Físico.



Los fantasmas no adquieren nuevos conocimientos sólo por el hecho de serlo. Igual que los seres humanos mientras viven, se hacen preguntas acerca de sus circunstancias, investigan para saber más y se inventan explicaciones para aquello que no pueden o no quieren investigar.

Cuando les es posible, ciertos fantasmas pueden comunicar conocimiento a otros, e incluso ofrecerles ayuda. Pero otros permanecen aislados por diversas razones, o imposibilitados de entrar al Mundo Espectral (véase la definición de *estatutos espectrales* en el "Glosario").



La A.M.E. (Agencia Mundo Espectral) es una organización de fantasmas dedicada a asistir a otros y facilitar las diversas etapas de su existencia tras haber dejado de pertenecer al Mundo Físico. No se sabe con certeza cuáles son esas etapas (nuevamente se recomienda ver la definición de estatutos espectrales en el "Glosario"); tampoco es fácil para todos los fantasmas comunicarse con la A.M.E. ni lograr un beneficio tras haberse comunicado, pues los funcionarios de la Agencia deben obedecer sus reglas, con frecuencia difíciles de comprender, así como las leyes del Mundo Espectral, que son todavía más oscuras y en muchas ocasiones desconocidas. (Una vez más se recomienda consultar la definición de *estatutos espectrales* en el "Glosario".) Pero el propósito de la organización es en general altruista, y sus integrantes suelen ser tenaces, amables, o por lo menos optimistas.

6

—¡Oyeme, no! —dijo Carmen, y dio un manotazo para apartar a Elsa, y no se sorprendió casi nada cuando su mano atravesó a la niña.

—¡Ay, son dos! —gritó René, y señaló a la otra niña—. ¡Carmen! ¿Estás bien? ¡Esta me ha estado persiguiendo!

Era una niña muy bajita y redonda, con el pelo negro recogido en un chongo apretado. Las facciones de su cara eran muy suaves…, pero de pronto se torcieron en una mueca de enojo.

—Ésta tiene su nombre —dijo, y de pronto hizo algo más, algo que Carmen no acabó de comprender hasta unos segundos más tarde.

A gran velocidad, como en una película (pero desde luego Carmen no estaba viendo una película), la cara de la niña se volvió una de enojo tan grande que dejó de ser una cara de niña: ahora tenía colmillos afiladísimos, ojos rojos y enormes, y piel verde cubierta de escamas. Y al mismo tiempo su cuerpo entero cambió también de forma, se adelgazó, se hizo más largo, los brazos y las piernas desaparecieron y lo que quedó fue una serpiente enorme, amenazadora, que bloqueaba por entero la salida de la sala y enseñaba su lengua bífida por entre sus fauces.

—¡Me llamo Patricia! —rugió la serpiente con una voz grave, siseante, y levantó la cabeza varios metros por encima del suelo—. “Pato” para mis amigas. Pero ustedes no son mis…

—¡Ya, Pato! —gritó Elsa—. ¡Gobiérnate!

—¡Oooh! —se quejó la serpiente con voz de niña.

—Te cambias a tu aspecto normal —dijo Elsa, firme—. ¡Ya!

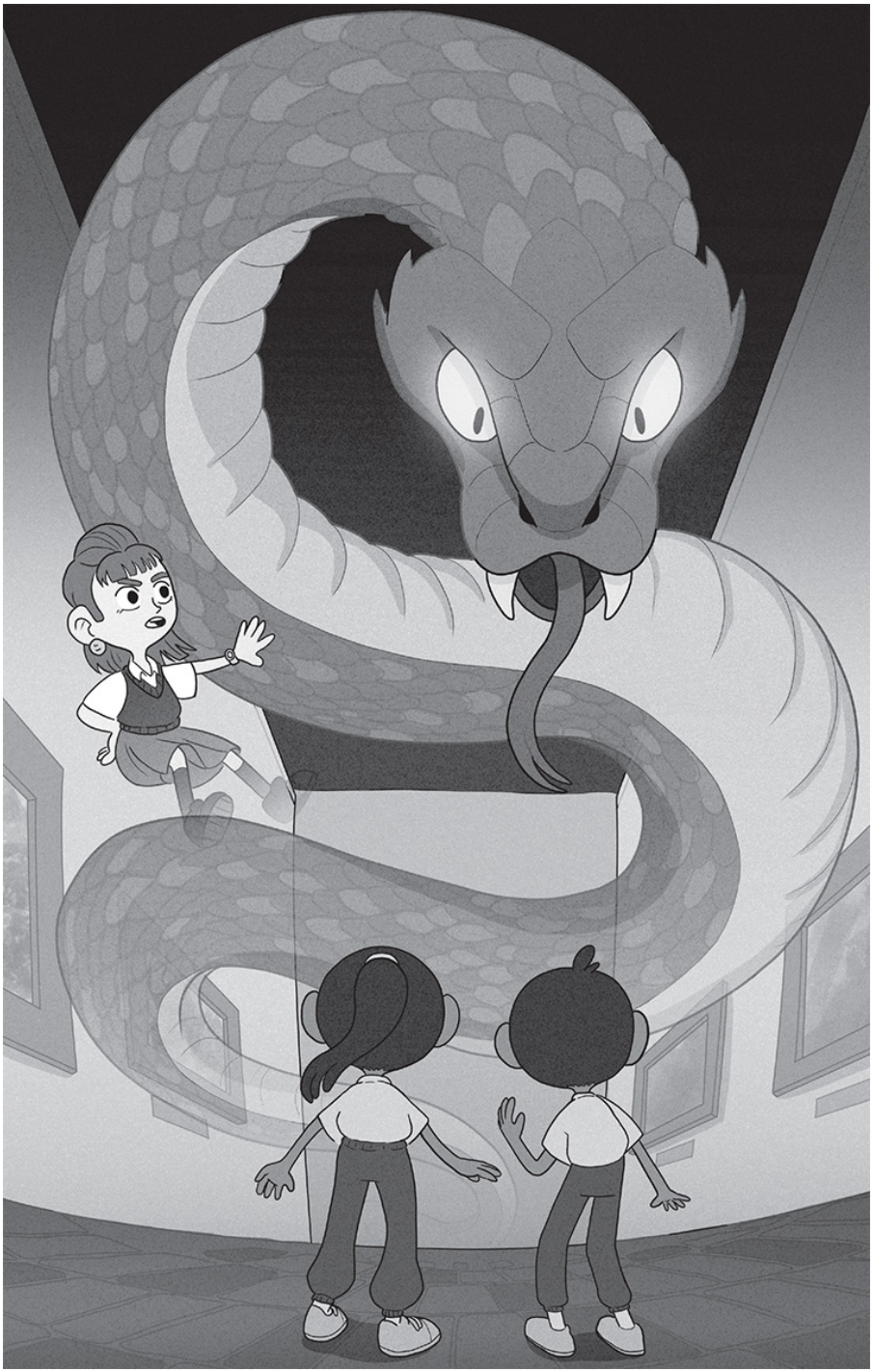
Y la serpiente, rapidisísimamente, se convirtió en niña otra vez.

—¿Qué pensabas que iba a hacer? —se quejó—. ¡Lo tenía que espantar para hacer que viniera!

René (que estaba muy sacudido, observó Carmen) enderezó la espalda, respiró profundamente y dijo:

—Con esa forma de serpiente me estaba persiguiendo —y luego de una

pausa volteó a mirar a la niña y agregó—: Por cierto, ¿por qué no te convertiste en un pato?



—Buuh —dijo Pato con voz burlona y enseñando la lengua—. Pues porque

con un pato no te espanto, baboso.

—A ver, a ver, un momento —intervino Carmen—. ¿Qué les pasa a ustedes dos? Y me refiero a ustedes dos —señaló a Elsa y a Pato—. ¡Así no se trata a la gente! Si las viera Isabel, nuestra amiga fantasma, no saben qué vergüenza le daría.

—¡Ajá! —exclamó Elsa—. Sí han visto a otra fantasma. ¡Lo sabía!

—¿Cómo es? —preguntó Pato, y ahora se acercó a mirar de cerca a René —. ¿Es simpática? ¿Qué poder tiene? ¿Se transforma? ¿O mueve cosas? ¿Sabe cómo salir? ¿Ha visto a la Ame?

Carmen y René tardaron un poco en calmarse y, de hecho, en calmar a las dos niñas y entender su situación. Las dos estaban juntas desde 1990: en ese año, habían venido de visita con su propia escuela.

—Ya entonces éramos amiguis, aunque era un poco molesto —dijo Elsa— porque todo el mundo nos decía El Zapato.

—"Elsa" y "Pato" —explicó Pato—. Buuh.

Las dos se apartaron de su grupo, se acercaron demasiado a un área en construcción… y una pared les cayó encima.

—También le cayó al maestro que trataba de detenernos —agregó Elsa.

—Y la Ame, ¡arrrgh! —dijo Pato.

—¿Te acuerdas de todo lo que dijimos?

—¡Nos hacía más caso el gato del año 2000!

—¡Osh! ¡En orden, por favor! —les pidió Carmen.

Más o menos le obedecieron. Como Isabel, Elsa y Pato habían pasado en un mismo lugar (aquel) todo su tiempo como fantasmas. Podían andar por cualquier sitio del Museo, visitar las salas y los grandes patios que había entre ellas, pero no podían salir del edificio. Con el tiempo descubrieron que, además de las mismas "características" básicas de Isabel (ser intangibles, poder flotar en el aire, hacerse visibles o invisibles), cada una tenía un poder extra, diferente. El de Pato era cambiar de apariencia, por supuesto. Y el de Elsa era…

—Cuando estaba viva le decían telekinesis —explicó, mientras un bote de basura se elevaba unos centímetros en el aire—. Mover objetos sólidos. No puedo tocarlos, pero sí moverlos.

—Todavía le dicen así —comentó René.

—¿Y por qué me estabas olisqueando? —preguntó Carmen a Elsa.

—Porque quien pasa tiempo cerca de un fantasma *huele* a fantasma —dijo Pato—. ¿No sabían eso? —y ahora cambió de forma para parecer un perro y olisquear la pierna de René… y levantar la patita trasera.

—¡Oye! —exclamó él, y Pato volvió a su forma de niña y puso cara de no rompo un plato.

—¿Qué?

—Pero a ver, a ver —dijo Carmen—. Entonces se dieron cuenta de que nosotros hemos tenido contacto…

—Ji, ji, ji, contacto —se burló Pato.

—¡Shhh!

—Contacto con un fantasma —siguió Carmen.

—Es la tercera vez que nos pasa —dijo Elsa—. Cuando olimos a una señora en 1995 todavía no sabíamos bien de qué se trataba, y el niño de 2014 se asustó y se fue corriendo al vernos.

—Uy. Y todo ese tiempo han estado aquí las dos juntas…

—De 2007 a 2010 nos enojamos —confesó Elsa— y nos hicimos la ley del hielo, pero la verdad es que sí es muy triste estar sola y además ser fantasma.

—Y la perdoné —dijo Pato.

—*Yo* te perdoné a *ti* —aclaró Elsa, y suspiró—. Sí es bueno tener con quién hablar. A veces nos disfrazamos y nos unimos a los grupos que vienen de visita, o nos metemos a las oficinas del museo, pero no es lo mismo —y con esto el color de los uniformes de las *dos* cambió a naranja, luego a rojo, luego a púrpura…

—Y hacer a las gemelitas, tampoco —dijo Pato, y con esto las dos cambiaron de aspecto por completo: ahora, Carmen y René tenían delante a dos niñas exactamente iguales, de cabello castaño, piel blanca y grandes ojeras, con vestiditos de encaje, largas calcetas y zapatitos negros. Una tomó de la mano a la otra y las dos hablaron en inglés:

—*Hello, Danny… Come and play with us…*

—¿Qué es eso? —preguntó René.

—¡Ay, yo sí vi esa película! —exclamó Carmen.

—¿Tú no? —dijo a René una de las gemelas, con la voz de Elsa—. Es famosa. La gente se asusta mucho cuando nos ve.

—Aunque sí es divertido —reconoció Pato, es decir, la otra gemela.

—¡Qué están haciendo aquí! —dijo otra voz, y Carmen se volvió para ver a la maestra Rita, que se asomaba por la entrada de la sala—. ¡Ya nos vamos! ¿Y ustedes dos de qué grupo son?

(Otra vez a toda velocidad, el poder de Pato había devuelto a las niñas a su aspecto de antes. Y ahora, notó Carmen, el verde de sus pants estaba mejor.)

—Sexto C —contestó Elsa.

—Vengan acá —ordenó la maestra, y los vivos obedecieron. Las fantasmas también, y se desplazaban moviendo los pies un poco por encima del suelo, pero casi no se notaba: aquellas dos tenían mucha más práctica que Isabel en mezclarse con otras personas.

—¿A dónde van? —murmuró Carmen.

—Con ustedes —respondió Pato.

—Pero no pueden salir.

—Pues no —dijo Elsa—, pero ustedes no nos han dado sus datos de contacto ni nada. ¿Cómo vamos a comunicarnos?

Carmen se dio cuenta de que también tenían más práctica que ella.

—Hasta crees que los vamos a dejar ir así nomás —dijo Elsa—. ¿Para qué hicimos todo el numerito? ¡Nos tienen que contar de la niña fantasma a la que conocen!

—Ya sé —murmuró René—. Te doy mi celular, apréndetelo. Es el…

—¡Anótalo! —dijo Pato—. No seas tonto.

Y Carmen y René comprendieron enseguida. Ambos rebuscaron en sus bolsillos –porque no llevaban sus mochilas ni nada parecido– y René sacó una libretita; Carmen, una pluma. René escribió deprisa en una hoja. Ya estaban llegando al final de un amplio corredor de piedra en el que estaban las puertas de entrada y salida del Museo, y grandes montones de niños y niñas, uniformados y más o menos conducidos por sus maestras, se apiñaban para hacer filas y salir. René se detuvo, arrancó la hoja y se la tendió a Elsa, que fingió tomarla…, aunque el papel estaba flotando apenas por encima de su mano.

—¿Qué estás haciendo? —dijo la maestra Rita, que los estaba observando —. A ver ese papelito.

—¡Un momento, maestra! Tengo que ir a… Se me olvidó un cuaderno —respondió Elsa, y se dio media vuelta y se alejó volando (aunque parecía correr, casi).

—¡Yo voy al baño! —dijo Pato y se fue tras ella.

—¡El baño está para acá! —gritó la maestra Rita con enojo, y luego se acercó a otro par de maestras que estaban cerca—. Oigan, ¿quién vino con el Sexto C, la maestra Yolanda?

Carmen salió primero, seguida de René.

Más tarde, en el viaje en autobús de regreso a la escuela se corrió el chisme de que René le había pasado su teléfono a una alumna de sexto, y muchas personas –incluyendo a las amigas de Carmen– lo miraron con desconcierto y sin atreverse a decir nada.

—Capaz que hasta te tratan mejor a partir de ahora con eso —dijo Carmen, un largo rato después, cuando ya habían salido de la fonda de la señora Delia y caminaban hacia la oficina de sus mamás.

—¿Tú crees? —preguntó René. Habían estado conversando del asunto durante toda la comida. Pero ahora Carmen no contestó y apartó la mirada—. ¿Qué pasa?

Carmen no se decidió a hablar por casi una cuadra de camino. Luego ella fue quien se detuvo e hizo detenerse a René.

—Te he estado hablando como si nada —dijo— y el otro día me porté muy mal contigo. Lo siento.

—¡Ah! —respondió René—. Ya se me había olvidado. Es decir, después de encontrar a Elsa y Pato. Porque… O sea, sí me dolió. Y mucho —hizo una pausa—. Pero está bien.

Levantó su mano y Carmen la estrechó.

Y poco después, cuando estaban ya en la salita de espera en el quinto piso, e Isabel escuchaba asombradísima la historia que ambos le contaban, el celular de René sonó. La pantalla mostraba un número que ninguno de los dos (ni Isabel, por supuesto) reconocía.

—Contesta —dijo Carmen. Eso hizo René, puso el aparato en altavoz y los tres escucharon a una voz decir:

—¿Bueno? ¿René?

—¿Elsa?

—No, soy su maestra —dijo la voz—. ¡Claro que soy Elsa!

—¡Y Pato! —se oyó, tras ella, decir a Pato.

—¿Desde dónde están llamando? —preguntó Carmen.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Desde qué lugar del Museo —aclaró Carmen con una mueca.

—Ah, desde la oficina de la directora. Muy bonita.

—O sea, la oficina —dijo Pato.

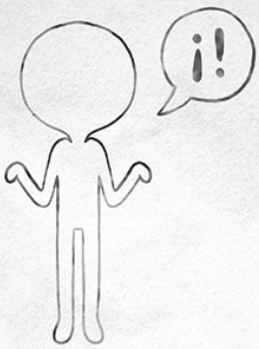
—¿Ellas son? —preguntó, de pronto, Isabel.

Hubo una pausa.

—¿Ella es la niña fantasma? —preguntó Elsa desde la oficina de la directora del Museo del Exconvento.

Isabel comenzó a llorar otra vez, pero ahora (entendió Carmen) sus lágrimas eran de felicidad.

CURIOSIDADES FANTASMOLÓGICAS (1)



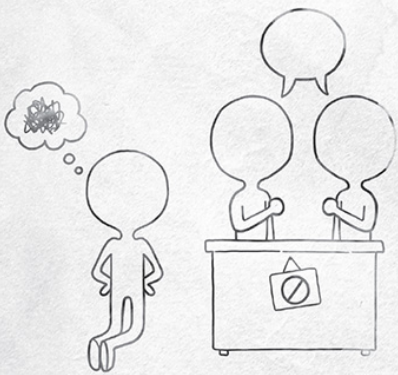
1. La materia espectral, que se genera en o proviene del Mundo Espectral, puede tomar las formas y aspectos más diversos. El ectoplasma es el más conocido (véase "Poderes de los fantasmas"). Sin embargo, además de componer también los cuerpos espectrales, la materia espectral puede usarse para crear herramientas, documentos, etcétera. Estos objetos espectrales pueden ser llevados al Mundo Físico, pero dejan de existir cuando el fantasma que los ha llevado se aparta de ellos por demasiado tiempo.

2. La característica antes descrita de la materia espectral ha llevado a algunos fantasmólogos (véase "Fantasmología") a preguntarse por qué los fantasmas, en general, pueden pasar larguísimos periodos en el Mundo Físico. Una hipótesis asegura que la causa es la conciencia de sí mismos que tienen los propios fantasmas.
Un fantasma persistiría por creer en su propia existencia.

3. La materia espectral tiende, en general, a ser intangible y atravesar la materia física, de acuerdo con la imagen tradicional de los fantasmas (véase "Poderes de los fantasmas").
Sin embargo, tanto los objetos espectrales como los fantasmas pueden atravesar más fácilmente la materia que ha estado menos tiempo en un mismo lugar y con la misma forma. Así, un fantasma que se dedicó a espantar en las laderas del monte Eiger (en los Alpes suizos) durante el siglo XVIII esperaba a los montañistas de pie sobre una roca, lo que le era fácil porque la montaña tenía muchos miles de años. Luego se arrojaba a la nieve recién caída, y desaparecía en ella como un clavadista en el agua de una piscina.

4. Una superstición de los fantasmas es que los Espacios de Ayuda siempre serán atendidos por el peor fantasma posible, sin importar la hora o el lugar del Mundo Físico en el que se abran.

(Véase "Superposiciones" y "Espacios de Ayuda".)



7

—Cómo no me las encontré antes —dijo Isabel, después de un largo rato de charla entre los cinco—. Y a ustedes —siguió, mirando a Carmen y a René.

Habían abierto varias libretas y las pusieron sobre una mesa baja, junto a los sillones, para dar la impresión de que estaban haciendo la tarea con Isabel. Muy discretamente, René había conectado su teléfono a un enchufe para que no se descargara. De cualquier forma, muy pronto tendrían que colgar porque se le iba a acabar el tiempo que tenía pagado.

—Mi papá me va a regañar por acabármelo en una tarde —comentó René.

—¿No se pueden conectar a internet? —preguntó Elsa.

Poco después, Carmen volvía de la oficina de su mamá con la clave de la red local anotada en un papel.

—Qué listas son ellas dos —reconoció Isabel—. Y qué útil debe ser eso de poder tocar objetos…

Siguieron conversando, ahora mediante videollamada. "¡Qué loco!", pensó Carmen. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se le ocurriera su idea, desde su encuentro con Isabel? Parecía muchísimo, y no era tanto.

—La persona que nos encontramos en 1995 estaba hablando con alguien más —decía Elsa. Su cara y la de Pato se acercaban a la lente de la computadora que estaban usando y se deformaban, como si fueran las caras de niñas… vivas. Carmen sintió un escalofrío y se dijo que nunca debía hablar así de ellas.

—¿Quién era? —preguntó Isabel.

—No sé. No importa —contestó Elsa—. Lo importante es que estaba diciendo que se había encontrado a un fantasma. Yo digo que dijo "niña fantasma".

—Yo eso no lo oí —intervino Pato.

—Pero igual olía —insistió Elsa—. ¿Se acuerdan que les conté? Sí vio algo.

—Eso —dijo Carmen— podría querer decir que hay todavía más niñas fantasma. En algún lado. ¿No?

—Y todo por culpa de la Ame —dijo Pato.

—¿La qué? —preguntó Isabel.

Carmen se quedó callada. ¿Dónde había escuchado eso? ¡Claro!, la misma Pato lo había dicho. Pero…

—Pato —dijo.

—¿Qué pasó?

—¿Quién es "Ame"? ¿Es "América"? ¿"Amelia"? ¿Alguien que conocen?

—No, no, no es alguien. Es *la* A.M.E. A, Eme, E, A.M.E.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Isabel.

—¿Cómo? —preguntó Elsa—. ¿No sabes?

—No.

—A. M. E. —dijo René, y de pronto su voz sonaba distinta. "Como cuando se emociona", pensó Carmen—. Carmen, ¿te acuerdas de cuando te quise hablar y me contestaste feo y nos peleamos?

—¿Qué? —dijo Elsa.

—Uuuh —se burló Pato.

—Ya te pedí perdón —se quejó Carmen.

—No, no, eso está bien, quiero decir, ¿te acuerdas de lo que te iba a decir? Digo, ¿te acuerdas de que te quería decir algo, de que estaba muy emocionado y te quería decir algo?

Las cuatro niñas (la viva y las tres fantasmas) lo miraron sin decir nada.

—No te alcancé a decir —insistió René.

—¿Y qué me ibas a decir?

—Que me había encontrado con la A.M.E.

Ahí Elsa y Pato se quedaron muy asombradas.

—¿Por qué no lo dijiste?

—¿Dónde la encontraste? ¿Qué te dijo? ¿Por qué nos ocultas cosas? ¿Qué te hicimos o qué? ¡Habla, pequeño demonio! —dijo Pato, y enseñó una boca súbitamente enorme y llena de dientes puntiagudos—. ¿Van a venir otra vez?

—¡Esperen, esperen! —respondió él.

—Explícate —pidió Isabel.

—Me encontré con *información* acerca de la A.M.E. La Agencia Mundo Espectral. ¿No? —Elsa y Pato asintieron—. La encontré en internet.

La explicación fue muy larga y enredada porque las niñas fantasma no dejaban de hacer preguntas. Para resumir, se puede decir que René (entre muchísimos otros sitios de la red que había visitado) tenía muy presente una página en la que se hablaba de algo llamado A.M.E.: algo que estaba (supuestamente) muy conectado con la existencia de los fantasmas. No se había encontrado ninguna otra página que dijera algo similar y eso le había llamado la atención.

—Porque las páginas que publican cosas falsas en general se repiten

mucho —explicó.

La página era algo vaga a la hora de explicar qué podía ser una "Agencia Mundo Espectral". Por momentos, el texto sonaba, dijo René, "a la descripción de algo como una agencia de viajes".

—Pero también decía que sus especialistas se ocupaban de atender fantasmas en momentos importantes o una cosa así.

—La que nos atendió —se quejó Pato— no nos atendió mucho que digamos.

—¿Cuándo las atendió? —dijo René—. ¿La llamaron?

—¿Cómo la íbamos a llamar? —preguntó Elsa, irritada.

—A ver, momento —pidió Carmen—. René, ¿no tienes el link de la página? ¿Qué más decía, no te acuerdas?

René pidió perdón, tomó el teléfono y se pasó a una aplicación distinta. Habló mientras buscaba.

—Aquí la tengo guardada. Por aquí la tengo… Lo que decía era que para llamar a alguien de esa gente había que hacer una *convocación*, así decía. Había que levantar la mano izquierda y decir… ¿Cómo era? Era algo raro. Aquí está —Carmen e Isabel miraron por sobre el hombro de René y vieron una página web como cualquiera, con texto azul sobre fondo anaranjado—. "Convoca, convoca, convocada, así serás llamada."

René puso otra vez la aplicación de videollamadas y dejó ver las caras confundidas de Elsa y Pato.

—No pasó nada —dijo Elsa.

—Cuando lo intenté la otra vez tampoco pasó nada —reconoció René.

—Tengo una idea —intervino Isabel, y levantó su propia mano—. A lo mejor no funcionó porque no eres un fantasma… Convoca, convoca, convocada, así serás llamada.

¡PUF!

Así se oyó, aproximadamente, al mismo tiempo que las luces del quinto piso parpadeaban y una nubecilla de humo aparecía frente a Carmen, René e Isabel. Del otro lado de la puerta de cristal se oyeron voces de gente asustada o quejándose. Y en el centro de la nube, que ya se disipaba, estaba alguien: una señora vestida un poco como las mamás de Carmen y René, con falda larga color vino, un suéter verde bajo una chamarra de mezclilla y un collar de cuentas de plástico rojo. Sus zapatos eran rojos también. Tenía ojos y nariz muy grandes y el pelo cortado en un estilo que parecía antiguo. Y dijo:

—¿Quién de ustedes fue quien me llamó? —y de pronto ya estaba olisqueando (discretamente) a los tres—. Ah, tú —dijo a Isabel—. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Cómo supiste el modo de llamarme? Mi nombre es Luz Virginia Díaz Díaz, yo quisiera que me dijeran Luz, o Ginny, pero todos me dicen Lucha y ya me resigné. La vida es cruel. O sea, la no-vida. ¿Tú te estás juntando con

vivos? Qué bonito edificio, por cierto. Mucho más bonito que el terreno baldío que está por allá —y señaló en alguna dirección—. ¿Ya fueron? O sea, ustedes, los vivos, porque la señorita no puede salir, desgraciadamente.

—Oiga, sí. ¿Por qué no puedo salir? —preguntó Isabel.

—Bueno, se supone que no te lo puedo decir porque estamos en el Mundo Físico y estos trámites hay que hacerlos en el Mundo Espectral…, espérenme —dijo Lucha, y caminó desde donde estaba, atravesando la mesa de centro, hasta uno de los sillones, donde se sentó con mucha más seguridad y de modo más convincente que Isabel, a pesar de ser igual de intangible que ella—. Mejor. Pero a ver, no interrumpan. Les estaba diciendo que no les tendría que hablar siquiera, pero bueno, ya hicieron su esfuerzo, y pues sí es un poco injusto que no pueda hacer nada por ustedes.

—¿Qué pasa? —preguntó Elsa desde la pantalla—. ¿Quién está ahí?

—¿Es la ñora loca de la A.M.E.? —dijo Pato—. ¡Contéstenme!

En vez de contestarle, René apuntó con su teléfono hacia Lucha. En la pantalla, las dos amigas la miraron, boquiabiertas, por unos segundos, y luego se pusieron a gritar. No se entendía lo que decían, o más bien sólo se entendía lo que decía Pato, pues gritaba mucho más fuerte. Con cada palabra que decía, Lucha, Isabel, Carmen y René se sonrojaban un poco más.

—Mejor acaba la llamada y las buscamos en un momento —sugirió Isabel, y René le hizo caso.

—¡Qué grosera es su amiga! —comentó Lucha.

—Está disgustada —explicó Isabel.

—Y no es para menos, créanme que lo entiendo, pero la verdad es que no son modos. ¡No se pueden portar así cuando presenten sus quejas con la autoridad!

—¿Presentar? —preguntó René.

—¿Cuáles quejas? —preguntó Isabel.

—¿Cuál autoridad? —preguntó Carmen.

—¡Ájale! —dijo Lucha—. *¡Calmantes montes!*

—¿Qué?

—Calmantes montes alicantes pintos —respondió Lucha—. ¿No dicen así ustedes los jóvenes? ¿La chaviza? ¿Los matos y las vorras…? —dudó—. No, momento. ¿Vatos y morras? Matos y vorras. Sí se dice así, ¿no?

Los tres se le quedaron mirando sin hablar.

—¡Ájale! Cómo se notan las malas costumbres. Aquí en el Mundo Físico todos hacen lo que se les da la gana, pero en el Mundo Espectral hay que tener respeto. ¿Eh? *Respectro*, le digo yo. Llevo ciento catorce años trabajando con la Agencia Mundo Espectral y todavía no logro que nadie más diga *respectro*. Es muy triste mi existencia. Mi post-existencia.

—Ay —dijo Carmen.

—Disculpe…, ¿Lucha? ¿Señora Lucha? —intervino Isabel—. Estamos confundidas. Es que no sabíamos que usted iba a llegar. Acá apenas se sabe sobre usted. Encontramos cómo invocarla de pura casualidad. Nuestras amigas

la vieron una sola vez, me parece, y yo nunca la había…

—¿Visto? —dijo Lucha—. No, pues no, cómo. Cuando las vi a esas… dos…, en realidad estaba yendo a recoger al maestro. El que estaba con ellas. La A.M.E. es la encargada de venir por las personas que recién han… —golpeó el dorso de una mano en la palma de la otra. Lo hizo otra vez.

—¿Muerto? —preguntó René.

—*¡Ájale…!* ¡Sí! Qué francotes son en este siglo. Venimos por la gente porque nos corresponde llevarla al Mundo Espectral, que es de donde nuestra agencia toma su nombre. Y ya de ahí pasan a donde tengan que pasar. Pero sólo podemos venir por la gente autorizada para ir allá, y con ustedes, o sea, las niñas como ustedes, hay un problema. Pero a ver, hablemos en un sitio más privado. Creo que alguien allá del otro lado del vidrio me está viendo. ¿Dónde están las fotocopiadoras?

—¿Eh? —dijo Carmen—. Abajo, en el primer sótano…

—Qué bueno que sí tienen —dijo Lucha—, vamos —y de inmediato se *hundió*, es decir, empezó a bajar atravesando el piso…

—¡No podemos bajar así! —se quejó René.

—Vete con ella —pidió Carmen a Isabel—. Y tú y yo…, ¡al elevador!

—Nunca he hecho esto en público —se quejó Isabel.

Carmen y René apenas tuvieron tiempo de observarla, dudando, como alguien que se va a meter en una alberca sin saber nadar muy bien…, y luego *hundiéndose* en el piso, siguiendo a Lucha. Era muy extraño porque no se veía como fantasma, es decir, no como los de las películas: simplemente parecía que su cuerpo iba perdiéndose de vista, poco a poco…

Algo más de un minuto después, Carmen y René salían corriendo del elevador y bajaban un tramo adicional de escaleras para llegar al primer sótano, precisamente donde se habían encontrado con Isabel por primera vez. En el camino hacia las fotocopiadoras se cruzaron con una mujer (sin duda empleada de algún piso del edificio) que corría en dirección opuesta a ellos y gritaba quedito, lo cual (pensó Carmen) era bastante increíble de por sí.

—… una muerta, una muerta, una muerta… —decía, y no se detuvo.

—A esa tal Lucha le vale todo, ¿verdad? —comentó René, jadeando.

Carmen no respondió porque estaba sin aliento, y además porque estaban entrando en el cuarto. Efectivamente, Lucha e Isabel estaban allí. Ninguna de las dos tocaba el suelo con los pies.

—¿Cómo ven? —empezó Isabel al verlos entrar—. Una tratando de ser siempre precavida…

—Niña, disfruta tantito de la vida —dijo Lucha—. O sea, la no-vida —y se rió un poquito—. ¿Y ustedes por qué tardaron tanto? Le ando diciendo a su amiga cuál es su problema. Le digo que el reglamento de la O.C.A.I., o séase, la Oficina de Control de Accesos Inmateriales, nos indica muy claramente que,

una vez que haya terminado su periodo de vida, es decir, de sí-vida —y se rió otro poquito—, en la A.M.E. estamos obligados a visitar a cada hombre, mujer o niño y darle orientación y apoyo para pasar a su siguiente etapa en el Mundo Espectral o más allá. Más allá del Más Allá —se volvió a reír—. ¿Entienden?

Luego se quedó callada. René y Carmen aún intentaban recobrar el aliento.

—Pero es que hay un problema —siguió Lucha—. Ustedes están como en un caso especial, ¿me entienden? Esa parte hasta me la aprendí porque, bueno, ya van a ver. "En el caso de las muertes ocurridas en edificios públicos y otros espacios semejantes, se dará atención e información exclusivamente a cada hombre, mujer o niño que se haya convertido en fantasma." Y, pues, lo malo es que… las niñas como Isabel aquí presente no son hombres, mujeres, ni niños. Sino *niñas*. ¿Sí lo ven? No es que una sea mala. El reglamento está mal hecho. Pero yo no puedo corregir el reglamento.

De pronto, la cara de Lucha se había puesto muy triste.

FANTASMOLOGÍA

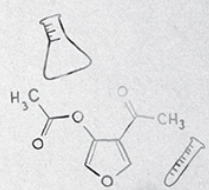
La fantasmología es el estudio experimental de los fantasmas y el Mundo Espectral. Aunque se le considera una ciencia, y utiliza conceptos y métodos semejantes a los de las ciencias del Mundo Físico, se diferencia de éstas por varias razones. La más notable es que la gran mayoría de quienes la practican son fantasmas.

$$\int u \cdot dv = u \cdot v - \int v \cdot du$$

$$\frac{(x-h)^2}{a^2} - \frac{(y-k)^2}{b^2} = 1$$

$$\frac{(y-k)^2}{a^2} - \frac{(x-h)^2}{b^2} = 1$$

Matemáticas



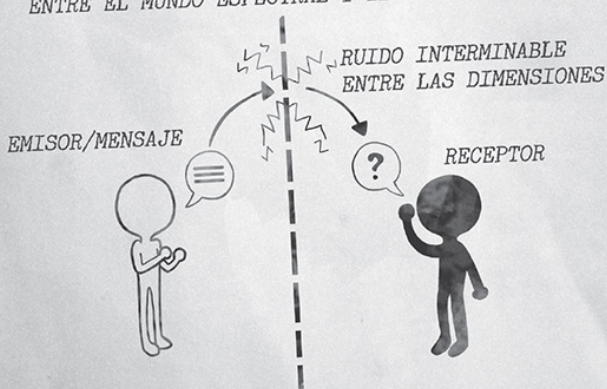
Química

Astronomía

Fantasmología

Considerando las dificultades de comunicación y hasta de comprensión que plantea el Mundo Espectral, los fantasmólogos no han podido dar a conocer muchos de sus hallazgos en otras dimensiones. De vez en cuando, algunos utilizan sus habilidades (véase "Poderes de los fantasmas") para enviar mensajes al mundo ordinario a través de aparatos electrónicos, instrumentos de escritura y hasta dispositivos esotéricos como las famosas *tablas ouija*; sin embargo, sus comunicados suelen perderse debido al Ruido Interminable (véase "Glosario"), por lo que no hay muchas evidencias de que ningún ser humano vivo los haya recibido.

DIFICULTADES DEL PROCESO DE COMUNICACIÓN ENTRE EL MUNDO ESPECTRAL Y EL ORDINARIO.



8

—A ver, a ver, a ver —dijo René—. Las niñas fantasma están atoradas aquí. O sea, cada una donde se…

Lucha golpeó el dorso de una mano contra la palma de la otra.

—No pueden ir a ninguna otra parte.

Lucha negó con la cabeza.

—Porque usted tiene que recogerlas…

—O alguien más de la A.M.E. —confirmó Lucha—. ¿Ya vieron lo que pasa cuando tratan de salir?

—No —dijo René.

—Se siente muy feo —contestó Isabel.

—Aunque se ve bastante interesante —agregó Lucha—. Bien *La guerra de las galaxias*. Y no me vayan a preguntar por qué es como es, porque no les puedo decir, ya se los dije.

—¿Nos dijo? —preguntó Carmen—. ¿O no nos puede decir?

—¡Niña! ¿No oyeron lo que dije? No les puedo decir nada porque el reglamento dice que no hay que decir nada a ninguna persona no autorizada. Yo aquí estoy haciendo como mi novio Sean Connery, que no me acuerdo en qué película lo hizo…, o a lo mejor no fue él… Yo aquí le estoy haciendo como que estoy hablando al aire, ¿ven?, como que no le estoy hablando a nadie en especial y de casualidad ustedes lo pueden oír. Pero mucho más no puedo hacer.

—¿Quién es Sean Connery? —preguntó René.

—Luego te digo —murmuró Carmen.

—¿Pero entonces —empezó Isabel— …, es decir, digo yo, como hablando también así nomás, haciendo una pregunta retórica…? ¿Qué puedo hacer? No me quiero quedar aquí toda la…, es decir, para siempre.

Lucha se le quedó mirando.

Luego pasó a mirar a René.

Luego pasó a mirar a Carmen, largamente, y girando la cabeza un poco en

un sentido y un poco en el otro.

Luego les dio la espalda y comenzó a hablar nuevamente.

Al otro día, en el salón, Carmen y René se pasaron las primeras horas de clase intercambiando papelitos. Lo hicieron discretamente, para que la maestra Rita no los descubriera, pero Susy, Connie y Miranda los miraron todo el rato (o tanto como les fue posible) con la boca abierta. Y siguieron boquiabiertas durante el receso, porque los dos se fueron a un rincón del patio y se comieron su almuerzo mientras hablaban por celular con alguien: un rato René hablaba por su teléfono y otro rato se lo pasaba a Carmen. Y mientras uno escuchaba y hablaba, la otra escribía en una libretita. Y después del receso, más papelitos. O, más bien, la libretita del receso, que se pasaban.

—Sí es más eficiente hacerlo así que con los papelitos —comentó Miranda a la salida, mientras las tres intentaban alcanzar a…

—¡Car! —gritó Susy.

—¡Mañana nos vemos! —gritó Carmen, que ya estaba en la puerta de la escuela—. ¡Tengo prisa! —y desapareció, con René corriendo tras ella.

Alicia, la mamá de Carmen, también se dio cuenta de que pasaba algo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó a Carmen, varios días después, cuando las dos regresaban de la oficina de ella. Carmen se estaba sentando a la mesa de su pequeño comedor y abriendo su mochila.

—Voy a hacer la tarea —respondió Carmen.

—¿Ahorita?

Su mamá la miró con desconfianza.

—Es que nos dejaron mucha —quiso explicar Carmen.

—Pero hoy es viernes, Carmen. No vas a ir mañana a la escuela. No tienes que hacerla ahorita.

—¿Hoy es viernes?

"¡Se me olvidó!", pensó ella. Por supuesto, se había pasado toda la tarde hablando con René, Isabel, Elsa y Pato. Discutiendo lo que les había dicho la señora Lucha. Haciendo planes.

—Hoy es viernes —confirmó su mamá—. A ver —y se sentó a la mesa junto a ella—. Deja eso —le pidió—, yo te ayudo a hacer tu tarea mañana.

Y ahora parecía preocupada.

—¿Qué pasa? —preguntó Carmen.

—Eso digo yo. ¿Estás bien? Desde hace unos días te siento rara.

Carmen no supo qué contestar. Después de pensarlo un momento (uno muy breve, pero que le pareció larguísimo), se le ocurrió decir:

—Tenemos mucho que hacer en la escuela. Andamos con un proyecto.

Las dos frases eran ciertas, pero juntas se convertían en una mentira.

Carmen ya sabía que a veces se dicen mentiras chiquititas, inofensivas,

únicamente para evitar problemas. Pero esto era diferente. Se sintió mal.

—¿Lo están haciendo con su amiga nueva? —preguntó su mamá—. ¿Cómo se llama?

—¿Isabel?

Ya le habían hablado de Isabel a las dos mamás. Aún no lograban convencerla a ella de que la presentaran con las dos mujeres adultas.

—Sí.

—¿Te peleaste con tus otras amigas? Ya nunca hablas de ellas.

"Ya casi no hablo *con* ellas", pensó Carmen. Otra vez no supo qué decir, pero ahora no le llegaron ideas. Su mamá, sin embargo, no quiso insistir. En cambio, suspiró y dijo:

—Mira, hija. A lo mejor nada más estoy cansada y con muchas cosas encima. La licenciada Ortega, mi jefa…, en fin, ya te he contado que es persona difícil, pero esta última semana sí se le pasó la mano. Quiero decir que a lo mejor la que está rara soy yo. Pero si de casualidad hay algún problema, alguna cosa… No me tienes que decir en este momento. Pero si necesitas ayuda, cualquier cosa, dime. Por favor.

—Ay, mamá —dijo Carmen, asustada. ¡No quería que su mamá tuviera miedo por ella!

—No me digas nada si no hay nada que decir —le respondió ella—. O si no quieres. Pero acuérdate de eso, ¿sí? Soy tu mamá. Estoy de tu lado. Para todo. Siempre. ¿Sí?

Le puso una mano tibia en la mejilla y la besó en la frente. Carmen la abrazó y se quedaron así, abrazadas, un rato. Luego su mamá se apartó.

—Bueno. ¿Qué te hago de cenar? —preguntó, mientras se acercaba al refrigerador.

—Lo que quieras.

—¿Pata de puerco? —sonrió su mamá.

—¡Osh! —se quejó Carmen, que odiaba la pata de puerco.

—¿De dónde sacaste eso de decir "Osh"? —le preguntó su mamá, todavía sonriendo.

El fin de semana fue tranquilo. Las dos hicieron juntas la tarea de Carmen en la mañana del sábado, y fueron en la tarde a visitar al tío Lázaro, hermano de su mamá, que vivía muy hacia el norte de la ciudad. El domingo salieron un rato a pasear por la Alameda, almorzaron en una fonda y regresaron a pie. Verían una película en casa: Berta, la mamá de René, había intentado verla y no la había aguantado completa, así que tal vez sí tenía algunos buenos sustos.

—Si nomás de mencionarle *El resplandor* se encoge, la pobre… —comentó su mamá.

—¿Ésa es la de las dos gemelitas malvadas? —preguntó Carmen,

recordando algo de lo sucedido la tarde en que habían conocido a Elsa y Pato.

—Sí. La verdad es que es una película para adultos. A lo mejor no te la debí haber pasado. Hay cosas que se dicen ahí que tú todavía no entiendes…

No continuó porque su teléfono estaba sonando. Lo sacó de su bolsa, contestó y, después de unos segundos, empezó a hablar.

—A ver espera —dijo, y a Carmen, en tono un poco impaciente—: Justamente es Berta —y al teléfono—: ¿Te puedo llamar al rato? Estoy en la calle… Bueno, okey… —y a Carmen, otra vez—: Espera tantito. Es una cosa de trabajo.

Mientras su mamá volvía a hablar con la mamá de René, Carmen se dio cuenta de que estaban bastante cerca del edificio de la oficina. Se podía ver a un par de cuadras de distancia. Carmen pensó que en domingo no estaría nadie más que don Cayetano, un par de otros veladores… e Isabel. Quiso imaginársela, visible, mirando hacia afuera por los ventanales de algún piso.

—Él es el que tiene llave del archivo. Te decía que podía esperar a mañana… ¡Osh! —dijo su mamá al teléfono—. Sí, está bien. No hay problema. Nos vemos —pero no terminó la llamada. Carmen escuchó, bajita, la voz de la señora Berta, saliendo del aparato—: ¿Cómo? Ah… ¿En serio? No… No sé… Deja veo. Te digo mañana, ¿no?

Y ahora sí colgó, pero no empezó a caminar otra vez. En cambio, se inclinó un poco para mirar de frente a Carmen.

—Espera un momento. Me acaba de decir Berta… que le parece que René tiene algo. Y que él le dijo que está con mucho trabajo en la escuela.

—Pues es que sí estamos —respondió Carmen, sin pensar.

Pero su mamá seguía teniendo la misma habilidad de siempre para entenderla. No dijo nada, se incorporó, pero Carmen entendió que otra vez estaba preocupada.

—Vamos a la casa —dijo, y regresaron, y vieron la película, que no estaba nada mal, pero Carmen miraba de vez en cuando la cara de su mamá, y la notaba seria, pensativa. No estaba prestando atención a la película.

Y el lunes por la mañana, en la escuela, tenía todas las intenciones de acercarse a sus amigas para pasar el receso entero con ellas, pero las cosas no salieron como esperaba: más bien, sus amigas se le acercaron y la arrinconaron (sin tocarla, pero sin ceder) junto a una columna.

—Te tenemos que decir algo, Car —empezó Connie.

—¿Qué pasa?

—Que nos tienes abandonadas —dijo Miranda—. Y que no es justo.

—Que te estás juntando más con el Rané que con cualquier otra persona de la escuela —agregó Susy.

—Del mundo —dijo Connie, con un tono indignado que Carmen no entendió por un instante, pero luego entendió perfecto.

—Y entonces —continuó Susy, que estaba delante de las otras dos, con las manos en la cintura— queremos que nos digas. De una vez. ¿Ése? ¿O nosotras?

Esto no era una sorpresa, pero sí le dolió a Carmen. Recordó su escuela anterior: todo lo que hizo para caer de la gracia de sus amigas de entonces, para pasar de su líder a su adversaria, fue ayudar a una alumna recién llegada, a la que nadie más hablaba. Se le cayeron unos libros al suelo y ella se detuvo para ayudarle a levantarlos. Ni siquiera lo pensó. Su mamá –y su papá– siempre hacían lo mismo: siempre estaban dispuestos a ayudar a otras personas. Y en pocos días ella era la Apestada Número 2 de toda la escuela, después de la niña nueva. Sus amigas de entonces eran peores que Susy.

¿Y qué les había dicho la señora Lucha, aquel otro día, después de darles la espalda en el cuarto de las fotocopias?

—Hagan de cuenta —les dijo— que no estoy aquí y no les estoy diciendo nada. Que estoy en otra parte tomándome un helado, que por cierto es lo que más extraño del mundo mundial, porque qué ricos helados hacían en donde yo vivía. O séase, cuando vivía. Luego los siguieron haciendo, pero pues ya para qué. Pero entonces les decía: si estuviera aquí y tuviera autorización y todo eso que les decía, a lo mejor les podría comentar que hay una injusticia. Vaya, no les diría “esto es una injusticia”, “esto que le pasa a esta pobre niña y a las otras dos escandalosas, mis compañeras, es una injusticia”. Les tendría que decir así como en abstracto, ¿me entienden? Hay una injusticia. Y la hay desde hace mucho. Alguien tendría que hacer algo para enmendar el reglamento de la O.C.A.I., la Oficina de Control de Accesos Inmateriales, para que las pobres niñas fantasma no queden desamparadas y se les pueda atender. Alguien tendría que ayudarlas. Alguien tendría que juntarlas y hacer los expedientes para que entre todas hagan su queja. Y entonces se sigue el procedimiento, se va a la oficina adecuada, se lleva la queja con don Jorge y…

—¿Quién es don Jorge? —preguntó Isabel.

—¿Cómo se hace un expediente? —preguntó René.

—¿Cómo vamos a juntarlas si no pueden salir de donde están? —preguntó Carmen, y de hecho los tres hablaron casi al mismo tiempo, e hicieron varias preguntas más.

—¡Ájale! —dijo Lucha—. ¡Momento! ¿No dije que no estoy aquí? Sí lo dije, ¿no? ¿O no? Claro que sí, no me confundan. Si alguien quisiera hacer esto, esto que no dije, pues yo no les podría contestar sus preguntas, ni les podría ayudar de ninguna manera, pero también podría ser que…

Ahora, en la escuela, rodeada por Connie, Miranda y Susy, Carmen se sintió enojada. Y no solamente porque Susy estaba intentando –estaba consiguiendo– quitarle su posición como líder, y tal vez más que eso. También estaba enojada con las otras dos, por tontas, por ser como borregos.

Y, además, estaba enojada de un modo más… ¿grande? (Así se lo preguntó.) Más general. Más con algo que no tenía cuerpo ni identidad. Estaba enojada con la injusticia.

—Con amigas así —dijo, fríamente—, me conviene más René. Y mis otras amigas —y aprovechó el desconcierto de las tres para escurrirse y alejarse de ellas.

—También podría ser —había dicho Lucha, días antes, en el cuarto— que alguien dejara caer algunos documentos con información útil, y alguien más se los encontrara de pura casualidad. ¿No? ¿No creen que pudiera pasar? —y sacó de su chamarra de mezclilla un fólder de cartulina, un poco arrugado, que luego dejó caer al suelo—. Serían, claro, documentos hechos de materia espectral. Materia de fantasma. Solamente lo podría recoger una niña fantasma. Y no aguantarían más que unos minutos, quizá lo suficiente para que les sacaran copias, y entonces… Pero yo estoy hablando sola, ¿verdad? ¿Verdad, niñas y niño?

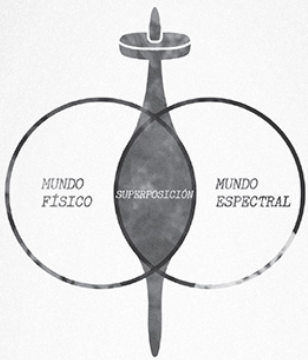
—Ah…, este…, ¿sí? —dijo Carmen.

—Ya sabes cómo llamarme, o sea, tú que puedes —dijo Lucha, sin volverse, y *¡PUF!*

Las luces parpadearon, una nube de humo apareció alrededor de Lucha, y cuando se disipó los tres niños estaban solos.

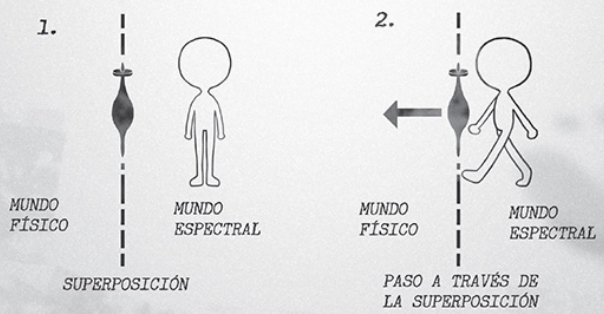
SUPERPOSICIONES

Se llama *superposición* a una zona o volumen que está simultáneamente en el Mundo Físico y en el Mundo Espectral. Dicho de otra manera, las superposiciones son lugares donde ambas dimensiones coinciden.



Gracias a las superposiciones, es posible intercambiar objetos e información entre el Mundo Espectral y el Mundo Físico, así como (si se dan las condiciones necesarias) permitir el cruce de seres vivos y fantasmas entre uno y otro.

CRUCE A TRAVÉS DE UNA SUPERPOSICIÓN.



Una clasificación básica de las superposiciones (véase "El Mundo Espectral") es la siguiente:

1. Naturales, que existen sin intervención humana o fantasmal. Éstas pueden ser:

1.1. Efímeras: aparecen de pronto y duran poco. Suelen ser impredecibles, aunque algunas aparecen en intervalos regulares (por ejemplo, "sitios encantados" que permiten el paso entre mundos en cierto día del año, o cuando se producen eclipses u otros fenómenos; véase "Alineación" en el "Glosario").

1.2. Permanentes: están de modo constante en el mismo sitio (las llamadas "casas embrujadas" son ejemplos de estas superposiciones).

2. Artificiales, que se crean mediante rituales mágicos u otros procedimientos. Éstas pueden ser de varios tipos, incluyendo lugares de paso de objetos o personas, Espacios de Ayuda (véase "Espacios de Ayuda"), etcétera.

9

Aquella tarde, en el cuarto de las copiadoras, el fólder quedó en el suelo. Carmen intentó recogerlo y no pudo. Aunque el objeto se veía perfectamente, ella no era capaz de tocarlo. Sus dedos lo atravesaban. A René le sucedió lo mismo.

En cambio, Isabel pudo levantarlo sin dificultad.

—Es la primera vez en sesenta años que toco...

—Es un fólder fantasma —comentó Carmen en un susurro.

—Ectoplasma —dijo René—. ¿O cómo dijo la señora? Materia espectral. Es eso. ¡Hay que copiarlo!

Así lo hicieron: Isabel abrió el folder y vio que contenía muchas hojas. Carmen levantó la tapa de la copiadora, Isabel puso una hoja en el cristal… y la hoja atravesó el aparato y fue a dar al suelo.

Isabel tuvo que sostener, una por una, las hojas a la altura adecuada mientras Carmen las iba copiando. René las recogía y las iba metiendo en un fólder de materia a secas.

—Oigan, pero ¿por qué los papeles no atravesaron el piso? —se preguntó Carmen, en voz alta, al terminar. Isabel se encogió de hombros.

—Aquí dice —señaló René, con la vista en una de las copias recién hechas — que la materia espectral atraviesa más fácilmente lo que menos edad tiene. Estamos en el sótano. El suelo ha estado aquí toda la vida…, o sea, años, siglos, no sé, mientras que las copiadoras no.

—Y ustedes tampoco —agregó Isabel. Ella y Carmen se acercaban a ver las hojas que René seguía leyendo—. ¿Qué más hay?

¡La de cosas que había en esas hojas! Página tras página de textos, listas, ilustraciones. Y, efectivamente, los originales, las hojas y el fólder hechos de papel espectral, desaparecieron en menos de media hora. Incluso hicieron un ruidito, apagado: *pof*.

—Aquí mismo viene por qué tu no desapareces y las hojas sí —comentó René, que había vuelto a la primera hoja. Las dos niñas ya leían junto con él.

Toda la semana, Carmen y René se la pasaron revisando aquellas hojas en busca de información para ayudar a Isabel, Elsa y Pato. Realmente era mucho material.

—Es como una especie de instructivo para fantasmas —dijo René un día, durante un receso en la escuela, mientras él y Carmen procuraban ignorar a Susy, Miranda y Connie, que miraban hacia ellos desde el otro extremo del patio.

—Más bien como manual o algo así —precisó ella.

—O material didáctico para un curso —oyeron decir a Elsa por el altavoz del celular de René. Elsa y Pato habían encontrado un teléfono desde el que podían llamarles incluso en horas de oficina—. Como de orientación para gente de la A.M.E.

—Bueno, sea lo que sea —respondió Carmen—, la señora Lucha nos lo dejó por algo.

—¡Para seguir !!!!!!!!!!!!!! —se quejó la voz de Pato—. Para hacernos sufrir, la muy !!!!!!!!!!...

—¿No te digo que te gobiernes? —la regañó Elsa—. Díganle algo ustedes, ayúdenme.

—Más bien, Pato, creo que trata de ayudarnos —dijo Carmen, haciendo una mueca chiquititita—. A que hagan su queja. A que arreglemos esto.

Pasó la semana, pasó el enfrentamiento de Carmen con sus amigas de la escuela. Un par de días después, ella y René llegaron a la fonda de la señora Delia, pidieron su comida para llevar y en vez de ir directamente a la oficina de sus mamás fueron a la estación del metro y tomaron un tren hasta el Museo del Exconvento. Compraron sus boletos y dijeron que iban a hacer una tarea (en realidad no era mentira). Elsa y Pato los esperaban en la primera sala de exhibición, dedicada a pinturas de la época colonial. Parecían otras dos estudiantes, enviadas a hacer un trabajo.

—¿Qué opinan? —les preguntó Pato, y se transformó en una de las figuras pintadas: una niña rubia con un vestido rojo y enorme gorguera blanca—. ¿Les gusta para cuando nos dejen salir? ¿Como para ir a un antro? —antes de que Elsa pudiera decirle cualquier cosa, volvió a su forma habitual.

—¿Qué es un antro? —preguntó René.

—Hola —saludó Carmen—. Ya encontramos la parte de los papeles que nos puede servir. Para hacer lo que la señora Lucha llama un expediente.

—Hicimos un como cuestionario —explicó René— … Isabel ya lo contestó.

Y los cuatro pasaron un par de horas caminando por las salas, conversando. Carmen y René explicaban cosas y hacían preguntas a Elsa y Pato. Iban anotando cada par de respuestas en una libreta. Nombres completos. Fechas y lugares de nacimiento. Fechas y lugares de fallecimiento…

Al día siguiente, Carmen y René comieron y llegaron al edificio de sus

mamás tan temprano como pudieron. Ya adentro, en vez de quedarse en el quinto piso, subieron, sin que nadie se diera cuenta, al último. Allí era Isabel quien estaba esperando.

—¿Listos? —dijo; ambos asintieron y ella les indicó dónde estaba la salida a la azotea. En lo alto de unos pocos escalones, la puerta era de metal oxidado y estaba cerrada, pero no con llave. Los tres salieron al exterior: entre tinacos, tubos y un par de antenas, el piso estaba cubierto de un material negro muy maltratado, salpicado de grandes charcos. El cielo estaba nublado: últimamente había estado lloviendo y probablemente hoy llovería también. El ruido de los autos subía desde las calles, varios pisos abajo.

Carmen sacó su copia de las hojas que les había dejado la señora Lucha (ya tenían dos juegos, y estaban engargoladas en tapas de colores, para parecer un cuaderno más de la escuela). Rebuscó entre las páginas y luego de un momento dijo:

—Aquí está, "Espacios de Ayuda – sección 2: convocaciones". Acércate, Isabel —la niña fantasma flotó hasta ella casi a ras del piso—. ¿Estás lista? Acuérdate, tienes que decir...

Isabel empezó a leer la hoja por sobre su hombro:

—Convoca, convoca, convocante —dijo, y repitió mientras seguía las palabras del conjuro en la página—: Convoca, convoca, convocante. Yo, María Isabel Retana Fernández, salida, partida de la vida, busco ayuda. Para mí y para mis compañeras —leyó un poco más, se detuvo y miró a sus amigos.

—¿Qué pasa?

—Sigue lo de la clave de expediente. ¿Qué digo?

—Te dije, ésa fue la parte que no pudimos encontrar —respondió Carmen.

—Y no tenemos expediente. O sea, sí tenemos, ustedes lo hicieron, pero no lo hemos ¿registrado?

No continuó.

—No está pasando nada —dijo René luego de unos segundos.

—¿Seguros que no había más instrucciones en otra hoja? —le preguntó Isabel.

—Sí, claro que sí, revisamos todo. ¿Verdad, Carmen…? ¿Carmen?

Pero Carmen no respondió. No lo estaba mirando siquiera, porque el cielo se oscurecía. No, ya estaba oscurecido. Más precisamente, estaba oscurecido justo sobre un área pequeña delante de ellos; unos pocos metros cuadrados de azotea en los que de pronto parecían ser no las tres y fracción de la tarde, sino las doce de la noche: un pilar hecho de oscuridad pura que subía hasta las nubes.

Y de pronto el pilar se abrió, como si se partiera en dos, y desapareció. *¡Pef!*

Y sobre la azotea quedó un mostrador pequeñito, negro, con una ventanilla de cristal encima. Había un agujero cuadrado en la parte de abajo de la

ventanilla. Y tras ella, sentado en una sillita, estaba un señor de gran tamaño, traje gris y gruesos lentes. La sillita, en la que apenas cabía, flotaba a un centímetro del piso. El fantasma levantó la vista.

—¿Quién sigue? —preguntó, y luego otra vez—: ¿Quién sigue?

—¡Ay, yo, yo! —le respondió Isabel, y quiso acercarse a él.

—Eh, eh —la detuvo el fantasma y señaló, con la punta de un bolígrafo negro que llevaba en la mano, al otro lado de la ventanilla. Isabel, desconcertada, le obedeció y quedó del otro lado del vidrio.

—¿Nombre? —dijo él.

—Oiga, ¿esto es el Espacio de Ayuda? ¿Aquí es donde los fantasmas pueden hacer…?

—Nombre —insistió el fantasma del traje gris.

—María Isabel Retana Fernández. Pero dígame, ¿sí es?

—Niña, ¿no ves que tengo que atender a todo el mundo? —y señaló con su bolígrafo a Carmen y René.

—Ellos no son fantasmas.

El fantasma se bajó los lentes y miró a los niños vivos, con el ceño fruncido, por sobre los cristales. Suspiró.

—¿No son tus compañeras?

—Oiga —reclamó René, y Carmen lo hizo callar con un gesto, pero en cualquier caso el fantasma de gris no se dio por aludido.

—Si acaban con un trauma o algo —advirtió—, no es problema de los Espacios de Ayuda, ¿eh? —y bajó la vista a una hoja de papel que tenía de su lado—. Nombre.

Isabel volvió a decirlo, y el fantasma de gris fue anotando en su hoja. Edad, fecha de nacimiento, fecha de fallecimiento… La hoja (pensó Carmen) era un formulario: uno hecho de papel espectral.

—Todo esto lo tenemos ya anotado —dijo Isabel en un momento.

—¿Lo traen tus amigos en hojas y todo?

—Sí —sonrió Isabel, pero el fantasma de gris puso cara agria.

—¿Y cómo esperas que me lo lleve? ¿Crees que todo el trámite se hace aquí? Hay gente de aquel lado que no puede levantar un papel físico. ¿Sí?

Isabel se sonrojó y bajó la mirada.

Carmen se dio cuenta de que René, muy discretamente, sacaba su teléfono y empezaba a grabar video. “¡Hasta qué hora vuelve a pensar en eso!”, pensó. Mientras tanto, el fantasma de gris preguntaba a Isabel cuál era su ocupación.

—¿Ocupación? —respondió ella—. Ay…, no sé, ninguna. ¿Fantasma? ¿Qué pregunta es ésa? Lo que quiero es ya no estar atorada aquí. ¿Sí dije bien la, cómo se llama, la invocación? No la…

—Ay, niña. Le vamos a poner “espíritu retenido en el ámbito físico” —dijo el funcionario, y lo escribió en su hoja—. Atorada, dice. Acuérdate del término correcto, ¿sí? Y ahora, fíjate: dado que no tienes número de expediente, te estamos abriendo uno. Te voy a dar copia, pero igual anótale, o échale memoria. Tu clave de registro, o sea, tu número preliminar de expediente, es EAF-a/34957/2i3-48kT-9827yW9678/Sv0oL. ¿Sí? ¿De acuerdo? Es tu clave personal.

—¿Eh? —dijo Isabel.

—Ya la tengo anotada —la tranquilizó Carmen, que había estado escribiendo a toda prisa en la parte trasera de una página.

—Oiga, pero…, no —dijo Isabel—, espere, se supone que somos varias las que queremos presentar queja.

—¡Varias! —exclamó el fantasma de gris—. ¿Y por qué no lo dijiste?

—¡Lo dije! —replicó Isabel—. Al hacer la invocación.

En vez de responder, el fantasma de gris levantó su hoja de papel, la arrugó con enojo y la aventó. La bola de papel fantasmal se desintegró en el aire antes de tocar el piso.

—Así no van a llegar a ningún lado. Es más, ¿sabes qué? Ya es hora de

cerrar —miró la superficie de su mostrador, recordó (quizá) que había destruido la hoja que había estado llenando, y siguió—. Vengan mañana. Traigan toda la información, su número preliminar de expediente, y de una vez que vengan todas las que tienen que presentar la queja. Me tienen que firmar de conformidad. Si no me ven, preguntan…

—¿Cómo van a venir las otras si no pueden salir de donde están? —intervino Carmen, indignada.

El fantasma de gris le había parecido gracioso al comienzo: muy parecido a varios de los compañeros de trabajo de su mamá y la mamá de René. Pero ya no: ahora aquel hombre la miraba con algo que se veía muy remoto, muy frío tras el cristal de sus lentes.

—Tú estás viva. Tú no puedes representar a esta niña. No deberías estar aquí. Y tú tampoco —agregó, volteando a ver a René, y de pronto levantó una mano hacia él.

—¡Ay! —se quejó René, y dejó caer su teléfono al suelo.

—Y yo estoy aquí para hacer el trámite, no para resolverles cada problema que tengan en su vida. O su no-vida —y se rió, secamente, pero la suya no era una risa que invitara a nadie—. Si no me ves, niña, preguntas por don Jorge. Yo estoy asignado a tu caso. Nadie más te puede atender. Y si no te gusta, a ver cómo le haces. Buenas tardes.

Y él desapareció sin hacer un solo ruido.

Casi de inmediato comenzó a llover: grandes goterones oscuros, ruidosos, que obligaron a los dos niños vivos a marcharse corriendo, de regreso al interior del edificio.

Isabel se tardó un poco en ir tras ellos.

GLOSARIO BÁSICO

Este glosario contiene algunos términos útiles para el conocimiento del Mundo Espectral y los fantasmas.

Alineación: fenómeno aparentemente natural por el que una superposición efímera comienza a existir de manera espontánea. Suele ocurrir en porciones poco frecuentadas del Mundo Físico.

Combinación: acto por el cual dos o más fantasmas usan sus poderes al mismo tiempo para producir efectos que no podrían lograr separadamente.

Convocación: fórmula mágica, más o menos convencional, que un fantasma puede recitar si se encuentra en el Mundo Físico para solicitar la creación de una superposición, la ayuda de otro fantasma, etcétera.

Estatutos espectrales: los documentos y leyes (no siempre conocidos en su totalidad) que gobiernan el comportamiento de los fantasmas en el Mundo Espectral y más allá. Los estatutos reglamentan aspectos tan diversos de la existencia de los fantasmas como las diversas etapas que deben seguir tras la muerte, qué hacer con los saberes misteriosos que posean, cómo comportarse en entornos sociales o qué lugares (sea en el Mundo Físico o en otros) pueden habitar.

Expansión: una combinación que produce efectos más potentes, o extraños, de lo que parecía posible para los fantasmas que la intentan.

Fantasmología: el estudio experimental de los fantasmas.

Fantasmogonía: el estudio teórico de los fantasmas, emprendido sea por fantasmas o por seres vivos. No se debe confundir con seudociencias como el espiritismo.

Hueso: forma despectiva que tienen algunos fantasmas de referirse a los seres vivos.

Materia espectral: todo aquello que tiene masa, peso y volumen, ocupa un lugar en el espacio y está sujeto a las leyes (todavía no comprendidas del todo) del Mundo Espectral, por encima de las del Mundo Físico o cualquier otro.

Mundo: dentro de la fantasmogonía, cualquier dimensión de la existencia. Las dos más conocidas son el Mundo Físico -que contiene completo al universo que habitan los seres vivos- y el Mundo Espectral.

Ruido Interminable: fenómeno aparentemente natural que entorpece la comunicación entre el Mundo Físico y el Mundo Espectral cuando no se lleva a cabo una convocación para facilitarla. Si un fantasma intenta enviar un mensaje desde el Mundo Espectral hacia el Físico, dicho mensaje puede llegar a su destino, pero en general quedará distorsionado hasta el punto de volverse incomprensible. Lo mismo ocurre cuando un ser humano intenta enviar mensajes en la dirección opuesta.

Saberes misteriosos: todos los conocimientos que un fantasma adquiere por el hecho de serlo, y que un ser vivo no podría descubrir por su propia cuenta.

Zahorí: en el Mundo Físico, practicante de la seudociencia de localizar cosas por medios mágicos; en el Mundo Espectral, aquel fantasma que efectivamente aprende y utiliza esa destreza, en especial para encontrar a fantasmas y otras criaturas que hayan transgredido una ley.

10

Cuando los tres estuvieron de vuelta en el interior del edificio, se quedaron hablando un rato en el último piso. Concluyeron que don Jorge debía tener un poder semejante al de Isabel: René había soltado su teléfono porque “algo” (así dijo) le había dado un toque eléctrico en la mano.

—Nunca se me había ocurrido que se pudiera usar así —dijo Isabel—. Ese tipo no es buena persona…

—Por suerte no se echó a perder el teléfono —dijo René, y enseñó a Carmen e Isabel que había conseguido tomar video. La escena se veía muy rara pero no sobrenatural: un mostrador puesto en el techo de un edificio, una niña de un lado, un hombre gordo del otro.

Pero ése fue el único progreso que pudieron hacer aquella tarde.

Al otro día, Carmen y René fueron de nuevo al Museo del Exconvento e intentaron ayudar a Elsa y Pato a convocar a don Jorge. Las dos primeras veces (una por niña) no sucedió nada, y a la tercera don Jorge apareció sin mostrador ni sillita, cruzado de brazos, vestido con un traje negro, a la mitad del patiecito apartado al que habían ido a esconderse.

—¿Dónde está la otra? —preguntó, con cara agria, y luego dijo—: Huesos, organícense y no me estén haciendo perder el tiempo —y desapareció.

—¿Huesos? —dijo Pato.

—Creo que nos lo decía a René y a mí —contestó Carmen— y que es grosería.

Al siguiente día, Isabel hizo otra vez la convocación e hizo aparecer a don Jorge con Elsa y Pato “presentes” mediante videollamada. El funcionario fantasma (que ahora llevaba un traje color café oscuro) dijo:

—¿Y las otras?

—Aquí estamos —se oyó la voz de Elsa por el teléfono de René, que Carmen había dejado cerca de Isabel.

—¿Esto qué es? —preguntó don Jorge—. Les dije que tenían que estar aquí.

Otra vez Carmen no fue capaz de contenerse y dijo:

—Pero ¿cómo van a estar aquí si no pueden salir?

El fantasma ni siquiera se dignó contestarle y desapareció de inmediato. No alcanzó a escuchar ninguno de los insultos que Pato le dedicó.

Y al día siguiente, cuando Carmen y René volvieron a ir al Museo, Pato siguió insultando a don Jorge durante un rato antes de calmarse lo suficiente.

—Perdón —dijo al final, y dio la impresión de desaparecer, pero no: se había convertido en una mosquita, diminuta, zumbona. Y se fue volando.

—¿Y ahora? —preguntó Carmen.

—A ustedes nunca les ha tocado verla triste, ¿verdad? —explicó Elsa—. Se esconde cuando pasa. Volverá cuando se sienta mejor. Hay que entenderla. La verdad es que la otra vez, cuando nos contaron todo lo que han descubierto, tuvimos esperanzas de que realmente se fuera a resolver esta situación. ¿Me entienden? De que nos pudieran ayudar.

—¿Y ahora ya no? —dijo René con voz un poco dolida.

Elsa empezó a caminar y los dos la siguieron por un largo corredor sostenido por columnas. Casi no había nadie en el Museo: el lugar se sentía un poco como el edificio de Isabel, aunque fuera mucho más grande y bonito. Un sitio solitario.

—Ustedes querían hacer otra invocación hoy, supongo —comentó Elsa.

—No te puedes desanimar tan pronto —dijo Carmen.

—Me decían —respondió ella— que las mamás de ustedes trabajan en una oficina. Ustedes han visto cómo pueden ser de tardados los trámites y ese tipo de cosas, ¿no?

"Uy, sí", pensó Carmen, aunque no lo dijo. Su mamá siempre trataba de trabajar bien y rápido, pero a ella no le tocaba atender directamente a las personas que iban a pedir tal o cual servicio o documento a la oficina. Y algunos de sus compañeros, no todos, eran hasta un poco como don Jorge: daba la impresión de que no sólo les aburría lo que hacían, sino que se desquitaban de ese aburrimiento con quienes iban a buscarlos, y hacían, a propósito, todo lo posible por que los trámites fueran tan lentos y tan difíciles como se pudiera. Carmen lo había visto en más de una ocasión.

—Si lo que nos ha pasado —estaba diciendo Elsa— es por culpa de una ley mal redactada en esos estamentos sobrenaturales de los que me contaban…

—Estatutos —corrigió René.

—Como se llamen. Si es así la cosa, y si en la vida real…, no, quiero decir, en la vida-vida… Ustedes me entienden.

Se detuvieron cerca de la tiendita de regalos que estaba entre las dos grandes alas del Museo, cerca de las puertas de entrada y salida.

—Si en la vida —siguió Elsa— resolver un problema puede ser tardadísimo, y eso que todos sabemos que nos vamos a morir, ¿qué tal que después de la

vida es peor? ¿Qué tal que se tiene una que pasar la eternidad intentando darle gusto a gente como ésa?

—No —dijo Carmen—. Tenemos que poder encontrar una solución. Para que logren salir.

La niña fantasma se le quedó mirando con una expresión parecida a la de Isabel cuando se ponía triste. O a la de su mamá en algunos momentos malos. Otra vez, Carmen pensó que aún no entendía bien esa pena especial que podían sentir los adultos. Elsa no era adulta, no exactamente, pero sí tenía ¿cuántos? ¿Cuarenta años, más?

—Técnicamente —dijo Elsa—, podemos salir. Miren —y caminó hacia las puertas.

—¡Oye! —exclamó Carmen, pero no podía detenerla, por supuesto. Ella y René sólo pudieron ver cómo Elsa llegaba hasta el límite que marcaban las hojas de cristal y daba un paso más, dos, ¡tres!

Y en ese momento empezó a brillar, a echar chispas. No: las chispas que se desprendían de su cuerpo espectral eran trozos pequeñitos de ella misma. Se estaba desgastando: desintegrando. Las chispas se alejaban cada vez más, como una nube que se hiciera más y más grande… Elsa se volvió a mirarlos, o más bien a mostrarles que tenía los ojos cerrados y apretaba los dientes, como para no gritar…

—¡Ven acá! —le pidió René, y por fin Elsa volvió con ellos. Las chispas que se habían desprendido de su cuerpo regresaron deprisa. Los dos niños vivos se dieron cuenta de que había un olor extraño en el aire: un olor a quemado.

Y, tras ellos, oyeron un grito. Los tres se volvieron para ver a un hombre, un vigilante del Museo, que también había visto todo y ahora se marchaba, primero caminando para atrás, luego corriendo hacia adelante, rápido, rápido.

—¿Vieron? Duele —explicó Elsa—. Duele mucho. Quema. Y huele, ¿verdad? ¿Están seguros de que no dice nada de esto en su guía o lo que sea que les dejó la señora Lucha?

Luego intentaron convocarla a ella, a Lucha, para que les explicara, les dijera algo. Pero la convocación no funcionó.

Y al otro día, a la hora del desayuno, la mamá de Carmen dijo:

—Oye, necesito hablar contigo.

Ella levantó la vista de su taza de chocolate.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Su mamá no sonreía. Tampoco parecía enojada. En realidad, y por primera vez en mucho tiempo, Carmen no entendía qué estaba pensando.

—Eso quisiera saber yo. La otra vez te pregunté si te pasaba algo, si tenías algún problema, y me dijiste que no, ¿te acuerdas?

—Sí —respondió Carmen, porque no había otra cosa que responder. Su mamá hizo un gesto con las manos abiertas, como invitándola a decir algo, pero Carmen no dijo más.

—Ayer me llegó mensaje de la maestra Rita, para decirme que estás bajando muy feo de calificaciones. No has entregado tareas, no haces trabajos… No me molesta que no saques puro diez, lo hemos hablado, ¿no?

Carmen sintió frío. Supo que se estaba poniendo pálida.

—Sí —volvió a decir—. Pero…

—No me molesta eso, sino que esté pasando algo más, algo que no me estés diciendo. Porque la otra vez pensé que a lo mejor era mi imaginación. Pero ahora… Ya me dijo Berta que René anda igual.

“Ay.”

“Ay, ay, ay.”

—Y yo los veo a ti y a él trabaje y trabaje, con sus cuadernos, con Isabel, y se van al Museo… ¿Qué pasa? ¿Carmen?

Carmen tenía la taza de chocolate muy apretada entre las manos; quiso ponerla sobre la mesa, no calculó bien su fuerza y la golpeó, volcándola sobre el resto de su desayuno y el de su mamá.

—¡Carmela! —dijo ella, haciéndose para atrás para que el líquido no le cayera en las piernas.

“Ay”, volvió a pensar Carmen. “Ay, ay, ay, ay”, muchas veces. Las dos llegaron a su escuela con el ceño fruncido y su mamá se despidió con sequedad, como casi nunca lo había hecho. Carmen sintió ganas de llorar.

Y la situación no se puso mejor cuando llegó al salón: René estaba sentado en su pupitre, y no levantó ni la cabeza.

En el receso, Carmen caminó un rato entre varios grupos sin acercarse a ninguno. La mayor parte de la gente se comportaba igual que cualquier otro día, pero ella tuvo la impresión de que todo el mundo la evitaba, empezando por René –que se había ido deprisa, quién sabe a dónde, al sonar la campana– y sus antiguas amigas. ¡Y qué horror pensar en ellas con el calificativo *antiguas*…!

Llegó a un extremo del patio donde se reunían los Perros Babosos. Los vio reírse, y para variar no estaban molestando a nadie, pero dos de ellos empezaron a darse de golpes, aunque quizá sólo estaban jugando. Se preguntó si ellos, o alguna otra pandilla de las que había en la escuela, estarían pensando en atacarla. Luego se preguntó por qué pensaba cosas tan horribles…

El receso terminó y Carmen regresó a su salón. El resto del día de clase pasó como por una niebla. Cuando sonó la campana de salida, la confundió con el timbre de un teléfono…

—¡Carmen! —dijo René, sobresaltándola. No le dijo más: le estaba tendiendo su teléfono. ¿Sí había sonado el teléfono? La maestra Rita los miraba raro, pero sí, ya era la hora de salida: ya los demás se estaban yendo.

—¿Qué, qué pasa? —preguntó Carmen, pero René sólo agitó un poco el aparato en su mano. Carmen lo tomó y se lo llevó al oído—. ¿Bueno?

—¡Niña! —dijo una voz—. ¡Qué difíciles son ustedes de encontrar! Las deja una con todo lo necesario, pensando, bueno, sí, hay que hacer unas cuantas cosas así como por abajo del agua, ¿no?, debajo de la mesa, en lo oscuro, a la vuelta, para acá, para allá, para acá, como decía mi novio Andy Russell, aunque eso era un chachachá, ¿ustedes todavía saben lo que es el chachachá?

—¿*Lucha*? —se sorprendió Carmen—. ¿Nos estás llamando por teléfono? ¡Te estuvimos…!

—No marqué yo sino Isabel, que también me llamó a mí, dicho sea de paso. La verdad es que me sorprendió. ¡Ájale, dije yo, alguien que sí se puso a hacer su tarea…!

—¿Cómo…? ¿Cuándo…? —tartamudeó Carmen—. ¿Estás, digo, estás con ella, en la oficina?

—¡Tienen que venir ahora mismo! —dijo, desde un poco más lejos, la voz de Isabel—. ¡Por favor!

Y allá van los dos niños, Carmen y René, corriendo por los pasillos de la escuela, y saliendo de ella a empujones, y a toda velocidad (o a tanta velocidad como pueden) por las calles del barrio en dirección al edificio de oficinas. Los primeros minutos intentan hablar con Lucha, o con Isabel, para que alguna les explique al menos lo que está pasando, pero muy pronto se quedan sin aliento para hablar.

—¿Por qué están tan callados? —pregunta Lucha—. ¿Siguen ahí? ¿O ya se fueron? ¿Ya se vinieron para acá? ¿Están cargando el teléfono y el cable? ¿O es de esos teléfonos que no tienen cable? Sí se llaman teléfonos, ¿verdad? ¿Eh?

—Estaba probando —dice Isabel en otro momento— a usar mi habilidad de otro modo, como había hecho… —y no dice su nombre—, y sí lo logré, vean. ¡Marqué el teléfono! Eso está bien. Y yo sé que habíamos quedado de hacer estas cosas siempre juntos, y consultando los papeles de ustedes para no fallar, pero después de que llamé a no sé cuántos teléfonos al azar, porque me emocioné, se me ocurrió llamarlo a él, y ¡sí apareció! Y no supe qué hacer, y la llamé a ella, ¡y sí vino!; y ahora…

Tan poco después como les fue posible, los dos llegaron al edificio, bajaron hasta el cuarto de las fotocopiadoras (donde estaban los tres, según les dijo Lucha), y sí:

Ahí estaban ella (que ahora vestía un suéter tejido enorme, de color morado, y unos pantalones amplísimos del mismo color), e Isabel… y don Jorge, otra vez detrás de su mostradorcito y su ventanilla, con una cara todavía más enojada que en las ocasiones anteriores. Pero también había en ella el asomo de otra cosa. ¿Una mueca? ¿Una sonrisa mala, cruel, de esas que dan miedo cuando se acaban de formar en la cara?

—Ah, qué con estos huesos. ¡Cómo se tardan! —dijo.

—Señor don Jorge, por favor —intervino Lucha—, no hay por qué enojarse…

—Yo decido cuándo me enojo y cuándo no. Llevamos casi una hora esperando. Yo les dije que los quería aquí de inmediato —miró a Carmen, y ella estuvo a punto de hablar, pero al fin sólo abrió la boca y volvió a cerrarla.

—¡En cuanto nos enteramos vinimos! —explicó René, respirando con esfuerzo, con la cara cubierta de sudor. Carmen notó que ella sudaba también.

—Bueno —dijo don Jorge, removiéndose un poco en su sillita—. Ay, esta gente… A ver, niña —agregó, mirando a Isabel—. Yo les dije que si ellos llegaban pronto, les podría tener una respuesta. ¿No? A ti y a las otras dos inmaduras del Museo. ¿No? Que quién sabe de qué fuente no autorizada habrán sacado la información… —y volteó a mirar a Lucha.

—Yo la encontré en internet —se apresuró a decir René—. Ella no nos dio nada.

—¡Código de honor y todo! —se burló don Jorge—. No importa. Así me gusta que se porten, como hombres. Ya está. Les tengo un dictamen, una información definitiva. ¿Listos?

Los cuatro se quedaron mirándolo en silencio. Don Jorge dejó pasar un momento. Carmen pensó que realmente le gustaba que los demás sufrieran. Debía sentirse poderoso. Como aquellos compañeros de su mamá, que

(pensándolo bien) eran gente bastante fea.

—Aquí les va —anunció don Jorge al fin—. Ya tengo registrados tus datos, los de tus amiguitas, y tu clave. ¿No? Ya te los acepté aunque todo esto es bien irregular.

—Sí —dijo Isabel.

—Quedamos en que tienes sesenta años de fantasma, diez de vida, setenta en total. ¿Verdad? Y tú me acabas de decir que no sabías que estos trámites tendrías que haberlos empezado cuando te moriste; o sea, que tienes como sesenta años de retraso. ¿Sí?

—Sí —admitió Isabel.

—Bien —dijo don Jorge—, lo que te va a faltar todavía es un comprobante no tanto del Mundo Espectral, porque esos básicamente ya, sino uno de vida.

—*¿Qué?*

Los cuatro lo dijeron a la vez. Hasta Lucha.

—Pues sí. ¿Cómo sé que eres quien dices ser y que puedes representar a las otras mensitas?

—¿Qué cosa? —preguntó Isabel—. ¿Mi acta de nacimiento, de…, de defunción?

—Eso se lo mandas hacer a cualquiera —dijo don Jorge—. No. Algo que haya sido tuyo. Algún objeto. Una prenda. Alguna cosita que hayas tocado y tenido contigo antes de que… —e hizo el gesto que René y Carmen ya conocían tan bien: el dorso de una mano contra la palma de la otra.

—¿Y de dónde lo voy a sacar? —preguntó Isabel, poniendo cara de susto—. Sesenta años es muchísimo tiempo. No sé qué fue de mi mamá, de mi familia. Nunca los volví a ver. No tengo idea de dónde puedan estar… Mucho menos de si habrán guardado alguna cosa mía…

El funcionario fantasma –que ahora vestía un traje blanco, corbata blanca, zapatos blancos, camisa blanca, y solamente algo distinto: un pañuelo rojo intenso en la solapa– se puso de pie, sonriente. Parecía más alto y más ancho que nunca.

—Además, las otras dos zonzas, tus amiguitas, tienen que estar aquí. Dentro de una semana. Aquí. A esta hora. A ver cómo le hacen.

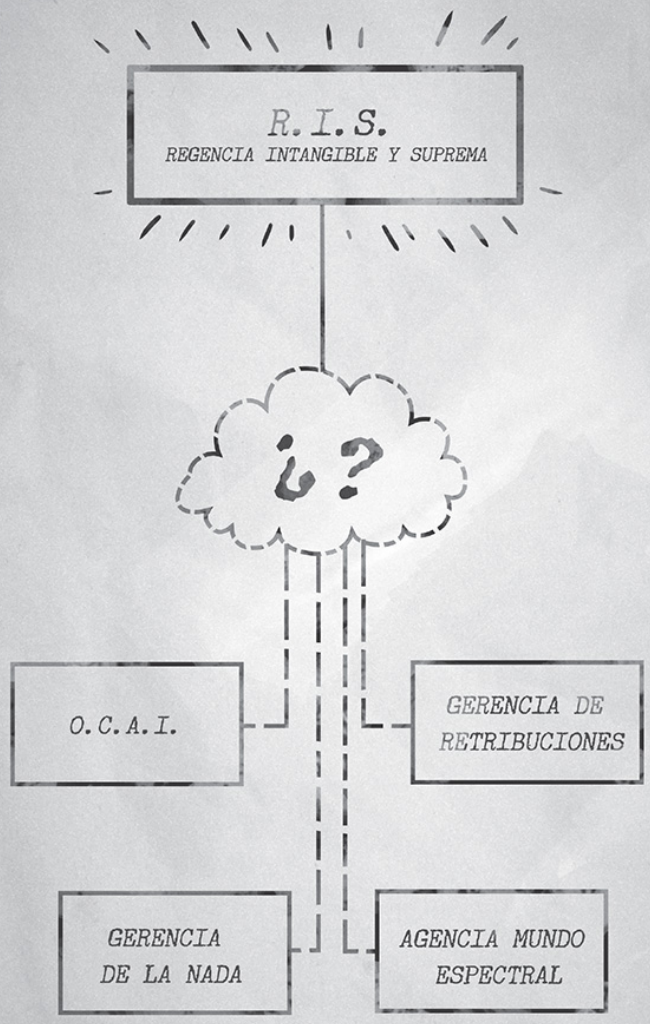
Y otra vez desapareció sin hacer un sonido.

LA BUROCRACIA ESPECTRAL

El Mundo Espectral se rige por normas parcialmente desconocidas. Esto es cierto en su naturaleza y en su sociedad (o sociedades). Se sabe de la existencia de un cuerpo de gobierno llamado Regencia Intangible y Suprema (R.I.S.): aunque ésta rara vez se manifiesta en los asuntos espectrales, suele hacerlo para impartir justicia.

Lo que no se sabe es cómo se relaciona la R.I.S. con el resto de las organizaciones del Mundo Espectral. De hecho, en general no se sabe cuáles son dichas organizaciones ni a qué se dediquen. Muchos seres humanos han especulado al respecto a lo largo de los siglos, pero ninguno parece haber acertado con sus hipótesis.

En cambio, algunas instituciones particulares que tratan directamente con fantasmas, seres humanos y otras criaturas sí son conocidas. Una de ellas es la Oficina de Control de Accesos Inmateriales (O.C.A.I., véase el artículo correspondiente), dedicada a regular el paso de los fantasmas a dimensiones superiores desde el Mundo Físico (véase "El Más Allá"). Otras son la Gerencia de Retribuciones, la Gerencia de la Nada, y la Agencia Mundo Espectral (véanse los artículos correspondientes).


R.I.S.
REGENCIA INTANGIBLE Y SUPREMA
¿?
O.C.A.I.
GERENCIA DE RETRIBUCIONES
GERENCIA DE LA NADA
AGENCIA MUNDO ESPECTRAL

Fantasmas y seres humanos desconfían de estas organizaciones por lo impreciso de sus fines y operaciones, y en especial por la lentitud e inconstancia de su personal, que es más lento e inconstante que el de las burocracias del Mundo Físico. Se sabe de trámites que pueden tardar siglos o acumular trámites adicionales hasta el punto de que ni un ejército de solicitantes puede realizarlos. Pu Songling, un ser humano del siglo XVII, escribió varias narraciones en las que la burocracia espectral se describe con gran detalle; se ignora cómo se enteró de semejante información.

11

—Ya valió —dijo Isabel con una voz tristísima.

Carmen, en todos sus años de vida, nunca había escuchado a nadie hablar con tanta tristeza. Quizás a su mamá, esa noche, cuando le había explicado por qué su papá no iba a volver. Pero solamente entonces.

—Claro que no —René trataba de sonar entusiasta, aunque Carmen se dio cuenta de que, por dentro, se sentía igual de desanimado—. ¿Verdad, doña Lucha, que tiene que haber…?

Lucha ya no estaba. Quizás había desaparecido al mismo tiempo que don Jorge, a lo mejor instantes después; en todo caso, los tres estaban solos.

—No vamos a encontrar nada —siguió Isabel—. Obvio. Y lo peor es que a Elsa y a Pato les va a ir igual de mal que a mí. Sólo porque mi familia se olvidó de mí luego luego —miró el techo, cruzó los brazos y luego volteó hacia el espacio vacío donde había estado don Jorge—. A lo mejor ni me quería. Mi mamá. Cuando estaba viva jamás pensé una cosa así. Pero ahora…

—No, no digas eso —trató de consolarla René—. Claro que te querían. Lo que pasa es que el señor ese es un sádico. ¡A propósito cambia la jugada cada vez que lo vemos! A lo mejor hay forma de ver a su… no sé, su supervisor. Debe tener uno, ¿no? ¿O será el mero jefazo? —y como Isabel seguía con la misma expresión amarga, se volvió hacia Carmen—. ¿Verdad que sí, Car…?

No dijo la siguiente sílaba. Carmen se dio cuenta de que debía tener una expresión de tristeza igual o peor que la de Isabel. Porque se *sentía* triste. No: era como si, además de triste, estuviera… ¿derrotada?, ¿vencida? No encontraba la palabra adecuada. Esto era nuevo. Esto era algo que no tenía que pasarle a una niña.

—¡No nos vamos a dejar ganar así de fácil! —insistió René, y quiso sostener la mirada de Carmen, pero ella la bajó al piso—. ¿Isabel? Tenemos una semana y lo vamos a resolver, porque alguien tan odioso como ese señor no puede ganar. No puede ser. ¡No es justo!

—Ay, René. La vida no es justa —respondió una voz que sonó de algún

modo parecida a la de don Jorge. Vacía. Reseca.

Sólo que era la de la propia Carmen.

—*¿Qué?*

Carmen no se atrevió a levantar la vista mientras decía:

—Pues eso. Y no es culpa tuya, ¿eh, Isabel? Es mía. Soy una pésima amiga: fui mala amiga en la escuela en la que estuve antes, a René lo traté mal para darle gusto a Susy y a las otras, a ellas de plano les dejé de hablar…, y ahora ustedes se van a quedar atoradas para siempre porque yo anduve inventando mis planes absurdos. Tomando decisiones por todo el mundo. Encima de todo, mi mamá está súper decepcionada de mí y…, y…

—¡Y nada! —exclamó René con tanta fuerza que obligó a Carmen a voltear —. Espérate, Carmen. ¿Qué no ves? Eso, eso que estás haciendo, es justamente lo que quiere don Jorge. ¿Qué te pasa? Tú no eres así. ¿No te das cuenta? A lo mejor…, a lo mejor hasta nos echó un hechizo, o algo. De veras. ¿Verdad que ella no es así, Isabel? ¿Han oído hablar de una cosa llamada "vampiros de energía"? Es como una de esas leyendas. En vez de chupar la sangre a la gente, lo que le roban es la… pues eso, la energía. ¿Qué tal que este señor es así? ¿Eh? ¿Le vamos a dar el gusto?

—Este…, ¿no? —respondió Isabel con una vocecita de ratón.

—Lo *último* que quiero es darle gusto —murmuró Carmen—. Pero en serio no sé qué podemos hacer.

Ahora las dos lo miraban, muy atentas. René estaba haciendo un gran esfuerzo: empezó a decir algo, se detuvo, volvió a empezar con otra cosa… Carmen se dio cuenta de que tenía una idea, y luego otra y otra más. Eran tantas que le daban vueltas por la cabeza y no podía pensar con claridad. Y también entendió que eso era parte de él: que era también como cuando se ponía ¿emocionado, apasionado?, con las cosas que le interesaban, pero no con cosas, sino con la gente que le importaba.

—Miren —dijo al fin—, hoy vamos a darnos un descanso. Mañana después de clases les hablamos a Elsa y Pato, ya con la cabeza más despejada. Y se nos tiene que ocurrir algo. Lo más fácil es que… tiene que haber algo tuyo en algún lado, Isabel. Y tiene que haber forma de darle la vuelta a lo que quiere don Jorge. Van a ver que sí.

La niña fantasma y la niña viva le sonrieron al mismo tiempo. Carmen se preguntó si él mismo creía en lo que estaba diciendo. Tal vez sí, tal vez no. Pero si no, no se notaba.

Entonces ella misma pensó en algo que no le gustó. Alguien como René, que pudiera verse tan confiado, podía emocionar mucho a la gente. A los niños. "El día que él lo note", se dijo Carmen, "se vuelve líder de su propio grupo. De los Perros Mojados, o como se llamen".

"Y nos bota a nosotras."

—Ah, Carmen: y descansa bien, porque recuerda que tú eres la jefa —finalizó René.

Ella sintió pena y soltó una risita. Aunque, la verdad, también se sintió contenta.

Fue bueno que se hubieran dejado libre el resto de la tarde, porque en cuanto llegaron a la salita donde hacían la tarea, se encontraron con la mamá de René, sentada en el sillón, esperándolos.

—¿Me permiten tantito? —les dijo ella a Isabel y Carmen—. Pedí permiso para salir temprano —agregó, mirando a su hijo—. Necesito platicar contigo.

Sorprendida, Carmen retrocedió: casi atravesó el cuerpo espectral de Isabel. Ella se movió también y llamó su atención con un gesto de su mano. Las dos salieron de la sala de espera y pasaron al pozo de las escaleras, donde Isabel fue hasta un rincón y le pidió que se
acercara.

—Desde aquí se oye —murmuró en su oído. Carmen no tuvo tiempo de preguntarle qué era lo que se oía.

—Me llamó tu maestra —dijo la voz de la mamá de René, que se colaba por algún sitio.

—¿No podemos platicar en la casa? —preguntó René.

—Mira, mi'jito. La verdad, me dio mucho gusto cuando empezaste a llevarte mejor con Carmen. Pero no me gusta nada que descuides la escuela, y menos por andar investigando quién sabe qué cosas. ¡Fantasmas!

¡Eso sí que Carmen no se lo esperaba! ¿Cómo sabía ella…?

—¿Crees que yo no sé usar la compu? —dijo la señora Berta, como si hubiera oído sus pensamientos—. Vi el historial de navegación. Además, tanto que están yendo al museo y dizque haciendo trabajos… Jamás te he visto tan entusiasmado con algo de la escuela.

"René", pensó Carmen, "tendría que decir que sí, que hay tareas apasionantes". Pero de inmediato decidió que ni él mismo se la iba a creer. Y René debía haber pensado algo similar, porque (luego de unos pocos segundos) dijo la verdad.

O, por lo menos, una parte de ella. Que Carmen y él eran aficionados a las historias de miedo no era una novedad para su mamá; que habían conocido a Isabel y que tenían mucho en común con ella, tampoco. Lo que sí sorprendió a la señora Berta fue que las antiguas amigas de Carmen le hubieran dado a elegir entre ellas y René. ¡Y que Carmen hubiera optado por defenderlo!

—Híjole. Yo te iba a decir que Carmelita, con todo lo bien que me cae, estaba siendo una mala influencia, pero ya veo que no es tan simple —reflexionó Berta—. ¿Sabes qué? Creo que así como ella te defendió de sus amiguitas, tú la tienes que apoyar. Pero parte de eso… Ah, cómo te lo digo. Parte de eso, René, es que le digas que ya tienen que dejar a un lado los

cuentos y esas cosas. Y ponerse a estudiar en serio.

—Sí, mamá —dijo René, y a Carmen le dio la impresión de que sonaba entusiasmado, lo cual le pareció extraño.

Al día siguiente, llegando a la escuela, René le pasó un papelito a Carmen. "Mi mamá sigue enojada", decía. "¿Puedes ir hoy al museo a hablar con Elsa y Pato y yo voy con Isabel? Y hacemos videollamada."

Carmen se preguntó si debía contarle que su mamá también seguía enojada: tanto, que no habían retomado el tema de la escuela. Pero casi de inmediato se le ocurrió algo más: si ella ya estaba tan furiosa, ¿qué más daba una escapadita más al Museo?

Escribió "OK" en el papelito y, al pasarlo a René, se dio cuenta de que Connie la miraba fijamente. Temió que la acusara con la maestra, pero por suerte su ¿ex? amiga no dijo nada.

Como acordaron, al terminar de comer en la fonda Carmen se fue al museo. De hecho había comido sola, porque René le había mandado otro papelito: comería con su papá, le dijo, por aquello del enojo en su casa. Sonaba muy raro, pero Carmen no insistió: la verdad es que los adultos enojados actúan así, raro. Eso sí: René le dio su celular para que pudieran comunicarse cuando fuera tiempo. "Yo te llamo cuando ya esté con Isabel", le dijo.

Cuando Carmen llegó al museo, Elsa y Pato la recibieron, ansiosas. Querían saberlo todo.

—¿Ya no estás triste? —le preguntó Carmen a Pato.

—Ésta y yo lo platicamos y decidimos no darle gusto al !!!!!!!!!!!!!! ese.

—Esa boquita —interrumpió Elsa, fingiendo enojo. Ya no olía a chamuscado ni había huellas de lo que le había pasado al intentar salir.

Carmen se puso a contarles lo que había pasado el día anterior tratando de parecer tan entusiasta y segura de sí misma como René al darles ánimos a Isabel y a ella, porque sabía que, en el fondo, eran muy malas noticias.

Y ahora, algo que Carmen no sabía:

Cuando René pensó en su plan, descubrió que aquello iba a darle más miedo que cualquier ser sobrenatural. Y justo por eso, decidió, sabía que era lo que tenía que hacer.

Esa tarde, en realidad, René no fue a comer con su papá. Esperó a que Carmen se fuera de la escuela…, y entonces se acercó a Susy y sus amigas.

—¡Ay, Rané! ¿Qué quieres? ¿Ya te aburriste de Carmen y ahora nos quieres dar lata a nosotras? —le preguntó Susy al verlo.

René se rascó la cabeza. No le enojaba ni le dolía lo que había dicho Susy, ni las risitas de las otras dos, pero no encontraba las palabras.

—¿Te comieron la lengua los ratones? —se burló Connie.

Él suspiró. Entendió que mientras más se tardara, más complicado iba a ser, así que simplemente les dijo:

—Carmen las extraña mucho.

Connie y Miranda buscaron la mirada de Susy para saber qué actitud tomar, pero ella estaba igual de sorprendida. Tardó un rato en responder:

—Pues no se nota, ¿eh? Ella te prefirió a ti, ¿no?

—¡No! Lo que pasa es que… estamos ayudando a alguien y… Ay, olvídenlo.

—Ah, no, ahora lo sueltas todo —lo detuvo Miranda—. ¿Siguen con lo de sus fantasmas? Quién sabe cómo le hiciste para que se lo creyera, pero así nos la robaste.

—Ay, qué dramática… —René no pudo evitar decirlo. De inmediato agregó —: ¡Sí! Digo, ¡no! O sea, yo no les robé nada. Y sí, estamos… Nunca nos van a creer, yo sé. Pero… —y entonces tuvo una idea—. Miren, ya sé. Si se los cuento, nunca me van a creer. Pero les propongo esto: vengan conmigo.

—¿A dónde?

—A ver a la niña fantasma. Está donde trabaja mi mamá. Vamos ahorita. Si ven que es cierto, no le cuentan a nadie lo que pasó…, *a nadie*…, y le vuelven a hablar a Carmen. Si no las convenzo, grabo un video diciendo que soy un chismoso para que lo compartan en toda la escuela. En donde quieran.

Y ellas aceptaron.

Todo el camino, mientras él y las tres niñas se acercaban al edificio, René se la pasó muerto de miedo: ¿y si Isabel no quería aparecerse? ¿O se iba al ver a tanta gente? ¿O si las amigas de Carmen no se convencían? Peor: ¿y si hacían alguna locura, llamar a la policía, o a una cadena de televisión, o…?

Al llegar a la salita, Isabel estaba ya sentada en el sillón. Y al ver a las niñas, desconfió:

—¡Hola, René! Y… eh… ¿Hola?

—Hola, Isabel. Te hemos platicado de ellas: Susy, Connie, Miranda. Chicas, ella es Isabel —tragó saliva y siguió—: la niña fantasma.

—Ay de ti si te estás burlando de nosotras, Rané —amenazó Susy.

Isabel suspiró.

—No le digas así —dijo a Susy.

—Espérate —interrumpió Miranda, entrecerrando los ojos y acercándose a mirar con más detenimiento a Isabel—. Yo te conozco.

—¿Eres la dizque fantasma? —preguntó Connie, pero Miranda le hizo ademán de que se callara.

—Tú… eres alumna de la escuela, ¿verdad? —Miranda hacía un gran esfuerzo para concentrarse—. En la vitrina de la entrada hay una foto de un equipo de atletismo… tú estás con una medalla, parada así, ¿no? —e imitó la pose: una mano en la cadera y la otra en alto, como si aferrara la medalla para que todos la miraran.

—No seas tonta, Miranda. Esa foto es de hace como mil años —dijo Susy.

Y entonces las tres palidecieron.

—¡Ah! —dijo Isabel—. ¿Todavía tienen esa foto en la escuela? ¡Ay, cómo me gustaría verla! René, ¿mañana le puedes tomar foto con tu teléfono?

Mientras Susy y Miranda la miraban boquiabiertas, Connie se acercó y, vacilando, atravesó un brazo de Isabel con su dedo extendido.

—A, a, a —dijo Susy. Ni siquiera sonaba a “ah”, a una exclamación completa.

—Wow —dijo Miranda.

—Oye, Miranda, entonces las medallas que están ahí en la vitrina, junto a la foto, ¿son las de esa competencia? —preguntó René. A él no le sorprendía que Isabel hubiera ido a la misma escuela que ellos: a fin de cuentas, era la más cercana al edificio de oficinas y también era una escuela vieja. Además, desde la primera vez el uniforme de Isabel les había parecido similar al que usaban ellos.

Entretanto, Susy, Miranda y Connie seguían viendo a Isabel, entre curiosas y aterradas. Poco a poco (notó) se iban dando cuenta de los detalles: de que su uniforme era ligeramente distinto, de su peinado y, sobre todo, que flotaba a milímetros del sillón en lugar de estar sentada de verdad…

Isabel entendió lo que pasaba y sonrió de nuevo. Hizo parpadear las luces y desapareció. Las niñas gritaron. Entonces, las luces parpadearon de nuevo e Isabel volvió a estar ahí con ellas, lo que causó un nuevo grito de las tres.

—Bueno, ya —intervino René—. Ya vieron que Isabel es fantasma y eso. ¿Pueden concentrarse en lo que pregunté? Después cumplen su parte del trato, pero además esto es importante. Susy, tú que prácticamente eres dueña de la escuela, ¿sabes si esas medallas…?

—Sí —respondió Susy como si estuviera sonámbula o hipnotizada, sin quitar los ojos de Isabel—. Las medallas son de esa vez. Es la única vez que la escuela ha ganado en atletismo.

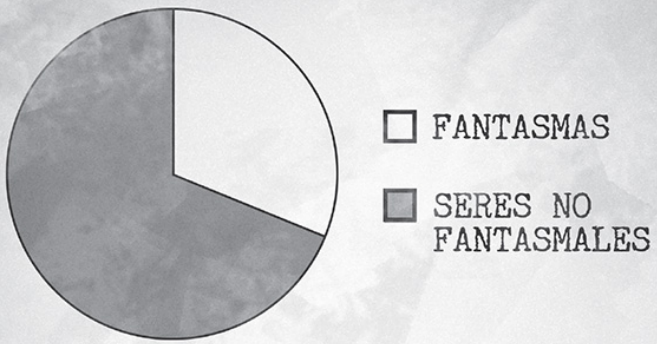
—¡Isabel! ¿Puedes marcar a mi celular? Lo tiene Carmen y está ahorita con Elsa y Pato.

—¿Quiénes son ésas? —preguntó Connie.

—Otras niñas fantasma —contestó René—. Ahorita se las presentamos.

LOS SERES NO FANTASMALES

En el Mundo Espectral hay criaturas que no son fantasmas, es decir, cuyo origen no es el Mundo Físico. Comparten algunas habilidades y limitaciones de los fantasmas, y otras no. También tienen diferentes características, tanto de sus cuerpos como de su conducta. Algunas no visitan el Mundo Físico y se sabe poco de ellas. Otras van a él con frecuencia. Se les conoce como seres no fantasmales.



FUENTE: GERENCIA DE LA NADA*.
*(VÉASE EL ARTÍCULO CORRESPONDIENTE)

Como tantas otras cosas del Mundo Espectral, se desconoce el origen de casi todos los seres no fantasmales. Algunos especialistas en fantasmogonía (véase el artículo correspondiente) consideran que podrían provenir de otras dimensiones, más distantes. Otros creen que podrían ser fantasmas provenientes de otros Mundos Físicos, o de otras regiones de éste: sistemas estelares o profundidades cósmicas muy alejadas del planeta Tierra.

12

Mientras dejaban la salita de espera, entraban en el elevador, iban al sexto piso, seguían a Isabel a la oficina desde donde usaba la computadora, René trataba de contestar todas las preguntas de Connie, Miranda y Susy: “no, Susy: no es un espíritu maligno; sí, Miranda: murió” (hizo el gesto con las manos) “en este edificio; no, Miranda: no todos los que se mueren se quedan en los edificios; sí, Susy: ella quiere poder salir, para eso necesita nuestra ayuda; no, Connie, no hace falta un hechizo ni nada así, nada más necesitamos algo que sea suyo, digo, que haya sido suyo; no, Miranda: no sabemos cómo contactar a otros fantasmas; no, Connie: no sé si sea posible adoptar a un gatito fantasma”.

—*¿Gatito fantasma?* —agregó.

—Eso estaría muy bien. Lo del gatito fantasma —dijo Isabel.

—¿Verdad? Es que vi algo así en un dorama y era de lo más ternurita —se emocionó Connie y empezó a contarle a Isabel el argumento de la serie coreana.

—Oye, ¿no nos vamos a meter en problemas si nos encuentran aquí? —preguntó Susy, al ver que estaban en la oficina de un jefe: ventana a la calle, escritorio fino y computadora de última generación.

—No. Es de una supervisora que nada más viene dos veces al mes —respondió Isabel—. De todos modos, por si acaso, pongan el seguro.

Los cinco se pusieron frente al monitor y fue cosa de un parpadeo (literalmente, Isabel parpadeó para concentrarse y prender la computadora).

—He estado practicando —explicó.

Luego le mandó solicitud de videollamada al teléfono de René. En la pantalla vieron a Carmen con otras dos niñas. No parecían seres sobrenaturales.

—¿Por qué tardaron tanto? —preguntó Carmen. Otra vez estaba sonriente y tenía la chispa habitual en su mirada—. Platicando con Elsa y Pato se me ocurrió algo y ¡tenemos que hacer la prueba! Si sale bien, vamos a poder resolver la mitad del pro… *¿qué hacen esas tres con ustedes?*

Lo último lo dijo con el ceño fruncido.

—A ver, yo quiero ver —interrumpió Pato. A cuadro quedó únicamente su ojo, moviéndose frenéticamente a un lado y otro. Susy, Connie y Miranda soltaron un gritito.

—Tus amigas quieren ayudarnos, Carmen —explicó René.

—¿Les contaste todo? —preguntó Carmen, todavía a la defensiva.

—Me caen bien tus amigas, Car —dijo Isabel—. Una tiene buena memoria, otra conoce bien la escuela y la otra… bueno, quiere un gatito fantasma. Yo también.

Con eso Carmen se suavizó. Un poco. René aprovechó para hacer las presentaciones.

—Pato, Elsa, les presento a Miranda, Susy y Connie. Son amigas de la escuela. Amigas de Carmen —agregó rápidamente.

—Si vamos a estar en esto, también podemos ser amigas tuyas un rato —le dijo Susy. Era obvio que estaba haciendo grandes esfuerzos para hablar como si no pasara nada extraordinario.

—Si te portas bien, hasta más de un rato —añadió Miranda.

—Bueno, bueno, ¿quién empieza? —interrumpió Pato—. ¿Nosotras, con el experimento? ¿O ustedes tienen algo? ¿Encontraron algo de Isabel, de cuando estiró la…?

—¡Pato! —la interrumpió Elsa, escandalizada.

—Pues sí —dijo Susy, dándose importancia—. Miranda reconoció a su amiga… fantasma. Está en una foto de la vitrina de trofeos en la escuela. Y junto a ella está la medalla.

—La única que ha ganado la escuela en atletismo —agregó Connie.

—¡Así que ya tenemos un objeto personal mío! —exclamó Isabel, radiante.

—Sólo tenemos que descubrir cómo sacar la medalla —agregó René.

—Pffff, menso —lo interrumpió Susy, conteniendo la risa. Todos la miraron, sorprendidos—. Mi abuelo tiene llave. Yo puedo sacar la medalla al rato que llegue a la casa. Digo, a la escuela. Pero la tenemos que devolver a su sitio luego, ¿eh?, para que no vaya a tener problemas.

—Su abuelo es conserje en la escuela —le explicó Carmen a Elsa y a Pato.

René se puso tan contento que gritó de gusto y trató de abrazar a Isabel. Como no pudo, abrazó a Miranda.

—A ver, chamaquitos, chiflando y aplaudiendo —los regañó Pato. Todos los miraron y Miranda se puso roja, roja, roja.

—Bueno —carraspeó René, apartándose—. Eso resuelve la mitad del problema. Ahora necesitamos traer acá a Pato y Elsa. Sinceramente no tengo ni idea de cómo…

—¡Pero yo sí! —dijo Carmen—. ¡Justo ése es el experimento que queremos hacer!

Carmen les contó entonces su razonamiento: si Pato podía usar su poder

para cambiar la apariencia de Elsa y no sólo la suya; y si Elsa podía mover cosas… ¿no podría mover también a Pato? Lo habían intentado y descubrieron que sí. De hecho, descubrieron que podían hacer que un objeto cambiara de aspecto y se moviera al mismo tiempo.

—Hubieran visto la cara del pobre turista al que le tocó ver la estatua con la que estábamos practicando —se burló Pato.

—No cambia lo que es el objeto, o sea, la materia —agregó Carmen—. Nada más cómo lo ve la gente. Pato y Elsa pudieron hacer que la estatua, que es de mármol, cambiara de color a roja, verde, azul…

—Y luego cambiamos el color del turista —intervino Pato.

—Quizá no debimos —agregó Elsa—. Se fue corriendo muy asustado.

—Ay, ustedes… Pero, bueno, no creo que eso sirva para moverlas a ustedes hasta acá —dijo Isabel, dudosa—. Si el problema es que no se puede pasar del terreno donde estamos.

—Caminando, o flotando, no. Pero ¿y si tratamos de combinar mi "poder" —dijo Elsa, haciendo gesto de comillas al mencionar la palabra— con el tuyo, Isabel? Es decir, ¿mover cosas a través de la electricidad, o del internet?

—¡Hacer un portal para que pasen a través de la videollamada! —exclamó Carmen.

Elsa e Isabel se miraron una a la otra, fijamente.

—Ay, ¿lo sientes, Elsa? ¿Lo sientes?

—¡Sí!

—¡Yo no! —se quejó Connie—. ¿Qué sienten?

—Es como un clic. Como si lo que yo puedo hacer se enganchara con lo de ella —explicó Isabel—. ¡Ahora!

Y todos vieron, sorprendidos, cómo la mano de Elsa salía por la pantalla de la oficina.

Hubo un parpadeo de los focos y se fue la luz.

Al parecer, el esfuerzo de Isabel había sido excesivo y ocasionó un apagón en todo el edificio. Pero Elsa no había perdido la mano, así que no era nada grave. Y tenían una semana para afinar la habilidad compartida.

Seis días más tarde, en el receso, Miranda partió en dos su sándwich y le dio la mitad a René. Susy y Carmen intercambiaron una sonrisa discreta.

—¿Creen que funcione? —preguntó Miranda al grupo.

—Tiene que funcionar. Es la única oportunidad para ellas —dijo Carmen—. ¿Se imaginan pasar la eternidad en un edificio de oficinas o en un museo, sin nadie?

—¡Qué horrible! —se lamentó Connie—. Mínimo deberían poder tener un gatito fantasma. O aunque sea un hámster, pues.

—Hoy saco la medalla de la vitrina —anunció Susy, ignorando lo de la mascota fantasma—. Mañana temprano se las doy, pero hay que pensar

dónde, porque ustedes no deben entrar a clases.

—¿Por qué? —preguntó René, confundido.

—Si el muertócrata ese los quiere a la misma hora de la vez pasada, tienen que estar ahí antes de la hora de salida. Es más fácil que ni vengan a que pidan permiso y eso.

—El muertócrata, jiji —rió Connie.

—La última prueba fue muy buena, ¿no? —dijo Miranda—. Ya ni siquiera se fue la luz.

—Es que me conecté a través del no-break —respondió, quedito, Isabel, desde la computadora de la oficina y a través del teléfono de René—. Se siente bien raro. Pero sí: creo que si me concentro lo suficiente, el túnel va a durar lo necesario, ¿no crees, Elsa?

—Eso espero —contestó la voz de Elsa—. Me preocupa que la banda ancha no sea suficientemente ancha para que pasemos al mismo tiempo Pato y yo.

—¿Me estás diciendo gorda? —tronó Pato, y dijo una sarta de las que le gustaba decir. René puso en silencio su celular antes de que alguna maestra se acercara a ver de dónde venían tantos improperios.

—Qué nervios —dijo Susy y le apretó fuerte la mano a Carmen.

Al día siguiente, muy temprano, se reunieron en un parque cercano a la escuela René, Carmen, Susy, Miranda y Connie. Era donde solían juntarse los de sexto cuando se iban de pinta. Por suerte, no había ninguno aquel día.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos vamos directo a la oficina en lo que es la hora de que llegue don Jorge? —preguntó René.

—No, cómo crees. Imagínate si alguien nos ve y le va con el chisme a nuestras mamás —respondió Carmen.

—Ya sé. Vamos a casa de mi abuelito. Tiene una entrada por el lado de la calle, así que no hace falta pasar a la escuela —sugirió Susy. Vaciló un poco antes de agregar—: Así, podemos acompañarlos… si les parece bien, claro.

René miró a Carmen. Ella lo pensó y suspiró.

—Ya entrados en gastos… ¿Sí quieren venir? —preguntó, y las tres asintieron.

—Yo creo que, si somos más —dijo René—, a lo mejor don Jorge se comporta…

—Ajá, seguro —contestó Carmen—. Ese tipo es horrible. Aunque sí me da gusto que vayamos todos. Nada más que… ¿qué le decimos a tu abuelito? ¿O nos escondemos?

—Ahorita ves —respondió Susy y le guiñó un ojo—. Por cierto, toma esto y cuídalo como a tu vida.

Carmen tomó el sobre de papel manila que le tendía Susy. Se asomó al interior: era la medalla, pero también estaba la foto.

—Me la traje porque pensé que a Isabel le gustaría verla en vivo y no nomás en una pantalla de celular —dijo Susy, encogiéndose de hombros.

Y cuando llegaron con su abuelo, Susy le dijo simplemente que no iban a entrar a clases ese día y él respondió que nada más no se metieran en problemas y se fue a trabajar.

—Soy su consentida —señaló Susy, satisfecha.

Se pasaron la mañana en la sala de su casa, que era pequeña y sencilla pero muy limpia y en la que entraba mucha luz del sol, contando historias de fantasmas y comiendo golosinas, que al parecer el abuelo de Susy compraba al mayoreo. Luego, cuando vieron que era hora, se fueron al edificio de oficinas. Habían pensado en la posibilidad de separarse e ir unos con Elsa y Pato y otros con Isabel, pero decidieron que si todo salía bien, las niñas estarían juntas a la hora debida.

Isabel los esperaba en el cuarto de fotocopiado. Estaba más callada de lo usual.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó Carmen.

—Un poquito. Pero también estoy triste. O sea, si todo sale bien… No: cuando todo salga bien y nos vayamos de aquí Elsa, Pato y yo…, pues nada, que los voy a extrañar mucho a ustedes. Son los mejores amigos que una fantasma pudiera pedir —y sonrió, pero con tristeza.

—Ay, me van a hacer llorar —se quejó Connie.

—¿Sí traen la medalla? —preguntó Isabel, tratando de recomponerse; pero en cuanto vio la foto volvió a ponerse sentimental—. Perdón, ando muy sensible. Gracias por la foto, Susy. Eres muy linda.

Susy abrió muy grandes los ojos.

Entonces las luces parpadearon y se escuchó un trueno. No hubo necesidad de una convocación: en medio de una nube de humo apareció don Jorge. No traía su ventanilla ni su sillita; en cambio, estaba vestido con un impecable traje negro de tres piezas (saco, chaleco y pantalón) con delgadas rayitas grises, camisa también negra, un sombrero como de mafioso de película, corbata negra y un clavel rojo en el ojal. También traía lentes oscuros. Parecía más un criminal que un funcionario. “A lo mejor lo es”, pensó Carmen.

—¡Hola! Estoy de excelente humor, ¿saben? —fue lo primero que dijo—. Y eso es porque ésta será la última vez que tenga que soportarlos.

Se quitó los lentes oscuros y miró a su alrededor. Su mirada se detuvo, con desagrado, en cada uno de los niños vivos.

—A ver, a ver, a ver, ¿qué pasa aquí? ¡Tenemos plaga de huesos! ¡Fuchi! —y luego, al ver a Isabel, sonrió—. Y en cambio, tenemos déficit de niñas fantasma.

Se quedó en silencio un momento y entonces su sonrisa se volvió aún más grande.

—Ah, ya sé: ni se molestaron en llamar a las otras dos mocositas porque no conseguiste tu comprobante de vida, ¿no?

—No —contestó Isabel, y Carmen, que estaba junto a ella, levantó la medalla.

Pasó un segundo. Otro. Lentamente, la sonrisa de don Jorge desapareció.

—Se siente, ¿no? —dijo Isabel—. Yo lo siento.

—Muy bien. Te felicito —dijo el funcionario muy despacio, con una voz que revelaba un disgusto profundo, apenas contenido—. Pero eso no quita que las otras dos no están aquí —y agregó, con falsa inocencia—: ¿O sí están?

—Pues sí, sí están —intervino René, y levantó, ahora él, su teléfono celular.

—Ay, qué huesos tan… lentos… Ya les dije que así no cuenta.

—¿Ahora, Elsa? —preguntó Isabel.

—¡Ahora! —respondió Elsa, desde el otro lado de la pantalla.

Las luces comenzaron a parpadear de nuevo. Luego el cuarto entero se llenó de zumbidos, chirridos, clics, borboteos de interferencia. En la pantalla del teléfono apareció un ojo enorme, mirando a un lado y a otro. Luego, en vez del ojo era una mano lo que se veía: una mano que se acercaba al cristal de la pantalla… y que empezaba a atravesarlo.

—Eso también se siente, ¿no? —dijo Isabel.

En pocos segundos, empezó a salir del teléfono… una niña pálida, de largo cabello oscuro y grasiento que le cubría la cara. Tenía puesto un camisón que quizás había sido blanco pero que estaba sucio y hecho jirones. Y hacía ruidos extraños con la boca, como gritos, como ramas que alguien estuviera rompiendo…

Cuando estaba a medio camino de pasar de un lado al otro, la niña miró para abajo y volteó hacia René:

—Bájalo tantito, ¿no? —pidió, con una voz normal—. Me voy a caer.

René obedeció y puso el celular en el piso. La niña acabó de salir del aparato, se sacudió el polvo y tendió la mano hacia la pantalla. De ésta salió otra mano, seguida por otra niña completa, exactamente igual a la primera hasta la última hebra de pelo grasoso.

—Oigan, ya —dijo Carmen.

Isabel parpadeó, las luces volvieron a la normalidad y las dos niñas salidas del teléfono, que obviamente eran Pato y Elsa, recobraron su aspecto normal.

—¿Les gustaron nuestros disfraces? —preguntó Pato—. Fue idea mía. Yo también quería participar…

—¿Dónde ven ustedes todas las películas de horror? —dijo Carmen, pero empezó a aplaudir, y todos siguieron su ejemplo, felices.

No: todos, menos don Jorge, que estaba furioso.

—Bueno, ¿qué circo creen que es éste? ¿Les parece que pueden burlarse de una de las más solemnes instituciones del Mundo Espectral así como así? Y

ustedes dos, ¿cómo pueden estar aquí sin deshacerse? ¿Qué clase de brujería…?

—Usted dijo que teníamos que estar aquí las tres —le respondió Isabel, tratando de mostrarse tranquila—. Si nos lo dijo es que es algo posible, ¿no? De otro modo, sería un mal uso de su investidura espectral…

—No saben con quién se están metiendo, chamaquitas tontas.

—Uy, nos va a decir que es el súper muertócrata y va a lanzar su sello vengador —se burló Susy—. ¿O qué, nos va a mandar un correo envenenado? ¡Uy, qué miedo!

Don Jorge se puso rojo primero, luego blanco, pero luego fue del azul al verde y finalmente al negro. Y al fin recuperó su color inicial y su sonrisa.

—Búrlense lo que quieran —dijo, y se partió en dos.

Es decir, lo que parecía su cuerpo de hombre gordo y bien vestido se dividió en dos mitades, izquierda y derecha, que se separaron una de la otra y empezaron a romperse en pedacitos, como mitades de una cáscara de huevo. Crujían, además. Carmen entendió que aquello era (había sido) otro tipo de disfraz. Que don Jorge no tenía (nunca había tenido) una forma humana…

Y había algo más delante de ellos, ahora. Algo que había estado dentro de la cáscara. Una forma distinta, que habló con otra voz:

—Me han puesto muchos nombres, pero en esta parte del mundo suelen llamarme el Coco.

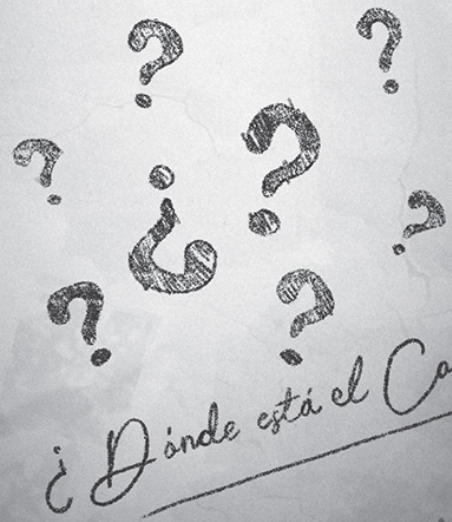
Y comenzó a crecer, y la luz se apagaba y desaparecía a su alrededor.

EL COCO

Entre los seres no fantasmales que se conocen (véase el artículo correspondiente), algunos son indiferentes al Mundo Espectral y al Físico. Otros hacen lo que habitualmente se llama el Bien (véase "Presencias salutíferas") y otros se dedican a hacer daño. El Coco es uno de los más famosos en el último grupo.

Se desconoce su origen. Coco es uno de los nombres que se le ha dado en el Mundo Físico. (Otros son *Cuco*, *Cucuy*, *Bogeyman*, *Torbalan*, *Mörkö*, *Bussemanden*, *Madar-i-Al*, *El Viejo del Costal*, etc.) Ha existido por al menos varios miles de años y se le conoce en todas las culturas humanas. En el Mundo Físico, en muchas épocas y lugares, se han creado canciones y otros rituales acerca de él; en general sirven para obligar a los más pequeños a obedecer a sus mayores, pero en el Mundo Espectral se cree que la principal actividad del Coco (sea por interés o por necesidad) es efectivamente asustar niños, o más en general provocar emociones desagradables, de las que el Coco podría alimentarse (véase "Vampiros de energía") para sobrevivir.

El Coco puede adoptar diferentes aspectos según sus deseos. No se conoce con precisión su forma original, si es que la tiene. La mayoría de los testimonios menciona la aparición de "algo espantoso" cuando el Coco deja de lado una apariencia inofensiva, pero no ofrece mayores precisiones en cuanto a qué es lo que causa espanto a los diferentes observadores. Cada cierto tiempo, el Coco desaparece: dejan de reportarse apariciones suyas durante años o incluso décadas. Actualmente nos encontramos en uno de esos periodos. No se sabe en dónde se oculta el Coco ni qué hace en estos lapsos de ausencia.



13

Connie dio un grito y se desmayó. Así nomás. Carmen la vio caer al suelo despacio, en cámara lenta, como de película.

De hecho, todo estaba sucediendo en cámara lenta. Miranda gritaba. Susy tenía la boca abierta, pero (Carmen lo entendió) estaba tan aterrada que no conseguía gritar. René estaba paralizado: intentaba moverse, igual que Susy intentaba gritar, sin que nada sucediera. En cuanto a las niñas fantasma, sí, también tenían cara de horror, pero además se estaban *aplanando*: sus formas cambiaban, parecían cada vez más… otra cosa, no tres niñas sino un dibujo a lápiz de tres niñas, como si además de volumen perdieran color y detalles. "En poco tiempo", se imaginó Carmen, "no quedarán de ellas sino unos pocos trazos, una serie de líneas que podrían borrarse fácilmente…".

Todo esto lo vio y lo pensó Carmen en lo que le pareció menos de una décima de segundo. Y al mismo tiempo estaba viendo, viendo, viendo la forma verdadera del Coco. Era oscura, imprecisa: un núcleo negro y pulsante del que salían ramas, o tentáculos, que se agitaban violentamente, y que también dejaba escapar de su centro un sonido grave, profundo, a la vez que un olor espantoso…

—Tenían que ponerse a !!!!!!!!!!!!!! —dijo la voz del Coco, que era todavía más profunda y apestosa que su cuerpo. Carmen no entendió la última palabra que dijo: supo que no se decía en la Tierra, que tal vez era una grosería del Mundo Espectral, y que era más terrible que cualquier cosa que Pato pudiera decir—. Tenían que ponerse a !!!!!!!!!!!!!! y a !!!!!!!!!!!!!! y a fastidiarme todo. ¿Qué le pasa a los !!!!!!!!!!!!!! niños de ahora que no se cuadran y obedecen? Y a las niñas. Se tenían que quedar calladitas, en su lugarcito, esperando para siempre a que alguien les hiciera caso. Así come papá. Así come papá y papá tranquilo y gordo y todo bien. Pero no. ¡PERO NO!

René se desmayó sin haber conseguido moverse. Y las tres niñas fantasma realmente parecían dibujos ahora.

—Me acabo a esas tres —estaba diciendo el Coco— y luego regreso por

ustedes. Cuando se hayan muerto. Cuando nadie las pueda defender. Entonces no se me van a…

—Momento —gritó una voz—. ¡Dije que momento! ¡Párale!

Y algo sucedió. Carmen tardó un segundo completo en entender qué era: el Coco seguía allí, moviéndose, absorbiendo la luz a su alrededor, pero había dejado de retumbar. Y de apestar.

—Ya se te olvidó —volvió a decir la voz— porque te estuviste escondiendo mucho tiempo, ¿verdad, canijo? Las jefas quién sabe quiénes serán o dónde andarán, pero cuando se enteran de que gente como tú anda haciendo de las suyas, ¡ájale!

Era Lucha. ¿En qué momento había aparecido? Estaba de pie a un lado del Coco, y se veía exactamente igual que siempre: no se había transformado en otra cosa ni estaba brillando ni nada parecido. Su voz también sonaba igual. Pero ella no tenía miedo.

Sostenía en su mano una especie de vara, con forma de i griega y hecha de un material brillante. No: luminoso. La forma entera del Coco empezó a temblar.

—¿No entendiste la parte de que ya le pares? —dijo Lucha: además de no tener miedo, estaba enojada—. ¡Ya! ¡Tengo la atribución de los zahorís de la Regencia! Tengo permiso para perseguirte y castigarte. ¡Que ya las dejes en paz, con una… jijorria!

Algo hizo el Coco, o algo dejó de hacer, porque Elsa, Pato e Isabel empezaron a recobrar el volumen, el color, la precisión de sus cuerpos de fantasmas. “Claro”, pensó Carmen, “claro que había sido él”.

—¡Ya voy! —decía el Coco—. Ya está. Como nuevas. Ya. Háblele bien de mí a los zahorís, ¿no? ¿Sí les puede hablar bien de mí? ¿Por favor? ¿Por los años que trabajamos juntos?

Algo más empezó a suceder: las paredes del cuarto se iluminaban. La luz no venía de ninguna parte y estaba en todas. Era una luz fría: todo parecía igual alrededor de Carmen excepto que la luz estaba llenándolo todo…, y era tanta que el Coco no podía apagarla…

—Por los años que me estuviste engañando, haciéndome creer que nomás eras un jefe mala onda —dijo Lucha, con una voz que todavía sonaba disgustada—. Sí, chucha. ¡Ya llévenselo!

—¡!!!!!!!!!!!!!!!! —gritó el Coco, pero con una voz que sonaba a la de su disfraz de don Jorge: pequeña, mezquina.

Carmen se cubrió los ojos con las manos y la luz lo llenó todo.

Un momento después, Carmen sintió que algo cambiaba, más allá de sus párpados cerrados. Se atrevió a descubrirse.

El Coco ya no estaba allí.

—Ayúdenlos a levantarse, no sean así —les dijo Lucha, mirando a Connie y a René, que estaban en el suelo pero ya abrían los ojos—. O séase, ustedes,

que pueden.

Miranda, Susy y Carmen les ayudaron. Las tres niñas fantasma estaban sentadas en el aire, pero muy cerquita del suelo, jadeando.

Hizo falta un buen rato para aclarar todo. O al menos, lo que se podía aclarar. Lucha no podía decirles absolutamente todo, explicó, porque el reglamento seguía estando mal escrito.

—Aunque se me hace —dijo— que cuando averigüen va a resultar que ese canijo fue el que le cambió a la regla para que no se les pudiera ayudar a las niñas fantasma.

—El Coco —asintió Carmen.

—Seres así como ése —siguió Lucha— se *comen* a los fantasmas. Puede ser de a poquito, como él estuvo haciendo por quién sabe cuántos años con estas tres pobres, y vayan ustedes a saber con cuántas más…, o de un bocado, que fue lo que quiso hacer hace un momento.

—Condenado ###### —opinó Pato. Miranda se sonrojó.

—Pero ellas nunca lo vieron —dijo René a Lucha—. ¿O sí?

—No, nunca —preguntó Elsa.

—Lo iba haciendo desde lejos. Vaya, lo que se comía, propiamente, era la angustia. El sufrimiento de estar atoradas y sin poder salir, sin poder hacer nada. Ése era su plan. Tenerlas así. Como puercos en engorda, pero de tristeza.

—Este… —empezó Elsa.

—!!!!!!!!!!!!!! —volvió a decir Pato.

—¿Con esa boquita comes? —preguntó Susy.

—Mi reina, si estuviera viva yo podría ser tu mamá —le contestó Pato, y se transformó en una señora adulta, de vestido largo y todo—. Y no como.

—A ver —dijo Carmen—, ya. Tranquilas. Un momento. Señora Lucha, muchas gracias por…, por haber llamado.

—Yo no llamé a la R.I.S. —dijo Lucha—. Ellas vinieron solas en cuanto el Coco reveló quién era en realidad. Les digo, son lentas para enterarse de las cosas, pero cuando se enteran…, ¡ájale de la jijorria!

—¿La qué? —preguntó Miranda. Elsa sonreía, quizá por esa última frase de Lucha.

—Todo eso está más o menos explicado —le dijo René a Miranda— en unos papeles que tenemos.

—Sí. Miranda, Susy, Connie, ahorita les contamos todo lo demás —pidió Carmen—. Primero aclaremos: señora, ¿ya no va a venir ese… tipo?

—No. Quién sabe dónde lo van a poner, pero va a tardar *mucho* en escaparse.

—¿Y nosotras? —preguntó Isabel.

—¿Ya vamos a poder…? —empezó Elsa.

—¿Salir? —completó Pato—. ¿Pasar a… a donde haya que pasar?

Lucha se quedó mirándolas pero no dijo nada.

Luego sacudió la cabeza.

"Ay", pensó Carmen.

—El reglamento sigue como estaba. Hay que llamar la atención de la autoridad. Cuesta trabajo, les digo.

—¿Pero entonces vamos a seguir sin poder salir? —dijo Isabel—. ¿No sirvió de nada todo el esfuerzo que hicimos?

—¿Y la medalla? —preguntó Carmen.

René la recogió del suelo, donde había caído, y se la dio.

—Bueno, por la puerta…, pues sí. Es decir, no. O séase, no van a poder salir —reconoció Lucha, y todos, Carmen, Elsa, Connie, Isabel, Pato, Miranda, Susy, René, empezaron a hablar al mismo tiempo—. Pero… —siguió Lucha— PEEEEEEEROOOOOO…

Su voz, de pronto, era muchísimo más potente. Se hizo el silencio.

—Primas, ya les dije, yo creo que cuando se aclare todo con la gente de arriba…, va a resultar que fue el Coco, disfrazado de don Jorge, el que cambió el reglamento, para sacar ventaja y hacer su cochinero. En cuanto se cambie… Van a tener que esperar un poco más. Pero menos. ¿Sí me entienden?

Las tres niñas fantasma asintieron, pero Carmen supo que estaban muy decepcionadas.

—Y segundas —continuó Lucha—, *ya salieron*, ¿no? Ellas dos, al menos. ¡Ustedes estaban en el Museo ese! ¿Ya se fijaron que no están en el Museo? Ustedes encontraron el modo de brincarse el reglamento. En ningún lado dice que no puedan hacer esa maniobra de…

—Usar un software de videollamada… —dijo René.

—… junto con sus poderes combinados… —siguió Miranda.

—… para pasarse hasta acá —terminó Isabel.

—¡O a donde sea! —sugirió Carmen.

—¿Lo podemos seguir haciendo? —preguntó Elsa.

—¿Qué les acabo de decir? Ay, la juventud de hoy… Lo cual me recuerda que… —Lucha levantó su muñeca y miró lo que parecía un reloj de pulsera común, aunque Carmen creyó ver que había luces sobre su carátula, y que las luces, aunque eran muy pequeñas, tenían forma humana o de fantasma. Lucha acercó el oído al reloj—. Ya me tengo que ir. Me encantaría quedarme. A tomar un tecito con ustedes. A tomar un tecito o cualquier cosa, porque ¡ay, cómo extraño eso de la vida! El chocolate, las quesadillas de flor de calabaza, ¡ay, el dulce de tamarindo! Pero me tengo que ir. Ya saben cómo encontrarme. A lo mejor pueden…

Todavía siguió hablando un poco más. Luego dijo:

—¡Ahí se ven! —y desapareció, *¡PUF!*

En donde había estado quedó solamente una nube muy tenue, que se desvanecía, y un objeto en el suelo: un fólder de cartulina con hojas en el interior.

—¿Qué es eso? —preguntó Susy.

—Ay —dijo Carmen—. ¡Rápido, la fotocopiadora!

El siguiente mes empezó pronto. Era el último del año escolar. La mañana de su primer lunes, Carmen desayunó con su mamá, como todos los días, pero no pudo resistirse a hacerle la pregunta:

—¿Ya viste mis calificaciones?

—¿Eh? —su mamá apartó su taza de café y la miró con extrañeza.

—Mamá, mis últimas calificaciones, ¿ya las viste? ¿Las viste?

—¡Osh, Carmela! —dijo ella, pero Carmen supo que no decía “Carmela” con enojo—. Sí, ya las vi. Las pusiste sobre mi cama desde anoche. Cómo no las iba a ver —hizo una pausa—. ¡Muy bien, tú! Felicidades.

—Para que veas que sí me estoy esforzando. ¿No te da gusto?

—Pues claro que me da gusto.

—Y que ya arreglamos el problema que teníamos…

—¿Tú y René?

—René, Susy, Connie y Miranda.

—¿Y tu otra amiga?

—¿Cuál? —preguntó Carmen, y aprovechó para tomar un poco del huevo con jamón que estaba en su plato.

—¿Cómo que cuál? Isabel, la que siempre está con ustedes en la oficina.

—¡Ah! —respondió Carmen—. Pensé que podías estar hablando de Elsa o Pato.

Otra vez su mamá puso cara de duda.

—¿El zapato?

Carmen se rió mucho. Acabó de contarle toda la historia de ellas dos (o al menos la parte que ya se animaba a contar) cuando llegaban a la escuela.

—Te cuidas mucho, ¿eh? —dijo Carmen.

—Tú también —le respondió su mamá, y le dio un beso y un abrazo—. Te quiero mucho, mucho.

—¡Nos vemos al rato! —la despidió, agitando la mano.

Luego pasaron varias horas de clase. El nuevo grupo –Carmen, René, Susy, Connie y Miranda– no se sentaba todo junto, por supuesto, pero hoy se animó a enviarse papelitos. El resto del salón los miraba con desconcierto, y también la maestra Rita, que por alguna razón no los llamó al orden sino hasta muy cerca del receso.

—¿Qué les pasa a ustedes? —les dijo—. Tranquilos, ¡ya nada más falta un mes para las vacaciones!

En el receso, los cinco salieron juntos. Seguían hablando de lo que habían

discutido durante las clases: una lista de nombres que Connie (que tenía la letra más bonita) estuvo anotando. Algo tenían aquellas cuatro niñas y niño, que algunas personas volteaban al verlos pasar. Como mínimo (pensaron algunos) se veían contentos. Muy contentos. Ansiosos.

Llegaron al patio más lejano de la escuela, René sacó su teléfono y marcó un número acordado de antemano. Tres voces respondieron del otro lado. René mostró a las cuatro niñas la pantalla: en ella se veían tres rostros.

—¿Ya están listas? —preguntó Carmen.

—Ya. ¿Es bonito allá por si no logramos volver? —dijo una de las voces.

—Cómo crees que no van a poder —respondió René.

—Pues vamos entonces —dijo otra voz.

—¡Poderes de las fantasmas fantásticas, actívense! —exclamó la tercera voz.

—¿Qué? —preguntó Connie.

—Es de un programa de tele del siglo XX —explicó la voz, y el rostro que le correspondía acercó mucho un ojo y luego enseñó la lengua.

Y nadie más estaba cerca, mirando, pero si alguien hubiera estado, habría podido ver cómo aparecía un dedo, y otro, y otro, atravesando la pantalla, y luego la mano completa, y el brazo…

Y en muy poco tiempo, junto con las cinco personas que estaban ya allí, otras tres: tres niñas, aparecidas súbitamente, con uniformes de escuela de otras épocas, sonrientes.

—¡Lo logramos! —dijo Isabel, y aplaudió, y chocó las palmas (o fingió que la chocaba) con Elsa.

—¡Bienvenidas! —saludó Susy.

—Qué maravilla —dijo Carmen—. ¿No tuvieron problema?
—No.
Y las tres miraban, arrobadas, el patio, las columnas, las ventanas. El primer

sitio que visitaban (o casi) en muchísimos años. Isabel parecía con ganas de llorar otra vez, porque ella había ido muchas veces a aquel sitio cuando estaba viva, pero al final se contuvo.

Carmen dejó pasar un momento y al fin dijo:

—Bueno, pues vamos a empezar —y los ocho se agruparon en un círculo.

—Todavía no nos decidimos —explicó René—, pero sabemos qué nombre les gusta a ustedes, y nada más tenemos otras dos opciones nuevas, que son éstas…

Les enseñó a las recién llegadas el papel donde Connie había escrito las propuestas.

—¿Organización Paranormal de Ayuda? —dijo Isabel—. ¿O.P.A.?

—¡Opa! —se rió Pato.

—Me gusta más el otro —comentó Elsa—. Asistencia a las Fantasmas, A.C.

—¿A.C.? —preguntó Isabel—. ¿Asociación Civil? ¿No se tiene uno que registrar para hacer eso?

—Nomás sería de chiste —dijo Miranda.

—Ay… Creo que me sigue gustando más la primera opción —confesó Isabel.

—No es mala la primera opción —reconoció Carmen.

—Quedémonos con ésa, entonces —propuso Susy—. Lo importante es lo que queremos hacer.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó René, y todas levantaron la mano. Él también.

—A mí me sigue gustando más “Escuadrón Hueso” —dijo Pato.

—Tú sabes que eso es una grosería entre los fantasmas —la regañó Elsa.

—Osh —se quejó Pato.

—Y esto es democrático —comentó René—. Votamos.

—Todavía no lo puedo creer —dijo Miranda, con una sonrisa enorme y los ojos brillantes tras el cristal de sus lentes.

El sol se acercaba al punto más alto del cielo. No tenían mucho tiempo, y a la vez sí lo tenían. Y estaba bien, porque tenían mucho por hacer.

Lucha les había dejado información: iban a tardar todavía un tiempo en leerlo todo, en entenderlo todo. Y además estaba lo que Lucha les había dicho antes de despedirse, aquella noche en que el Coco fue vencido. Había sido breve. O, al menos, muy claro.

—A lo mejor podrían seguirse frecuentando —les dijo—. Yo creo que estaría bien. Porque, pues, bueno, la amistad es una cosa muy bonita, muy, muy bonita. Y estas niñas, pues, tienen experiencia que ustedes no tienen. Mínimo, para las tareas. ¿No? Algo se les ha de haber pegado en estos años. Pero además, acuérdense que hay otras. O séase, otras niñas. Que no se han podido reunir con ustedes y que todavía no saben cómo. Y que a lo mejor la

están pasando mal. Como ustedes la han pasado mal. ¿Me entienden?

"Y es cierto", pensó Carmen. "¿Qué otras niñas están todavía ahí, encerradas, en otros edificios de la ciudad?" Tal vez pudieran encontrarlas. Tal vez algunas, incluso, intentaban ser encontradas. ¿Quién había creado el sitio web en el que René encontró la información para contactar a la señora Lucha? ¿Quiénes más estarían dejando otras pistas, en otros lugares…?

Carmen levantó una mano y tomó aire. Sus amigas y su amigo voltearon a mirarla.

—Damas y caballero —anunció—, aquí comenzamos. Desde ahora somos una asociación de ayuda sobrenatural, para encontrar a quienes deben ser encontradas —hizo una pausa, porque tuvo miedo de que alguien fuera a reírse, pero no: todas esperaban que dijera el resto, así que lo hizo—. ¡Oficialmente, declaro inaugurada la primera reunión del Club de las Niñas Fantasma!

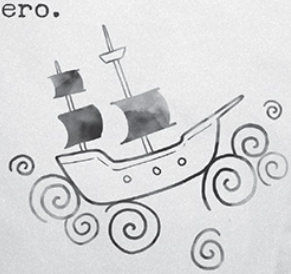
CURIOSIDADES FANTASMOLÓGICAS (2)

1. La costumbre de llamar Mundo Físico al mundo físico, es decir, usando letras mayúsculas, proviene de criaturas del Mundo Espectral, que así dan a notar lo extraño que les parece.

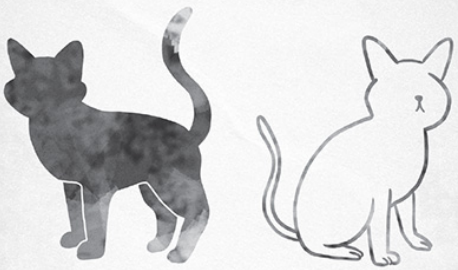
2. Aunque hay casos registrados de plantas fantasma, son muy raros. No se ha logrado determinar los motivos por los que unos pocos fantasmas vegetales -desde diminutas algas azules unicelulares hasta inmensos baobabs y secuoyas, pasando por duraznos, lechugas y chícharos- existen, y a veces se mantienen en el Mundo Físico durante siglos.

3. El antiguo pueblo de los hurritas creía que las estrellas eran fantasmas, aferrados a la bóveda celeste, mirando hacia abajo: observando siempre la vida que habían dejado. (Este conocimiento se ha perdido en el Mundo Físico, pero es recordado por fantasmas venidos de dicha civilización.)

4. En la segunda mitad del siglo XX, un grupo de fantasmas (que habían sido exploradores durante sus vidas en el Mundo Físico) se organizó para visitar y estudiar las dimensiones más allá del Mundo Espectral. Este nuevo viaje de descubrimiento partió en 1999. Desde entonces no han regresado al Mundo Espectral, aunque de vez en cuando llegan noticias, vagas, imprecisas, de su paradero.



5. Tanto en el Mundo Físico como en el Mundo Espectral se cree que los gatos pueden pasar libremente de una dimensión a otra, sin esfuerzo ni preparación especial. Esta hipótesis no se ha podido verificar.



CARMEN

Una líder en dificultades.

RENÉ

Un aficionado a las historias de terror.

SUSY

La verdadera dueña de la escuela.

MIRANDA

Una nerd de clóset.

CONNIE

Una ternurita.

ISABEL
La niña fantasma del centro de copiado.

ELSA
La niña fantasma atrapada en los noventas.

PATO
La niña fantasma con boca de carretonero.

LUCHA
Una señora fantasma con corazón de oro.

¡NI AGUANTAN NADA!

¿HABRÁ ALGO PEOR QUE MORIRSE?

¿Qué tal vagar como fantasma en el último lugar donde estuviste con vida, por toda la eternidad, sin posibilidad de salir de ahí? Ése parece ser el triste destino de Isabel, una niña que tiene más de sesenta años atrapada en un edificio de oficinas, y de la que todo mundo huye. Ella ya está resignada a ser la típica “niña que se aparece en las noches” (aunque en realidad la pueden ver a cualquier hora), hasta que un día se topa con Carmen y René, dos amigos (aunque no lo parecen) aficionados a las historias de terror. Y para mayor sorpresa, los tres descubrirán que hay otro edificio cerca de ahí, con otras dos niñas fantasma atrapadas. ¿Será coincidencia o habrá algo más detrás de ello? ¿Por qué sólo hay niñas fantasma? ¿Existirá alguna manera de ayudarlas para que dejen de ser almas en pena? ¿Tal vez presentar un oficio por triplicado? ¿Pero a quién?

INCLUYE INFORMACIÓN SECRETA
SOBRE EL MUNDO DE LOS FANTASMAS
(pero ¿quién la puso ahí?).

Raquel Castro (Ciudad de México, 1976) es escritora, periodista y promotora cultural. Entre otros reconocimientos, en 2000 y 2001 obtuvo el Premio Nacional de Periodismo –dentro del equipo del programa *Diálogos en Confianza* de Canal Once– y en 2012 el Premio de Novela Juvenil Gran Angular por la novela *Ojos llenos de sombra*. Otras de sus obras son las novelas juveniles *Exiliados, Lejos de casa, Dark Doll* y *Un beso en tu futuro*, y el ensayo *Cambiamos para ser más como somos*. Su libro más reciente es de cuentos, *El ataque de los zombis (parte mil quinientos)*, y fue finalista del premio de la Fundación Cuatrogatos en 2021. Sus cuentos han aparecido en antologías de México, Europa y Estados Unidos. Es encargada de medios en el Centro de Documentación e Investigación Judío de México.

Alberto Chimal (Toluca, México, 1970) es escritor y profesor de escritura creativa. Entre otros reconocimientos, en 2002 obtuvo el Premio Nacional de Cuento y en 2014 el Premio de Narrativa Colima; en 2013 su novela *La torre y el jardín* fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, y en 2019 su libro para niños *La Distante* recibió el premio internacional de la Fundación Cuatrogatos. Ha escrito novelas como *Los esclavos* y *La noche en la zona M*, el guion de la película *7:19. La hora del temblor*, y una veintena de libros de cuentos, de los que el más reciente es *La saga del Viajero del Tiempo*. Textos suyos se han traducido a varios idiomas y aparecen en antologías internacionales. Mantiene el sitio literario www.lashistorias.com.mx. Ha impartido cursos y talleres en México y otros países.

Alberto y Raquel viven en la Ciudad de México con un gato llamado Morris. Ambos son autores del manual *Cómo escribir tu propia historia* (publicado por Alfaguara) y tienen un canal de videos en www.youtube.com/AlbertoyRaquelMX.

Samantha Martínez, ilustradora mexicana. Apasionada por crear personajes en sus propios mundos fantásticos. Desde pequeña le ha gustado contar historias a través de la ilustración, por lo que decidió dedicarse enteramente al arte. La exploración, curiosidad y descubrimiento son conceptos que definen su trabajo. Estudió animación digital en la Ciudad de México y ha colaborado con diferentes marcas para realizar contenido audiovisual, aunque ahora pueden encontrarla sentada en su escritorio dibujando personajes.

El club de las niñas fantasma

Edición en formato digital: junio, 2021

D. R. © 2021, Raquel Castro y Alberto Chimal

D. R. © 2021, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

D. R. © 2021, Samantha Martínez, por las ilustraciones

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-380-264-2

Composición digital: Tangram. Comunicación y Estrategias Digitales

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

El club de las niñas fantasma

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos